



Un conocimiento adecuado de la historia de la industrialización no puede limitarse a considerar los cambios en la tecnología, el capital o los mercados. Desde su mismo nacimiento, la revolución industrial británica despertó una gran controversia social y el debate acerca del «nivel de vida» —acerca de si sus consecuencias inmediatas fueron positivas o negativas para la población trabajadora— sigue hoy vigente, con nuevas aportaciones de los investigadores y sin que se haya llegado a un acuerdo entre ellos. Lo que resulta inadmisibile, sin embargo, es seguir discutiendo la historia social de la industrialización a partir del nivel de los conocimientos de hace veinticinco años, como sucede entre nosotros, al no haberse vertido a nuestra lengua la mayor parte de las investigaciones posteriores.

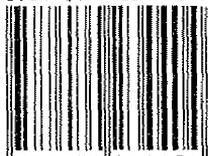
De ahí que hayamos creído no sólo oportuna, sino urgente, la traducción de este libro, considerado como la mejor y más com-

pleta síntesis del estado actual de los conocimientos sobre estos problemas, que no sólo pone al día todo lo referente a las condiciones materiales —el nivel de vida, la alimentación y el consumo, la vivienda—, al trabajo —el salario y sus formas, la disciplina, la intensidad y la salud— y a las respuestas obreras —el sindicalismo, la protesta, los motines y los tumultos, el cartismo, etc.—, sino que se ocupa de cuestiones a las que no se prestaba anteriormente la adecuada atención, como la comunidad, la familia, las relaciones afectivas y sexuales, la educación o el ocio y la fiesta.

El libro de John Rule, más allá de su utilidad para el estudiante universitario, ofrece al lector interesado en la historia, «un amplio y fascinante panorama de las vidas de los hombres y mujeres corrientes que pasaron por la experiencia de transformación social que denominamos revolución industrial».

John Rule (n. 1944) es profesor de historia en la Universidad de Southampton. Especialista en historia social inglesa, es autor de *The Experience of Labour in Eighteenth Century Industry* (Croom Helm, Londres, 1981), así como de numerosos artículos en revistas especializadas, y editor de *Outside the Law* (Exeter University Press, 1983).

ISBN 84-7423-440-9



9 788474 234404

Editorial



Crítica

JOHN RULE

CLASE OBRERA E INDUSTRIALIZACIÓN

Historia social de la revolución industrial
británica, 1750-1850



JOHN RULE
CLASE OBRERA E INDUSTRIALIZACIÓN
Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850



INTRODUCCIÓN: PERSPECTIVAS Y PROBLEMAS

Describir un período de la historia económica y social como de «cambio», o como una «época de transición», se ha convertido en un tópico del que muy pocos períodos de la historia moderna escapan. La expresión 'época de transformación' transmite mayor urgencia, y todavía más lo hace 'época de revolución', con la terrible asociación de ideas de cambio estructural fundamental y trastorno social que comporta. El período que va de 1750 a 1850 ha atraído mucho más que cualquier otro este tipo de calificaciones. Ofrecer una historia social de esos años significa sugerir, a quien tenga intención de leerlo, que el tema central de debate y el que llenará la mayor parte de sus páginas será la «gran discontinuidad» de los tiempos modernos, la revolución industrial. Si se indica una perspectiva más amplia, entonces se tratarán previamente los cambios producidos en la sociedad rural y que por lo común reciben el nombre abreviado de «revolución agrícola». (Sin embargo, la mayoría de los especialistas de época reciente niega la validez de este fenómeno como un acompañamiento casi contemporáneo de la revolución industrial.) Las imágenes de nuevas carreteras de portazgo, de canales y del ferrocarril, que emanan de los últimos veinte años del período, se reúnen en la denominación 'revolución de los transportes'; y lo más terrible de todo, el hecho de que hacia el año 1740 se iniciase un aumento sostenido de la población, que la hizo pasar de cerca de 5 millones en 1700 (Inglaterra y Gales) a casi 18 millones para 1851, justifica el uso del término 'revolución demográfica'. Sin que se diese ningún cambio fundamental en la estructura por sexo y edad de la población, su aumento produjo una ampliación sin precedentes de la oferta de mano de obra (que se estima en un 143 por

100 entre los años 1780 y 1850), así como de bocas que alimentar y cuerpos que vestir y alojar.¹

De forma extraordinaria, estas revoluciones obraron recíprocamente para dar lugar, a lo largo del período como un todo, a una producción de bienes y servicios que dejó atrás el aumento de población. Este crecimiento no fue constante ni uniforme. En el siglo XVIII hubo dos momentos de aceleración distintos: uno que se inició alrededor de 1740, y el otro, más dramático, hacia 1780 asociado con el «despegue» de la economía industrial. El crecimiento también fue desigual durante la primera mitad del siglo XIX y no se dio una mejora significativa en los niveles de consumo por cabeza antes de 1820. Si tomamos el período como un conjunto, la renta per cápita aumentó desde 11 libras al año, en 1780, a 28 libras en 1860.² Por supuesto, una abstracción como esta apenas es una aproximación a la distribución real, la cual supone una discusión mucho más ardua; pero es innegable que a lo largo del siglo en cuestión la producción nacional disponible para la población aumentó ampliamente y, en contraste con épocas anteriores, el crecimiento no sólo fue rápido, sino sostenido. Puesto que la producción agrícola aumentó de forma regular más que abrupta, y puesto que poca productividad adicional perceptible pudo provenir del abrumador sector de servicio doméstico, debemos presumir que el crecimiento en la industria y la minería fue espectacular. Para la mayoría de la gente, la esencia de una revolución industrial reside en la transformación de la industria a través de la tecnología y en su reorganización en un nuevo modo de producción fabril característico del capitalismo industrial; Marx lo denominaba «maquinofactura». Las fábricas textiles del Lancashire y del West Riding, calificadas de «sombrias e infernales» tanto por la tradición romántica como por la crítica socialista, se mantienen en un primer plano claramente de-

1. Las principales fuentes de las estadísticas utilizadas en este capítulo son: B. R. Mitchell y P. Deane, *Abstract of British Historical Statistics*, Cambridge University Press, 1962, y A. E. Musson, *The Growth of British Industry*, Batsford, 1978. La oferta de trabajo se trata de forma útil en N. L. Tranter, «The labour supply 1780-1860», en R. Floud y D. McCloskey, eds., *The Economic History of Britain since 1700*, 1981, I, pp. 204-226.

2. D. N. McCloskey, «The Industrial Revolution 1780-1860: a survey», en Floud y MacCloskey, *Economic History of Britain*, I, p. 106. Para las tendencias del siglo XVIII, véase N. C. R. Crafts, «The eighteenth century: a survey», *ibid*, pp. 1-16.

finido; su imagen, como la del ferrocarril, es inseparable del humo y el vapor.

Las fábricas existían antes de 1750 pero como ejemplos aislados, que se conocían con asombro como presencias insólitas en un mundo de industria dominada por la producción en pequeña escala y que utilizaba la energía y las técnicas manuales. Sólo a partir de los últimos años del siglo XVIII tiene sentido hablar de un *sistema* de producción fabril y reconocer, simplemente, que estamos en las eslabonaciones de un sistema destinado con el tiempo a adquirir un fuerte predominio en la producción industrial de la nación y, en un período de tiempo todavía más largo, a absorber las energías de la mayor porción de la mano de obra industrial. Como la mayoría de conceptos dramáticos, el de «revolución industrial», al expresar una realidad importante, exagera lo repentino y lo completo de los hechos concretos. Los historiadores califican de manera retrospectiva, y sólo una minoría perspicaz de la gente que vivió durante los años que ellos describen pudo anticipar por completo el resultado que aquéllos dan por supuesto. Se dice que viajar con ilusión es mejor que llegar. Los obreros ingleses de aquellos años viajaban hacia un destino que no habían escogido previamente y muchísimos de ellos lo hacían sin demasiada ilusión.

En las páginas que siguen se tratarán las «eternas» cuestiones relativas a la condición social de la población obrera inglesa de este período, junto con algunas que han sido planteadas por recientes intereses y hallazgos de la investigación. Los niños de las fábricas que siguen tirando de la manga a los lectores de historia desde las páginas del *Blue Book*,* con sus grandes ojos suplicantes y sus cuerpos encorvados, continuarán recibiendo nuestra compasión sin importarnos en qué medida una escuela «más dura» de historiadores modernos intente justificar su empleo y excuse sus condiciones de vida y de trabajo. Lo mismo decimos para las esposas y madres obreras que no podían conseguir el tiempo o el dinero necesarios para cubrir las necesidades domésticas de sus familias. Igual de evidente era el espantoso e insalubre medio ambiente de las nuevas ciudades, o el esfuerzo de adaptación a los ritmos de producción fabril dictados por la máquina. Ninguna investigación reciente ha llegado muy lejos

* Informes oficiales del Parlamento y el Consejo Privado, que se publicaban con cubierta azul. (*N. de la t.*)

en el intento de negar el abatimiento y la degradación del bracero agrícola del sur, que se veía privado de un salario para vivir y obligado a entrar en la dependencia servil que suponía la Ley de Pobres. No es menos trágica la destrucción de los tejedores manuales por el hecho de suponer que fue inevitable. Es una historia de resistencia y también de sufrimiento y adaptación: del sindicalismo forjado en un ambiente hostil, de la desesperada protesta del «Capitán Swing» de los braceros agrícolas luchando por el derecho a trabajar a cambio de un salario digno, y del cartismo, el primer movimiento obrero nacional del mundo.

No tiene demasiado sentido, en una introducción corta, repetir los argumentos y la presentación de los hechos y las experiencias que van a ocupar los capítulos siguientes. Sólo puede haber espacio para señalar algunos de los más importantes indicadores del cambio. Los que sugieren que la idea misma de revolución industrial es engañosa suponen normalmente que la transformación de la economía se extiende más hacia atrás de lo que indican las fechas de demarcación habituales. La economía «moderna» empezó mucho tiempo antes de la segunda mitad del siglo XVIII, especialmente en lo que se podría describir como «desarrollo del capitalismo» y su complemento, la existencia de una creciente fuerza de trabajo asalariada. La mayoría de «revoluciones» tienen causas próximas y causas lejanas. Sin un amplio proceso temporal en el que se creasen las «condiciones preliminares» sería impensable la culminación final de una rápida industrialización. Ya hace setenta años que los Hammond señalaron: «Se ha prestado tanta atención al desarrollo del capitalismo antes de la Revolución industrial, que existe quizás una tendencia a subestimar la importancia de los cambios que acompañaron a la Revolución».

Al aceptar que «la suerte del obrero durante la Revolución industrial estuvo predeterminada ... por los cambios sociales» que la precedieron, le atribúan también la destrucción del «más mínimo vestigio» de iniciativa y elección en la vida diaria de la población trabajadora.³ Las ideas simplistas acerca de una «Edad de oro» preindustrial han sido acertadamente descalificadas, en particular por Dorothy George: «Muchos de los males que se han considerado

3. J. L. y B. Hammond, *The Skilled Labourer*, editada por J. G. Rule, Longman, 1979, pp. 1-2.

como resultado directo de la revolución industrial fueron tan característicos del sistema doméstico como del sistema de fábrica que le reemplazó de forma gradual». ⁴ Es más, es equívoco presentar los modos de producción domésticos como necesarios antecedentes de la «maquinofactura». No sólo el crecimiento de la producción realizada por trabajadores manuales, que lo hacían fuera de las fábricas, acompañó el nacimiento y el desarrollo del sistema fabril, sino que en varios casos este tipo de trabajo se creó o aumentó en número como consecuencia de aquel desarrollo. Los mayores grupos de obreros empleados en la industria fueron, hasta la década de 1840, los tejedores, calceteros, cuchilleros, zapateros y otros oficios parecidos. Probablemente, los tejedores manuales del algodón, que trabajaban por cuenta propia, eran todavía el mayor de todos los grupos especializados de la década de 1820. Su número había aumentado sustancialmente como consecuencia de la primera revolución industrial y durante un corto período de tiempo el oficio se vio sobresaturado de trabajo y degradado en cuanto a posición social. La causa principal de su aumento, entre los años 1780 y 1830, fue el vapor y la fábrica, puesto que la hilatura mecánica se adelantó en media generación a la mecanización del tejido; esta situación les convirtió en necesarios y les concedió una breve era de prosperidad antes de que el telar mecánico completase su declive y les sumiese en el olvido. Esto significa que, por su elevado número, se debe considerar a los tejedores manuales obreros tan característicos de una fase de la revolución industrial como lo fuera el nuevo proletariado fabril. Se produjeron otras paradojas. Las nuevas máquinas debían ser montadas y ajustadas por una nueva clase de artesano cualificado, el mecánico, pero las factorías que las alojaban, y también las viviendas de aquellos obreros cuyos ritmos de trabajo dictaban, se construían con uno de los procesos de trabajo más antiguos: ladrillo sobre ladrillo. El paño, una vez mecanizado el tejido, salía a raudales de las fábricas con destino todavía a otra fase del proceso de producción, para que las «reventadas» muchedumbres que vivían de la aguja lo convirtiesen en prendas de vestir. La existencia de tanto trabajo, que a mediados del siglo XIX no estaba aún tecnológicamente transformado, ha llevado a argumentar que para el grueso de la población trabajadora los cambios reales en el proceso

4. M. D. George, *England in Transition*, Penguin, 1953, p. 136.

de trabajo no se produjeron hasta después de las diversas fechas finales que se asignan de forma corriente a la revolución industrial.⁵

Pero aunque no se transformasen desde el punto de vista tecnológico, muchos de los oficios manuales se reestructuraron a nivel organizativo. Tanto la extensión del «sistema de reventadero» como la aparición del sistema de fábrica formaban parte de la explotación del trabajo que sustentaba el «taller del mundo». Durante todo el período, quizás el único grupo de obreros capaz de mantener —o al menos de sostener una lucha por mantener— su posición social y su bienestar fue el de los oficios artesanales cualificados y predominantemente masculinos, que se desarrollaban en el «taller» y contaban con largas tradiciones y la exclusividad y la dependencia en los conocimientos del oficio para proporcionarles algún tipo de protección en el mercado de trabajo.

DIMENSIONES POLÍTICAS: LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Otra «revolución» forma parte del cuadro, aunque no tuviese lugar en Inglaterra: los trastornos revolucionarios franceses de los años 1789 a 1815. Tanto porque el ejemplo francés, con su provocativa ideología jacobina, fomentó y alimentó el radicalismo popular de los artesanos ingleses, como porque las guerras contra la Francia revolucionaria y napoleónica, que se prolongaron desde 1793 hasta Waterloo, tuvieron un enorme impacto en el país. A lo largo de más de veinte años, en medio de la explosión demográfica y de las transformaciones económicas y sociales, Inglaterra estuvo implicada en una larga guerra con unos niveles de participación extraordinariamente elevados. El doctor Emsley ha indicado: «Si hubo una experiencia común que todos los británicos compartieron en la última década del siglo XVIII y los primeros años del siglo XIX, ésta se funda menos en los cambios provocados por la revolución industrial y más en las exigencias de la guerra». Los temores de invasión constituían una amenaza constante y una sensación de inseguridad; y aunque algunos sectores de la economía, como el de los astilleros reales, se

5. Una importante discusión sobre el tema se encuentra en R. Samuel, «Workshop of the world: steam power and hand technology in mid-Victorian Britain», *History Workshop Journal*, 3, 1977, pp. 6-72.

beneficiaron de una creciente actividad, el desbaratamiento que resultó del cierre de los mercados de ultramar hundió áreas industriales como las East Midlands, en el desempleo, la miseria y el ludismo. Los elevados precios de los alimentos, debidos fundamentalmente a las malas cosechas pero seriamente agravados por la situación de guerra, produjeron crisis de subsistencia de una severidad excepcional en los años 1795-1796 y 1800-1801, que fueron acompañadas de motines de proporciones alarmantes. La inflación en los precios y los salarios distorsionó los mercados de bienes y de salarios y al fin provocó una grave dislocación y la deflación de posguerra. Por añadidura se produjo la movilización de los hombres aptos para el servicio. Según Emsley, los planes del gobierno para 1794 relativos a soldados, milicianos y marineros indican que se proyectaba reclutar, más o menos, uno de cada diez hombres en edad militar.⁶

La presentación que ha hecho E. P. Thompson del radicalismo inglés y del jacobinismo de esos años se ha aceptado pocas veces sin críticas, pero incluso en el caso de que haya subrayado demasiado y sobrevalorado la fuerza de las sociedades revolucionarias populares, no hay duda de que el mismo evidente recelo del gobierno en este aspecto reflejaba el hecho de que el «nuevo» radicalismo profesaba la ideología de un enemigo y reclutaba a sus seguidores entre una población más «peligrosa» que el radicalismo de las décadas de 1760 y 1780. Si bien algunos historiadores ponen objeciones al hecho de describir un gobierno inglés como «contrarrevolucionario», se debe al menos reconocer que respondía, con una política de represión, a una amenaza de revolución detectada. Esto le confiere una configuración única al período 1793-1815 al unir la explotación económica y la represión política.⁷ Entre los méritos de los Hammond, y a diferencia de algunos de sus críticos, se encuentra el hecho de que comprendiese el contexto político en el que tenían lugar las transformaciones económicas; el «trauma de la Revolución francesa» condujo al gobierno a una nueva forma de contemplar a la mayoría de la nación:

6. C. Emsley, *British Society and the French Wars 1793-1815*, Macmillan, 1979, pp. 4, 33.

7. E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Penguin, 1968, p. 217. (Hay trad. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona, 1989.)

Las clases más pobres no parecían ya una fuerza pasiva: se las temía como a un Leviatán que se diese cuenta con rapidez de su poderío. Así como antes se las consideraba satisfechas de forma natural, ahora se las veía como descontentas por naturaleza. El arte de la política no era ya el arte de mantener la estimación de un pueblo que apreciaba sus costumbres, su religión y su forma general de vida, mediante la moderación, la previsión y la paciencia; era el arte de mantener la disciplina entre una inmensa población desprovista de las tradiciones y los frenos de una sociedad establecida y conservadora, insatisfecha con la suerte que inevitablemente les había tocado y dispuesta para el desorden y la violencia ciega. Porque se habían producido dos revoluciones a la vez. La Revolución francesa había transformado la forma de pensar de las clases dominantes, y la Revolución industrial había convulsionado el mundo de las clases trabajadoras.

El mensaje central de su libro, *The Skilled Labourer*, es un mensaje político. Los cambios que conformaron la revolución industrial no los produjo una fuerza «natural» objetiva que se pueda neutralizar cómodamente con un término como «industrialismo». Para bien o para mal, fueron producto de una ideología fuerte: el capitalismo industrial. En la medida que los gobiernos aceptaron las premisas de esa ideología la convirtieron en «oficial» y aseguraron su éxito; el *laissez-faire* se convirtió en una ideología tanto política como económica. Los Hammond veían la existencia de una lucha entre trabajo y capital en estos términos: «Las clases elevadas dividieron su mundo en capital y trabajo y afirmaron que la lucha se entablaba entre tradición e iniciativa, entre los prejuicios de los pobres que entorpecían la actividad industrial y el espíritu adquisitivo y aventurero de los ricos que la fomentaba».⁸ En *The Rise of Modern Industry* (1925) argumentaban que, para que triunfase la moderna industria capitalista, era necesaria la destrucción de los controles reguladores que habían impuesto en un primer momento los gremios y luego un gobierno paternalista. Al revocar en 1813 las cláusulas del *Elizabethan Statute of Artificers* relativas a la fijación de salarios, y en 1814 las referentes al aprendizaje, el Parlamento estaba

8. J. L. y B. Hammond, *The Town Labourer*, en J. Lovell, ed., Longman, 1978, pp. 64-65; y *Skilled Labourer*, pp. 211-212; véase también su *The Rise of Modern Industry*, edición de 1972, p. 108.

dando constancia por fin de la «derrota del obrero y el pequeño patrono». En este contexto situaron explícitamente el ludismo, como lo hizo Thompson, en «el momento crítico de la abrogación de la legislación paternalista y la imposición de la economía política del *laissez-faire* por encima y en contra de la voluntad y la conciencia de la población obrera».⁹ Sin embargo, algunos críticos han sugerido que la transición a una economía de *laissez-faire* sustancialmente se había producido mucho antes de la segunda década del siglo XIX, de modo que en aquel momento sólo quedaba el esqueleto de la regulación proteccionista y éste era mal visto. El hecho de que, por ejemplo, el *Statute of Artificers* sólo tuviese una importancia más simbólica que real mucho antes de la revocación de los años 1813 y 1814, no significa que no hubiese conservado un significado especial en la conciencia de los artesanos. En los momentos de crisis de sus oficios, seguían actuando como si se pudiese conseguir un arreglo de carácter regulador para sus demandas. El estatuto tenía una realidad importante en el sentido de lo que *debería* ser, que se basaba en la poderosa visión de un pasado en el que el bienestar se había mantenido gracias a la tradición y a la legislación protectora. En este sentido, las luchas de los artesanos contra las innovaciones capitalistas que amenazaban su sustento y su posición social señalan un tipo de crisis especial: un momento de conflicto entre el capitalismo triunfante del *laissez-faire* y las antiguas ideas de una economía social o «moral». La serie de fracasos que encajaron los tejedores de punto, los tejedores manuales y los estampadores de indianas fueron el resultado final de una época en la que los sectores oprimidos de las clases artesanas esperaban, en primer lugar, conseguir una reparación surgida de un Parlamento dispuesto a limitar las actividades del capital. Cada oficio parece dejar constancia de nuevo de su desilusión, como lo hicieron los obreros del algodón en 1811 después de fracasar en la consecución de una ley que estableciese un salario mínimo:

Sólo somos trabajadores manuales y por tanto no estamos bien informados de la razón por la cual, con frecuencia, en un momento se combaten algunas medidas, con los mismos argumentos que en otros momentos sirven para reivindicarlas y apoyarlas ... Este comité

9. *Ibid.*, pp. 104, 108-109.

está sumamente perplejo al intentar explicarse por qué motivo la intervención legislativa se puede considerar indebida bajo circunstancias de tanta necesidad.¹⁰

Pocos historiadores modernos describirían una escena de opresión política en términos tan extremos como lo hicieron los Hammond. Acerca del gobierno de postguerra de lord Liverpool escribieron: «Probablemente ningún gobierno inglés ha estado jamás tan cerca, en cuanto a espíritu y libertinaje, de la atmósfera que asociamos con el gobierno del zar de Rusia».¹¹ No es quizás una analogía especialmente acertada, pero este gobierno suspendió el *habeas corpus*, actuó a través de una red de espías e informadores de la policía y censuró la prensa. La población obrera del período de la revolución industrial no sólo tuvo que hacer frente a dolorosos cambios sino que lo hizo en una atmósfera de hostilidad, implacable y sostenida, por parte del gobierno hacia cualquier organización de tipo defensivo que aquélla intentase formar. El gobierno de «*torysmo liberal*» encabezado por Liverpool no fue más opresivo que los gobiernos del período de guerra que le habían precedido; y se había aprobado ya la *Reform Act* de 1832, cuando un gobierno *Whig* ayudó a un tiránico magistrado local y a una vengativa judicatura a deportar, en 1834, a seis pobres braceros de Tolpuddle por haber formado una *trade union*.

LA FUERZA DE TRABAJO: CAMBIOS EN SU ESTRUCTURA Y ESCALA

Hacer un recuento detallado de los cambios que se produjeron en el despliegue y la organización de la fuerza de trabajo y valorar cuántos procesos de trabajo estuvieron sujetos a reformas importantes requeriría otro libro entero de la misma extensión que el presente; además, al respecto existen otros manuales al alcance de los estudiantes.¹² Aquí sólo podemos sugerir líneas generales e indicar tendencias. Si la idea de revolución industrial tiene alguna validez es

10. Hammond, *Skilled Labourer*, pp. 64-65.

11. *Ibid.*, p. 299.

12. Una visión de conjunto útil la encontramos en E. H. Hunt, *British Labour History 1815-1914*, Weidenfeld and Nicolson, 1981, caps. 1 y 2.

como expresión abreviada de un cambio acusado en la mano de obra, que consiste en un trasvase desde la agricultura hacia la industria. Este cambio fue especialmente rápido en las primeras décadas del siglo XIX, después de haber sido gradual aunque constante durante la mayor parte del siglo XVIII. Hacia 1700, una cifra quizá situada entre un cuarto y la mitad de la población activa trabajaba en la industria y la minería, y su producción era aproximadamente igual en valor a la de la agricultura. Hacia mediados de siglo, el comercio y la industria juntos debieron de emplear más trabajadores que la agricultura, aunque el problema de las ocupaciones «mixtas» hace que sea imposible una medición precisa. Para 1801, si añadimos el 29,7 por 100 que figura como ocupado en la industria, al 11,2 por 100 en el comercio, se supera claramente el 35,9 por 100 que trabajaba principalmente en la agricultura. Entre los años 1801 y 1811 se produjo poco movimiento, pero entre 1811 y 1821, mientras que la agricultura disminuyó en un 4,6 por 100, la manufactura aumentó en un 8,2 por 100. En 1851, la industria y la minería daban trabajo al 42,9 por 100 de la fuerza de trabajo. Después de este momento se produjo poco trasvase hacia la industria, que en 1881 sólo había aumentado un 0,65 por 100 con respecto a treinta años antes. El declive continuo de la agricultura lo absorbió de forma creciente el sector terciario (cuadro 1). La distribución de la mano de obra no es una medida de cifras absolutas. Los que trabajaban en la agricultura seguían constituyendo el mayor grupo en 1851, con más de dos millones de trabajadores (cuadro 2). Antes del año 1851 es imposible hacer una clasificación sistemática de la fuerza de trabajo en la industria y la minería. La mayoría de los que trabajaban en la industria en 1851 no lo hacían todavía en fábricas, ni en cualquier forma de establecimiento que emplease un gran número de obreros bajo un mismo techo o en un mismo lugar.

Sin embargo, un número creciente de obreros empezaban a trabajar en ellas, porque del siglo XVIII al XIX se produce un cambio inequívoco por lo que a la escala de este hecho se refiere. Los grandes establecimientos no eran desconocidos antes de 1800. Los astilleros de Portsmouth, que ocupaban a 2.228 obreros cuando se fundaron en 1772, eran grandes desde cualquier punto de vista. El astillero de Plymouth no era menor y los otros astilleros reales eran también empresas importantes. Varias de las minas de cobre de Cornualles se acercaban a esos niveles; Wheal Alfred empleaba a

más de 1.000 hombres en 1790. También destacaban unas pocas herrerías; Arthur Young creía, en 1776, que Darby daba empleo a 1.000 obreros en el Shropshire, y Crawley a «varios centenares» cerca de Newcastle. Había, por supuesto, grandes patronos encuadrados en los modos de producción domésticos, que daban a trabajar hilo o clavos de hierro a cientos de hogares. Un empresario de clavos del Black Country tenía relación con más de un millar de hogares.¹³

CUADRO 1

Porcentajes de distribución de la mano de obra británica estimados para el período 1811-1911

	Agricultura silvicultura pesca	Manufactura minería industria	Comercio y transporte	Servicio doméstico y personal	Sector público profesionales y otros
1811	33,0	30,2	11,6	11,8	13,3
1821	28,4	38,4	12,1	12,7	8,5
1851	21,7	42,9	15,8	13,0	6,7
1881	12,6	43,5	21,3	15,4	7,3
1911	8,3	46,4	21,5	13,9	9,9

CUADRO 2

Distribución por oficios de la población trabajadora británica, 1851 (en miles)

	Hombres	Mujeres	Total
Agricultura, horticultura y silvicultura	1.788	229	2.017
Pesca	36	1	37
Oficios domésticos y servicio personal	193	1.135	1.328
Textiles	661	635	1.296
Vestido (incluyendo la fabricación y la reparación de botas y zapatos)	418	491	909

13. Para la actividad manufacturera del siglo XVIII, véase J. G. Rule, *The Experience of Labour in Eighteenth-century Industry*, Croom Helm, 1981, cap. 1.

CUADRO 2 (Continuación)

	Hombres	Mujeres	Total
Industria del metal, máquinas, herramientas, vehículos, etc.	536	36	572
Construcción	496	1	497
Transporte (carreteras, tendido ferroviario, canales, puertos, marítimo; incluyendo cocheros domésticos y mozos de caballos)	433	13	446
Alimentación, bebidas y tabacos	348	53	401
Minas, canteras y obreros que trabajan los productos extraídos de ellas	383	11	394
Madera, mobiliario, etc.	152	8	160
Ladrillos, cemento, cerámica y vidrio	75	15	90
Papel, imprenta, libros y objetos de escritorio	62	16	78
Pieles, cuero, etc.	55	5	60
Productos químicos, aceites, jabones, etc.	42	4	46
Comercio	91	—	91
Profesiones liberales y servicios secundarios	162	103	265
Administración pública	64	3	67
Fuerzas armadas	63	—	63
Otros oficios	445	75	513
Totales	6.545	2.832	9.377

La experiencia de trabajar formando parte de una fuerza de trabajo extensa en un solo emplazamiento fue creciente a lo largo del siglo XIX. En el siglo XVIII se consideraba que las minas de carbón eran grandes si empleaban a más de 100 mineros; la norma era emplear unos 40. En las técnicas de extracción del carbón no se produjo ninguna revolución tecnológica, y el gran aumento de la demanda que acompañó a la revolución industrial se tuvo que afrontar en su mayor parte aumentando la cantidad de mano de obra. En el primer cuarto del siglo XIX, el número de 200 a 300 trabajadores bajo tierra se convirtió en algo habitual en la mayoría de minas de carbón de gran tamaño, mientras que hacia la década de 1840 las mayores minas carboníferas del nordeste empleaban de 500 a 1.000 obreros. A finales del siglo XVIII el número de mineros del carbón, en Inglaterra y Gales, difícilmente podía ser inferior a 50.000, pero incluso a partir de este importante número su crecimiento fue espec-

tacular pasando por 118.000 en 1841, hasta alcanzar los 219.000 hacia 1851.¹⁴

Las estadísticas de empleo en las minas de estaño y cobre de Cornualles son excepcionalmente buenas. Un recuento hecho para Boulton y Watt, en 1787, situó el número de empleados en las minas de cobre en 7.196, de los cuales 2.684 eran mujeres y niños. A este cálculo se deben añadir unos 2.000 obreros de las minas de estaño. Una estimación de 5.000 a 6.000 hombres y 4.000 a 5.000 mujeres, en 1799, parece una cifra razonable, y la muy considerable expansión de la minería del cobre a lo largo de las primeras décadas del siglo XIX se refleja en la cifra de 29.166 (hombres y mujeres) para el año 1837 y el recuento del censo de 1851 de 36.284 (que incluye 5.916 mujeres). Un cuidadoso estudio de 159 minas en 1837 nos permite tener un conocimiento preciso de la escala característica de la empresa; 64 de esas minas, que abarcaban un gran número de operaciones muy pequeñas, empleaban a más de 100 trabajadores; diez de ellas a más de 500; y cinco ocupaban a más de 1.000. De hecho, más del 60 por 100 de la mano de obra minera estaba empleada en minas de más de 250 trabajadores, y un poco más del 30 por 100 lo estaba en las cinco mayores empresas que superaban los 1.000 obreros.¹⁵

Hacia mediados del siglo XIX, el sistema de fábrica sólo era el modo de producción dominante en la industria de paños de lana y algodón. A principios de la década de 1830, 7 firmas algodoneras de Manchester empleaban, cada una de ellas, más de 1.000 trabajadores; otras 30, más de 500; y 46 más, entre 200 y 499. La mecanización tardía del tejido supuso que incluso en 1815 las fábricas de los algodoneros sólo contasen con 114.000 empleados, que eran en su mayoría mujeres y niños, pero el advenimiento del telar mecánico redujo el número de tejedores manuales desde una cifra alrededor de los 240.000 en 1820, a sólo 50.000 hacia 1850, mientras la mano de obra fabril del sector del algodón aumentaba hasta 330.000, el 57 por 100 mujeres. La producción lanera cambió su procedimiento

14. Las cifras relativas a la industria hullera se han sacado principalmente de Musson, *Growth of British Industry*, pp. 95-96.

15. Las fuentes de información para el estaño y el cobre se citan en J. G. Rule, *The labouring miner in Cornwall c. 1740-1870: a study in social history*, Tesis doctoral, Universidad de Warwick, 1971, pp. 8-14.

de forma más lenta. La mano de obra de este sector que trabajaba en fábricas estaba confinada en su mayor parte en el West Riding, y en 1850 ascendía a unas 74.000 personas, pero la persistencia del tejido con telar manual —en 1850 sólo había 9.500 telares mecánicos en las industrias lanera y del estambre— significaba que los trabajadores masculinos empleados a *jornada completa* tenían todavía un predominio marginal. Hacia 1833, 11 hilanderías del Yorkshire empleaban a más de 200 obreros, y parece que este era también el tamaño típico del número de fábricas sederas de Derby y Macclesfield, que funcionaban en el seno de una industria dominada todavía numéricamente, a principios del siglo XIX, por los trabajadores a domicilio de Spitalfields (Londres) y de Coventry.¹⁶

Los oficios de tejido de medias y encajes de las East Midlands se mantuvieron fuera de las fábricas hasta la segunda mitad del siglo XIX. En 1727, había ya 4.650 telares en funcionamiento en el distrito, y en la época de los disturbios luditas de 1811, unos 20.000 telares daban trabajo quizás a 50.000 personas. El censo de 1851 da una cifra de mano de obra de 65.000. Aunque en su mayor parte los calceteros empresarios que daban trabajo a domicilio lo hacían en una escala pequeña o mediana, unos pocos de ellos daban hilo a trabajar a unos cien o más tejedores de punto. De forma parecida, los oficios de cuchillería de Sheffield quedaron fuera del alcance del sistema de fábrica; los 6.000 fabricantes de cuchillos y limas de 1800 habían aumentado a más de 14.000 hacia el año 1851, haciendo de Sheffield una de las ciudades más desarrolladas de la revolución industrial. En 1801, su población de 46.000 habitantes la convertía en una gran ciudad según los criterios de aquella época; sin embargo en 1851 había alcanzado los 135.000 habitantes. Este crecimiento en el empleo se debía sobre todo a la persistencia de la producción artesanal en pequeña escala, en la que, al igual que en los diversos oficios del metal de Birmingham, predominaban los pequeños patronos que empleaban unos pocos oficiales y aprendices en ramas especializadas de la muy heterogénea manufactura de los pequeños productos de metal. Muchos de ellos compraban todavía sus propias materias primas, aunque dependían en gran medida de la venta de sus productos a los comerciantes capitalistas y muy pocas veces los

16. Cifras extraídas de Musson, *Growth of British Industry*, pp. 82-83, y S. Pollard, *The Genesis of Modern Management*, Penguin, 1968, p. 114.

vendían ellos directamente. Para William Hutton, que viajó por primera vez a Birmingham en 1741, la ciudad era ya «grande y repleta de habitantes, y esos habitantes estaban rebosantes de laboriosidad». En 1801, la población tenía 73.000 habitantes, cifra nueve veces superior a la del año 1700; hacia mediados de siglo se acercaba al cuarto de millón de habitantes.¹⁷

Si además la producción de clavos del Black Country estaba asimismo dominada por la producción manual, unos 29.000 trabajadores en 1851, está claro que la pequeña fundición fue predominante en la industria de productos de metal durante todo el período. Sin embargo, incluso antes de finalizar el siglo XVIII, existían en la industria del metal grandes empresas que se dedicaban a la producción del propio hierro y fundidos y vaciados más pesados como el de las rejas de los arados, calderas y otras piezas de maquinaria.

En general no supone una gran distorsión sugerir que en Inglaterra hasta mediados del siglo XIX la industria de bienes de consumo acabados se hacía en su mayor parte a pequeña escala y sin mecanizar. Los obreros pañeros que trabajaban en fábricas eran superados de largo por los que trabajaban de forma manual en una u otra rama del oficio de la pañería. En 1851, en Inglaterra y Gales había 10.991 patronos de sastrería, y sólo un 4 por 100 de ellos empleaba a más de 10 trabajadores de la inmensa fuerza de trabajo constituida por 151.000 sastres. A esta cifra se pueden añadir 72.000 costureras, 296.000 modistas, 17.000 sombrereras y 30.000 guanteros, además de diversos colectivos menores, para completar el vasto número de personas que confeccionaban prendas de vestir. La industria del calzado se estructuraba de forma parecida, aunque mostrando tendencias crecientes hacia la concentración, especialmente en y alrededor de Northampton. Sus 241.000 obreros y 31.000 obreras superaban en 1851 el número de los empleados en las minas de carbón.

En los oficios de la construcción predominaban los pequeños patronos a pesar de que en algunas ciudades parecía que existiese el sistema de «contrata general». Se daban a la vez el trabajo directo, la subcontratación hecha a varios menestrales y el trabajo por cuenta propia conocido en todas partes; este último predominaba fuera de las ciudades más grandes. Un maestro artesano trabajaba,

17. William Hutton, *Life of William Hutton F.A.S.S.*, 1817, p. 110.

de forma característica, con uno o dos empleados fijos, con oficiales y aprendices, y además, de vez en cuando, alquilaba trabajo no cualificado. De los 26.360 patronos que en 1851 trabajaban en oficios relativos a la construcción en Inglaterra y Gales, 70 empleaban a 100 trabajadores o más, pero las tres quintas partes de ellos sólo empleaban a 1 o 2 del medio millón, más o menos, que engrosaban las filas de los diversos oficios de albañilería, ensamblaje, empizarrado, mampostería, etc. Quizás unos 60.000 obreros más respaldaban el trabajo de aquéllos fabricando ladrillos, preparando cal o sacando piedra o pizarra de las canteras.

A lo largo del siglo XVIII, la industria alfarera se había concentrado con rapidez en las «cinco ciudades» de alrededor de Burslem. Hacia 1762, las 150 alfarerías de Burslem daban trabajo a 7.000 personas y en 1781 John Wesley subrayaba el continuo crecimiento de la ciudad que tenía habitantes procedentes de todas partes. En 1851 había empleados 36.000 alfareros (11.000 de los cuales eran mujeres). El predominio que había mantenido Wedgwood a lo largo del siglo XVIII declinó y hacia la década de 1830 varias grandes firmas sobrepasaban su Etruria en lo relativo a puestos de trabajo y a producción. Había 36 empresas que empleaban a más de 100 obreros; 7 de ellas empleaban a 350. Sin embargo, dos terceras partes de las empresas tenían menos de 10 trabajadores, y de este modo la industria alfarera sólo era una excepción parcial a la norma de la producción manual de los bienes de consumo. También la imprenta debería ser considerada como industria de bienes de consumo, si tenemos en cuenta la producción de libros y periódicos. Su expansión fue rápida en la tercera y cuarta décadas del siglo XIX, particularmente en las provincias, pasando de una fuerza de trabajo de 9.000 hombres en 1831 a más del doble de esta cifra en 1851. El taller característicos, situado a las afueras de Londres, seguía siendo muy pequeño.

Los astilleros, como ya hemos observado, se encontraban entre las empresas de mayor tamaño en la economía del siglo XVIII. Por lo que al tamaño se refiere, los astilleros navales hacían que parecieran pequeños la mayoría de talleres privados, que en su mayor parte seguían siendo pequeños a mediados del siglo XIX. Sólo 13 de las 327 firmas que tuvieron ganancias en 1851 empleaban a más de 100 trabajadores, mientras que a mediados de siglo Portsmouth daba trabajo a 2.000 y Chatham a cerca de 2.500. El grueso de esos obreros

eran artesanos de la madera: carpinteros de ribera, fabricantes de mástiles y de aparejos y calafateadores, que se complementaban con los veleros y los cordeleros. En la segunda mitad del siglo la construcción de barcos se transformaría y daría lugar a nuevos tipos de obreros: los planchistas, los remachadores y los constructores de calderas. El abastecimiento de los barcos fue un elemento significativo para la demanda de toneles y barriles, sector que empleaba a 20.000 toneleros en el año 1851. La cifra oficial de 446.000 obreros del sector del transporte incluía los marinos mercantes, aunque no los 37.000 pescadores. La importancia del ferrocarril estaba empezando a repercutir ahora en el personal de explotación, más que en los grupos de peones que habían predominado en la fase de construcción. El número de obreros que trabajaban en el tendido de vías para las compañías más importantes alcanzaba la cifra de 182.963 en 1848 y el ferroviario se convertiría en el más conocido representante de un nuevo tipo de obrero de la economía victoriana: la «clase obrera de uniforme», que compartía la seguridad y las buenas condiciones en el empleo, junto con las actitudes respetuosas hacia ellos, con otros grupos de trabajadores como los de correos.

Este mapa del empleo, necesariamente incompleto e impresionista, parece confirmar el punto sobre el que han insistido recientes historiadores: que el empleo en las fábricas no era el característico. El profesor Musson afirma: «Es evidente que el trabajador británico característico de mediados del siglo XIX no era un obrero encargado de una máquina en una fábrica, sino que era todavía un artesano tradicional, un bracero o un criado doméstico».¹⁸ Sin embargo, el problema no reside tanto en aceptar las proporciones relativas (los cálculos de Hopkins sobre el censo de 1851 dan 1,75 millones de trabajadores empleados en la «industria mecanizada y en la minería» frente a 5,5 millones que trabajaban en industrias no mecanizadas),¹⁹ sino en la forma que el término «tradicional» transmite una imagen de producción artesanal *inmutable*. No es cierto que el nivel de cualificación, la posibilidad de participar de la dignidad del oficio, el control sobre el proceso de trabajo ni la intensidad y la remuneración del trabajo permanezcan sin alteraciones simplemente por

18. Musson, *Growth of British Industry*, pp. 130-141.

19. E. Hopkins, *A Social History of the English Working Classes 1815-1945*, Arnold, 1979, p. 3.

el hecho de que persistan los modos de producción manuales. Este argumento es central cuando, más adelante, tratamos el tema de los procesos de trabajo, la remuneración y el sindicalismo. Aquí subrayaremos sólo que el sastre o el zapatero «reventados» y el carpintero o ebanista «chapuceros» tenían poco en común con la forma tradicional de su oficio. El capitalismo mercantil, en especial bajo la forma del almacén de artículos «dispuestos para el consumo», había tenido como consecuencia una transformación estructural de sus oficios, tan importante y tan seria en sus implicaciones y de un carácter tan claramente «explotador» como lo fue el sistema de fábrica.²⁰ Por añadidura, como ha señalado Raphael Samuel, la revolución industrial no fue sólo una cuestión de atender a las máquinas, dio lugar a nuevas demandas de trabajo manual penoso:

La revolución industrial, lejos de aligerar el trabajo humano creó todo un nuevo mundo de ocupaciones intensivas en trabajo: un primer ejemplo de ello son los peones del ferrocarril, pero también podríamos citar a los pudeladores y los laminadores en las fábricas de laminado, que transformaban en barras los lingotes de hierro bruto, los obreros de álcali que removían tinajas de sosa cáustica, y un amplio espectro de ocupaciones que la Legislación fabril de la década de 1890 reconoció tardíamente como oficios peligrosos.²¹

EL TRABAJO DE LAS MUJERES Y LOS NIÑOS

A lo largo del período que abarca este libro, el empleo de mujeres y niños fue habitual e importante. Aunque a menudo se le da una importancia especial a la revolución industrial por haber incorporado a las mujeres y los niños a la fuerza de trabajo, es un hecho claro que el porcentaje de población ocupada que ellos representaban había sido bastante constante hasta el rápido declive en el empleo de mujeres casadas, después de 1851, y el aumento de la escolarización para los niños en la segunda mitad del siglo XIX.²²

20. Para un tratamiento de este cambio estructural sobre bases más amplias, véase J. G. Rule, «Artisan attitudes: skilled labour and proletarianisation in Western Europe before 1848», *Bulletin of Society for Study of Labour History*, 1985.

21. Samuel, «Workshop of the world», pp. 8-9.

22. Véase E. Richards, «Women in the British economy since about 1700: an interpretation», *History*, 59, 1974, pp. 337-357.

En el siglo XVIII, las mujeres y los niños constituían en su mayor parte una mano de obra industrial oculta. Oculta porque su trabajo se hacía, por lo común, en casa y en muchísimos casos era confección de ropa que se realizaba como parte de la unidad de producción familiar más que como trabajo asalariado por separado. Sin embargo, no todo el trabajo femenino a domicilio se encargaba como parte de una unidad de trabajo familiar. La doctora Berg ha señalado que diversos oficios, que se hacían según el sistema de *putting-out*,* tendían a absorber el trabajo femenino disponible en la casa y daban lugar a modos de producción y de organización adecuados a ese fin. El encaje y el trenzado de la paja son sólo los ejemplos mejor conocidos.²³ Además, había algunos oficios específicamente femeninos como los de sombrerera, corsetera o modista. A mediados del siglo XVIII estos oficios recibían remuneraciones tan bajas que comúnmente se les consideraba como centros de reclutamiento para la prostitución. Se ha descrito a menudo el proceso por el cual, en la primera mitad del siglo XIX, el sistema de reventadero explotaba el trabajo de las obreras a domicilio dentro del sector del «oficio de la aguja». El *Song of the Shirt* es a su modo una imagen de la explotación capitalista casi tan poderosa como cualquier ciudad fabril al estilo de Gradgrind.²⁴

A pesar de la aparición de la fábrica con su fuerza de trabajo mayoritariamente femenina, hay poca evidencia fiable que apoye el punto de vista según el cual la revolución industrial aumentó la participación de las mujeres en el trabajo asalariado. Es imposible obtener cifras exactas para el siglo XVIII; sólo podemos dar por supuesto que, entre la población trabajadora, se esperaba que las mujeres, esposas e hijas trabajasen tanto en la industria como en la agricultura.

* Organización de una red de trabajo a domicilio por parte de los comerciantes empresarios, llamados *putters-out*. (N. de la t.)

23. M. Berg, «Domestic industry, women and community in eighteenth-century England», en P. Joyce, ed., *Historical Meanings of Work*, Cambridge University Press, 1986; y *The Age of Manufactures 1700-1820*, Fontana, 1985. (Hay trad. cast.: *La era de las manufacturas, 1700-1820. Una nueva historia de la Revolución industrial británica*, Crítica, Barcelona, 1987.)

24. R. Campbell, *The London Tradesman, 1747*, reeditado por David and Charles en 1969, pp. 206-209 y 225-228; y para la continua vinculación con la prostitución a mediados del siglo, véase el informe de Mayhew, «Prostitution among needlewomen», en E. P. Thompson y E. Yeo, eds., *The Unknown Mayhew*, Penguin, 1973, pp. 175-177.

La industrialización sólo aumentó y cambió la naturaleza del empleo que estaba al alcance de algunas mujeres en algunos distritos. Los cambios en la agricultura asociados con el declive de las explotaciones familiares, el incremento de una clase de trabajadores sin tierra y un cambio hacia la producción de cereales quizás redujo el empleo femenino y lo hizo más estacional (véase *infra*, p. 67).

Se podían encontrar mujeres en muchos sectores de la economía industrial, aunque estaban excluidas de los oficios artesanales que se desarrollaban en los talleres por la frontera del aprendizaje y las organizaciones de los trabajadores masculinos cualificados. La exclusión legal de las mujeres, aparte de la que se ejercía de forma indirecta a través del aprendizaje, sólo se produjo con la Ley de minas de 1842. Es imposible saber qué porcentaje de la fuerza de trabajo constituían las mujeres en el siglo xviii, pero el 30 por 100 de la población obrera «oficial» de 1811 permaneció constante hasta 1851. En aquel año, el número de mujeres ocupadas era un 39 por 100 de la población femenina total. Desde luego, esta es una estimación por debajo de la realidad puesto que gran parte del trabajo que realizaban las mujeres era a tiempo parcial, «no oficial», oculto en la casa o sumergido en la ocupación del esposo, de modo que escapa al cómputo. De las clases de trabajo enumeradas, la preponderancia del servicio doméstico es abrumadora —representaba un 37,3 por 100 de las mujeres con empleo—, mientras que la producción textil y la industria del vestido juntas alcanzaban, más o menos, el mismo porcentaje. La agricultura era el sector que venía a continuación, pero muy por detrás, con un 7,7 por 100. De las 128.418 mujeres que trabajaban suficientes horas en la agricultura como para ser contabilizadas en aquel sector, 64.000 eran lecheras que, en contraste con la imagen dulce y bella que de ellas se daba, realizaban duros trabajos batiendo y removiendo la mantequilla y los inmensos quesos. La incapacidad de la agricultura inglesa para proporcionar trabajo suficiente a las mujeres se refleja de manera directa en el hecho de que las jóvenes que se incorporaban al servicio doméstico en las ciudades procedían en su mayoría de los pueblos.²⁵

25. Además de la clásica obra de I. Pinchbeck, *Women Workers and the Industrial Revolution 1750-1850*, Cass, 1969, véase el artículo contemporáneo de Harriet Martineau sobre los resultados del censo de 1851, que se publicó en *Edinburgh Review*, 109, 1859, pp. 293-336, y se volvió a publicar en I. Saville, ed., *Working Conditions in the Victorian Age*, Gregg, 1973.

En la industria pesada trabajaban proporcionalmente pocas mujeres, aunque la industria de fabricación de clavos era una excepción, y estaba aumentando su importancia en diversos oficios del sector del metal que se realizaban en los talleres de Birmingham. El trabajo de las mujeres bajo tierra, en las minas de carbón, quedó prohibido por la ley de 1842, pero en algunos distritos este tipo de trabajo no se había conocido jamás, ni tampoco se había dado en las minas de estaño y de cobre de Cornualles. Las mujeres eran mucho más importantes como trabajadoras en la superficie, seleccionando, separando y clasificando carbones y minerales. El doctor John ha indicado que las estadísticas de ocupación del año 1841 subestiman notablemente el número de mujeres que trabajaban en las minas, dando la cifra de 2.350; y afirma que en vísperas de la ley de 1842 había quizás alrededor de 5.000 o 6.000 mujeres empleadas en la superficie y en las galerías. Las oportunidades de trabajo en la superficie no aumentaron a corto plazo después de la exclusión de las mujeres de las galerías, y el censo de 1851 sólo registra 2.649 mujeres en las minas de carbón de Inglaterra y Gales.²⁶ En proporción, las minas metalíferas de Cornualles, en especial las de cobre que tenían una gran demanda de trabajo femenino en la superficie, las empleaban en mucho mayor número. En 1851, trabajaban 5.922 mujeres en las minas de Cornualles, con el doble de obreras en los minerales de cobre que en el estaño.²⁷

Los defensores de la industrialización capitalista británica se apresuran a señalar que el trabajo infantil era un ingreso esencial e indispensable para la economía, mucho antes de que apareciera el sistema de fábrica. Es una insistencia innecesaria puesto que nunca nadie ha creído lo contrario: la discusión siempre ha girado en torno a la *forma* y la intensidad del trabajo infantil. Al igual que el trabajo de las mujeres, a menudo el trabajo de los niños quedaba oculto dentro de la unidad productiva doméstica. Aunque también es cierto que Daniel Defoe estuvo encantado de descubrir, durante sus excursiones de principios del siglo XVIII, que en los condados pañeros, «los niños, cuando habían cumplido cuatro o cinco años, podían ganarse el pan por sí mismos». De hecho, con su observa-

26. A. V. John, *By the Sweat of Their Brow: Women workers at Victorian coal mines*, Croom Helm, 1980, pp. 24-25.

27. Rule, «Labouring miner in Cornwall», pp. 8-11.

ción estaba señalando qué bendición suponía la industria, en su opinión, al darles empleo de ese modo. De ahí se deduce que el grado de desempleo de los distritos rurales suponía, *en general*, que los niños sólo tenían trabajo de forma fortuita e intermitente. El hecho de escoger este aspecto para hacer un comentario acerca de la industria muestra verdaderamente que la opinión pública del siglo xviii aprobaba el trabajo de los niños; también podría confirmar que se esperaba que los niños trabajasen, pero asimismo sugiere que se consideraba que la economía *en su conjunto* no ofrecía suficiente empleo para los niños. Es difícil aceptar el punto de vista del doctor Hunt según el cual probablemente el trabajo de los niños estaba menos extendido en 1851 que en la época anterior a la revolución industrial: esto es confundir la aceptación con la disponibilidad, el deseo con la oportunidad. A mediados de siglo, alrededor de un tercio de los niños menores de quince años trabajaba. Sin embargo, existen buenas razones para creer que esta cifra, basada en el censo de 1851, da una estimación muy por debajo de la realidad. No se puede pretender que el censo fuese muy eficaz a la hora de registrar a los niños que trabajaban en la producción familiar o como auxiliares de los obreros adultos en otros tipos de trabajo. El doctor Hunt sugiere que una valoración mayor de la educación fue responsable también del declive en el empleo infantil. En realidad, como más adelante quedará demostrado, la asistencia a la escuela, para aquellos que iban a ella, consistía por lo común en ir durante sólo dos o tres años. Es engañoso considerar la escolarización sin señalar que no estaba asociada la asistencia a la escuela con unos años de la niñez específicos y obligatorios. Si constaba en el registro que un tercio de los niños trabajaba, entonces se deben añadir a este número todos aquellos que en aquel momento no trabajaban, pero que después de unos breves años de escolarización se incorporarían al trabajo para el resto de sus años de infancia. La legislación de las fábricas y las minas tuvo sólo un efecto insignificante después de 1833, al prohibir (aunque se produjese algún tipo de escamoteo) la admisión de los niños menores de ocho años en las fábricas de los algodoneros y los laneros, y a los menores de diez años en las galerías de las minas. Aunque para el futuro fue muy importante, la legislación sobre el empleo de los niños se aplicó de forma selectiva y sólo intentaba protegerles de abusos concretos, no reducir seriamente su extensión. En la medida que se acepta el aumento de la tasa de

natalidad y la disminución de la mortalidad infantil como causas explicativas de la revolución demográfica, parece probable que la proporción de niños en la población aumentase, de modo que hacia 1851 más de un tercio de ésta tuviese quince años o menos. No parece probable que el trabajo infantil mostrase tendencia alguna a disminuir. En realidad, la industria y la minería, áreas en las que más fijaron su atención los contemporáneos y los historiadores, no contaban con más de una cuarta parte de los niños empleados en 1840, mientras que la agricultura ocupaba a un 28,4 por 100 de todos los muchachos menores de quince años, y un 17 por 100 de las muchachas registradas en 1851.²⁸

URBANIZACIÓN

No se produce necesariamente una conexión entre industrialización y urbanización. Las ciudades de chabolas, habitadas por emigrantes rurales subempleados, que rodean las urbes de las economías subdesarrolladas actuales son testimonio de ello. Sin embargo, para la Europa del siglo XIX esta era una conexión habitual; y para Gran Bretaña, en los años que van de 1750 a 1850, una conexión excepcionalmente estrecha. La mano de obra que trabajaba en la industria, a pesar de la persistencia de poblaciones industriales de mineros, tejedores, tejedores de punto, fabricantes de clavos y otros oficios parecidos, se concentraba de forma creciente en las ciudades. Las cifras hablan claramente por sí mismas. En 1750, Londres era la única ciudad inglesa con una población superior a los 50.000 habitantes; hacia 1801 había 8; y en 1851, 29, 9 de las cuales sobrepasaban los 100.000 habitantes. En el censo de aquel año, Gran Bretaña se convirtió oficialmente en una nación en la que la mayor parte de la población era clasificada como urbana y no como rural. Más de la tercera parte de esos habitantes urbanos vivía por aquel entonces en ciudades de 50.000 habitantes o más. Entre 1770 y 1830, Manchester pasó de 27.000 habitantes a 180.000, y esto a pesar de que el surgimiento de la ciudad fabril se había retrasado debido a la dependencia de las primeras fábricas con respecto a la fuerza motriz del

28. Hunt, *British Labour History*, pp. 9-13; Rule, *Experience of Labour*, pp. 42-43.

agua. Con la aparición de las fábricas que utilizaban la fuerza del vapor, las ciudades textiles crecieron con especial rapidez, pero no a mayor velocidad que algunos centros con industria metalúrgica. Hacia la tercera década del siglo xix, tanto Manchester como Birmingham, Sheffield y Leeds aumentaron en más de un 40 por 100. En aquel momento, con las elevadas tasas de natalidad y las tasas de mortalidad marginalmente mejoradas, las ciudades pudieron aumentar tanto por su crecimiento natural como por la inmigración.²⁹

El vínculo entre crecimiento industrial y urbanización fue incluso evidente en el siglo xviii, y fue tan significativo como el desarrollo de los balnearios, como Bath, a los que se ha concedido en demasía el protagonismo de la urbanización que tuvo lugar durante el siglo xviii. El doctor Corfield ha demostrado que entre las ciudades que crecieron con mayor rapidez se encontraban las que tenían una industria especializada. No se trata simplemente de que Defoe hablase del «Negro Barnsley» o escribiese acerca de las «negras y oscuras calles» de Sheffield, o de que Burslem estuviese tan llena de humo en 1750 que la gente tuviese que ir a tientas en pleno día. Estas eran excepciones sobre las que se pueden hacer comentarios, pero lo cierto es que hubo un crecimiento más generalizado en el tamaño de los centros urbanos industriales. Cinco de las diez mayores ciudades provinciales de 1775 debían principalmente su tamaño a la industria, y eran: Birmingham, Norwich, Manchester, Sheffield y Leeds. De las otras cinco, sólo Bath no tenía una industria importante, mientras que Liverpool, Newcastle, Plymouth y Bristol sí la tenían. No lejos de ellas se encontraban otras ciudades como Nottingham, Coventry, Exeter y Portsmouth. La industria o la minería era también la *raison d'être* de una multitud de ciudades menores, que tenían de 3.000 a 5.000 habitantes. Podemos escoger de una larga lista, ciudades pañeras como Bury, Bradford, Tiverton, Wigan u Oldham; centros mineros como Camborne; o centros industriales como Wolverhampton. Se puede dudar de que las ciudades de 5.000 habitantes o menos proporcionaran una auténtica experiencia urbana, y en 1700 sólo alrededor de un 16 por 100 de la población

29. Las cifras sobre el crecimiento de las ciudades en el siglo xix se han extraído de Mitchell y Deane, *British Historical Statistics*, pp. 24-26. Para el siglo xviii, véase P. J. Corfield, *The Impact of English Towns 1700-1800*, Oxford University Press, 1982.

inglesa vivía en ciudades que tuviesen siquiera ese tamaño, mientras que en 1801 quizá sólo una tercera parte vivía en asentamientos de más de 1.000 habitantes. En los capítulos que siguen se considerará el impacto de este cambio en la vida laboral y no laboral de la población obrera inglesa y su adaptación a las formas de vida urbanas, de forma inseparable del de la industrialización. Los problemas de los nuevos modos de producción y los de la vida urbana no se pueden separar razonablemente, a pesar de que un número considerable de personas experimentasen los unos sin los otros.³⁰

Londres es un caso especial. Su población, de 675.000 habitantes en 1750, representaba el 11 por 100 de la población de Inglaterra. En 1800 su población se acercaba al millón y en 1851 era de dos millones y medio. Durante este período siguió siendo un gran centro industrial. Durante el siglo XVIII había sido la localización principal de los oficios artesanales con sus sastres, impresores, relojeros, tejedores de seda, sombrereros y literalmente docenas de otros oficios que iban desde los pintores de brocha gorda hasta los fabricantes de instrumentos quirúrgicos. En la primera mitad del siglo XIX todavía era predominante en la fabricación de un conjunto de bienes de consumo, que eran progresivamente «reventados» por el explotado trabajo de los hombres y las mujeres.

PROLETARIZACIÓN: EL AUMENTO DEL TRABAJO ASALARIADO

«El proletariado nacido en la revolución industrial que se produjo en Inglaterra en la segunda mitad del siglo [dieciocho], y que desde entonces se ha repetido en todos los países civilizados del mundo», escribió Engels; y el profesor Hobsbawm, en un libro muy bien fundamentado, ha subrayado que el trabajo en una economía industrial es «mayoritariamente el trabajo de proletarios [que] no tienen otra fuente de ingresos digna de mención, fuera de un salario en dinero que reciben a cambio de su trabajo». En sentido estricto, el proletariado *industrial* es la creación particular del capitalismo industrial y del sistema de fábrica. Según Engels, «el trabajador manufacturero del siglo XVI al siglo XVIII, poseía todavía, con alguna pero pocas excepciones, un instrumento de producción: su telar, la

30. *Ibid.*, pp. 22-23; Rule, *Experience of Labour*, pp. 18-21.

rueda de hilar de la familia, una pequeña parcela de tierra». «Casi siempre» vivía más inmerso en una «relación más o menos patriarcal» con su patrón, que en la relación del proletario respecto del suyo, que era «una relación puramente monetaria».³¹ El doctor Stedman Jones ha señalado dos condiciones de la explotación del trabajo por parte del capital: la *expropiación del producto*, según la cual el obrero deja de poseer los materiales con los que trabaja o el producto acabado de su trabajo y, en realidad, no vende un producto sino la fuerza de trabajo; y la *expropiación de la naturaleza*, proceso de alienación por el cual el obrero pierde todo control sobre el proceso de trabajo, al producir bajo supervisión según los ritmos que dicta la industria moderna.³² Parece claro que el segundo de los dos es básicamente el resultado de la «maquinofactura» y el sistema de fábrica, pero el primero pudo haberse convertido en la condición normal de un amplio sector de la mano de obra mucho antes de la revolución industrial. Es evidente que para Marx y Engels, la proximidad urbana del trabajo y la vivienda es una precondition importante para el surgimiento de un proletariado consciente capaz de llevar a cabo una acción de clase a gran escala, pero si utilizamos el término 'proletariado' de manera más general para describir aquella parte de la población trabajadora que depende de la venta de su fuerza de trabajo, entonces la proletarización había recorrido ya un largo camino en 1750. Para entonces Inglaterra poseía una población dependiente de un salario y una consiguiente forma de mercado de trabajo que la distinguía de otros países europeos. En una parte sustancial del país, el trabajo asalariado se había convertido, o se estaba convirtiendo, en una norma tanto agraria como industrial, y había aparecido el «bracero agrícola» tan poco conocido en las estructuras sociales de predominio campesino de otros países. El doctor Clarkson ha señalado que si las indicaciones de algunos de los primeros historiadores modernos son correctas, entonces los dos tercios de la población, tanto urbana como rural, que ellos considerarían dependiente de un salario para los siglos xvi y xvii dejarían

31. F. Engels, *Principles of Communism*, 1847, reeditado por Pluto Press, sin fecha, pp. 7-8; E. J. Hobsbawm, *Industry and Empire*, Weidenfeld and Nicolson, 1968, p. 66. (Hay trad. cast.: *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*. Ariel, Barcelona, 1977.)

32. G. Stedman Jones, «England's first proletariat», *New Left Review*, 90, 1975, p. 49.

poco espacio para cualquier cambio sustancial en el siglo XVIII, mientras que los cálculos de Deane y Cole parecen apuntar hacia una fracción de dos tercios para 1800. La primera cifra está hinchada, tanto por la inclusión de miembros de la familia que no se habrían registrado oficialmente en recuentos posteriores, como porque engloba a los «campesinos-jornaleros» para quienes el trabajo asalariado era suplementario, y también a obreros pañeros como los del West Riding, que eran en realidad trabajadores por cuenta propia. Sin embargo, esto, junto con la insistencia más reciente por parte de un historiador del siglo XVII, según el cual las revueltas del West Country se pueden comprender mejor como las protestas de una clase de artesanos dependientes del trabajo asalariado que sólo tenían intereses colaterales en la agricultura,³³ nos recuerda lo extendido y normalizado que estaba el trabajo asalariado en Inglaterra, mucho antes de la revolución industrial.

Los tejedores del West Country o los calceteros de las East Midlands podían trabajar en sus propios *cottages* o incluso en sus propios telares o (con menor probabilidad) en sus telares de punto, pero eran completamente dependientes del trabajo que les proporcionaba un pañero o calcetero capitalista, quien reunía y comercializaba el producto de su trabajo, pagándoles lo que, aunque se denominase «precio», era en realidad pago por trabajo a destajo. Un tejedor podía ser «maestro» en su oficio y, si la institución se mantenía todavía, de su aprendiz, pero también era empleado del patrón pañero, aunque fuese «maestro de su época» que trabajaba en su propio *cottage*. El temprano desarrollo del sindicalismo en los distritos pañeros del West Country refleja claramente la separación de intereses entre trabajo y capital que Adam Smith daba por supuesta en su *Riqueza de las Naciones* (1773). A finales del siglo XVIII, en el grupo de los braceros agrícolas de los condados del Sur y de East Anglia, de los obreros rurales del sector pañero y del metal de muchos distritos y en aquellos oficios urbanos como las artes gráficas, la sastrería y la sombrería, en los que una clase *permanente* de oficiales proporcionaba el trabajo, existía ya un «proletariado» en un

33. L. A. Clarkson, «Wage-labour, 1500-1800», en K. D. Brown, ed., *The English Labour Movement 1700-1951*, Gil and Macmillan, Dublin, 1982, pp. 1-3. Buchanan Sharp, *In Contempt of all Authority: Rural Artisans and Riot in the West of England 1568-1660*, University of California Press, 1980.

sentido importante del término. «Se sobreentiende —escribía un folletista en apoyo a los sastres de Londres que protestaban en 1745—, que un oficial es aquel que, a través del aprendizaje o cualquier otro tipo de contrato, ha invertido una parte suficiente de su tiempo ... como para ser capaz de realizar cualquier rama o parte del oficio, por lo cual tiene plena libertad ... para establecerse en el mundo como maestro de su profesión; y sólo se le llama Oficial mientras sigue trabajando bajo la dirección de otros a cambio de determinado salario.» Establecerse apenas era posible para la gran mayoría que, «abundantes como langostas» y «pobres como ratas», eran de manera permanente los «artesanos y a la vez los oficiales de aquel oficio». Los impresores, que en 1809 se presentaban a sí mismos como excepcionales entre los oficios de Londres, debido a sus pocas esperanzas de conseguir establecerse como maestros independientes, estaban de hecho muy lejos de serlo.³⁴

En un importante sentido aquellos artesanos no podían ofrecer una conciencia proletaria *plena*, puesto que la tradición, las creencias y las expectativas acostumbradas ligaban en parte su conciencia al mundo que estaban perdiendo en una prolongada continuidad de valores, aunque fuesen asalariados, y aunque paradójicamente de sus filas saliese la vanguardia de los primeros movimientos de trabajadores. Su importancia en los movimientos de protesta de finales del siglo XVIII y principios del XIX ha conducido a que algunos historiadores negasen la realidad de la conciencia de clase. El abismo entre el artesano cualificado y el obrero corriente es, argumentan, una clara manifestación de las diferencias en cuanto a bienestar material, percepción de su posición social, autoestima y otras consideraciones y sistemas de valores que niegan la existencia de una única clase obrera, incluso a mediados del siglo XIX. No había homogeneidad de condición, experiencia o respuesta. Las enojosas y complicadas cuestiones de formación de clase y conciencia se tratarán al final de este libro, pero aquí es adecuado señalar que en la «formación» de una clase obrera intervinieron muchas ramas de conciencia que procedían de diferentes experiencias de explotación y niveles de expectativa. El sindicalismo, que es la más evidente y fundamental de las defensas del trabajo, es claramente anterior a la industrialización y

34. Para estos y otros ejemplos, véase Rule, *Experience of Labour*, pp. 33-37.

al sistema de fábrica. Es posible que en el siglo XVIII estuviese más atrincherado entre muchos grupos de trabajadores cualificados varones que en la primera mitad del siglo XIX. Existe una tendencia a lamentar que los historiadores del trabajo dediquen demasiado espacio y atención al sindicalismo que fue, como fenómeno de élite, irrelevante para la experiencia del grueso de la fuerza de trabajo masculina y para casi todas las mujeres trabajadoras. Esta actitud tiene sentido como correctivo, y sin duda el espacio que se dedica al sindicalismo en este libro será criticado. Y sin embargo, se puede defender, no sólo porque desde que se hizo el clásico estudio de los Webbs no ha aparecido ninguna síntesis general de cierta extensión sobre la actividad en el primer sindicalismo, sino también porque el sindicalismo fue mucho más importante de lo que pueden hacer creer las estadísticas «oficiales» de afiliación, porque hizo una labor formativa en el desarrollo de un discurso del trabajo y de la conciencia del trabajo. El sindicalismo no se debería ya examinar en términos de organizaciones formales y permanentes, como tradicionalmente se ha hecho. Para miles de obreros más de los que se recuentan en las estadísticas fue fundamental una experiencia y una respuesta colectiva de trabajo, aunque en muchas ocasiones no significase más que una insistencia tácita en que se respetasen las costumbres y las normas del trabajo, y sólo fuese dramático de manera episódica. Cuando el sindicalismo se extendió más allá de las filas de los obreros cualificados, los trabajadores ni lo descubrieron ni lo inventaron, lo absorbieron y con él adoptaron métodos, incluyendo la huelga, que se habían puesto ya muchas veces a prueba. Los «Mártires de Tolpuddle», se recordará, no se habían formado un concepto de *union* fuera de los cielos azules de Dorset; lo habían oído mencionar y, creyendo que ofrecía algo apropiado a las circunstancias en que se encontraban, se vincularon a ella.

El impacto sobre la población trabajadora de los cien años de transformación social y económica que van de 1750 a 1850, no se puede analizar sólo en términos de condiciones de trabajo o de bienestar material. Este impacto recae, como ha subrayado E. P. Thompson, sobre la «cultura como un todo» de la cual surgen tanto la aprobación del cambio como la resistencia contra él.³⁵ En los ca-

35. Véase J. G. Rule, «The property of skill in the period of manufacture»,

pítulos siguientes se intenta dar una visión amplia; puesto que se examinan tantas cuestiones, gran parte de su tratamiento se juzgará como superficial, algunas omisiones deplorables, algunas inclusiones equivocadas y algunas interpretaciones engañosas. Espero que el lector encuentre de utilidad el intento de síntesis del trabajo de tantos historiadores sobre tantos aspectos de la historia de la clase obrera, pero es inevitable algún grado de generalización puesto que es ineludible para la comprensión. Se discute apasionadamente acerca de si en 1830, o incluso en 1850, se había «formado» o no una clase obrera inglesa, y también se discute hasta qué punto participó en, y condicionó, su propia «formación». Una cosa parece cierta: no se puede suponer que existiese una experiencia uniforme y completamente homogénea.

en P. Joyce, ed., *Historical Meanings of Work*, 1986; E. P. Thompson, «Time work-discipline and industrial capitalism», *Past and Present*, 38, 1977, p. 80. (Hay trad. cast.: «Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial», en *Tradicción, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica, Barcelona, 1979, pp 239-293.)

Primera parte

LAS CONDICIONES MATERIALES

1. EL NIVEL DE VIDA

Al exponer su posición opuesta a la opinión de Robert Southey, contraría al «sistema fabril», lord Macaulay declaraba en 1830: «En el viejo mundo, debemos declararnos incapaces de dar constancia satisfactoria de ninguna gran nación, pasada o presente, en la que las clases trabajadoras hayan estado en situación más confortable que en Inglaterra durante los últimos treinta años».

Southey se lo había puesto fácil al gran propagandista. Al presentar su crítica en forma de diálogo con el espectro del hombre de estado de los Tudor, sir Thomas More, le permitió a Macaulay hacer duras comparaciones entre la condición del campesinado en el reinado de Enrique VIII y la de la población trabajadora inglesa en 1830, y eludir comparaciones más difíciles con los años de mediados del siglo XVIII. Macaulay presentaba como hechos ciertos, declaraciones sobre salud, longevidad y bienestar material general. La gente vivía más tiempo; una prolongación gradual del período de vida a lo largo de varias generaciones era «algo tan cierto como cualquier hecho que apareciese en las estadísticas: podríamos sostener con cierta verosimilitud que la gente vive más tiempo debido a que se alimenta mejor, y se la atiende mejor cuando está enferma, y que estas mejoras se deben al aumento de la riqueza nacional que ha producido el sistema de fábrica».¹

Al poner en relación el desarrollo de una población mayor y más próspera con el descenso de la mortalidad, presentaba una visión que era bastante popular en su época y que, por supuesto, desde entonces han suscrito muchos historiadores de la demografía.

1. T. B. Macaulay, «Southey's colloquies», *Critical and Historical Essays*, II, Everyman, 1907, pp. 197, 219.

Sin embargo, recientemente los grandes avances en las técnicas de medición y reconstrucción de la población han demostrado que fue más importante el aumento de la fertilidad, debido sobre todo a la disminución de la edad de las mujeres en el momento del matrimonio. Se ha indicado que, momentáneamente, a finales del siglo XVIII, la caída de los ingresos reales amenazó con un retorno al viejo modelo demográfico de matrimonio tardío y nupcialidad reducida, pero la industrialización revitalizó el empleo de tal modo que desde los primeros años del siglo XIX tanto la población como los ingresos crecieron juntamente hasta un punto insospechado.²

Las razones que daba Macaulay para la disminución sustancial de la mortalidad apenas se sustentaban, en cualquier caso, en factores que se pueden atribuir al desarrollo del «sistema de fábrica». Subrayaba el declive de las grandes epidemias, en particular de la peste bubónica, que con anterioridad habían «eliminado por multitudes» a la población europea. La inoculación y la vacunación habían reducido ciertamente el impacto de la viruela; y también es cierto que el doctor Razzell confiere una consecuencia demográfica crucial a este hecho. Sin embargo, en general, la desaparición de las grandes epidemias que habían visitado el mundo preindustrial con resultados tan devastadores no parece tener mucha relación con el aumento del consumo de pan de trigo y la mayor disponibilidad de prendas de algodón. El profesor Chambers ha demostrado con claridad, incluso para la sociedad preindustrial, la capacidad de la enfermedad para refrenar el crecimiento de población, independientemente de los niveles de nutrición.³

blación, o quizá, teniendo presente el caso irlandés, la evitación de las catástrofes demográficas, en este caso, teniendo en cuenta el hecho de que la industrialización dio lugar a una población más grande y más densa y también la mantuvo, su posición sería difícil de discutir. No sería más fácil discutir que, en relación a la experiencia de las poblaciones trabajadoras de la mayoría de los países, la del pueblo inglés fue claramente favorable. Lo que, en cambio, no se puede aceptar sin *fuertes* restricciones es el argumento «optimista» que defiende la existencia de una *mejora* importante en el nivel de vida en general (exceptuando sólo unas pocas «víctimas»), como *acompañamiento* de la revolución industrial. Esta posición es tan insostenible como la extremadamente «pesimista» que afirma la existencia de un empobrecimiento extendido y creciente. Este capítulo se centrará, pues, no en los contrastes extremados y simples entre la Inglaterra «preindustrial» —término de precisión dudosa— y la Inglaterra industrial, sino en el debate que antes hemos mencionado.

El debate moderno sobre el nivel de vida se inició en 1926, cuando sir John Clapham empuñó las armas contra una crítica de la industrialización que se extendía desde Arnold Toynbee, a través de los Webb, hasta los Hammond, y que había presentado una visión pesimista del impacto de aquélla sobre las clases trabajadoras. Clapham, que era un antibolchevique y un acérrimo abanderado de los valores conservadores y del libre mercado, intentó defender la revolución industrial y su naturaleza capitalista frente a «la leyenda» de

ducción material, argumentaba, se ha producido, como resultado de la libre competencia, un empobrecimiento creciente, una rápida alienación de las clases y «la degradación de grandes grupos de productores». Los Webb argumentaban que si en 1837 un cartista hubiese mirado cincuenta años atrás, hubiese detectado un «descenso real del nivel de vida de amplias capas de la población». Todavía más influyente en la formación de las ideas populares acerca de la revolución industrial fue la trilogía de volúmenes sobre la condición del obrero, que entre los años 1911 y 1919 escribieron J. L. y Barbara Hammond. Su prosa, enérgica y persuasiva, con numerosas citas de fuentes contemporáneas, popularizó una crítica de la individualista sociedad industrial. Su veredicto era inequívoco: la revolución industrial había producido «una gran expansión del poder material y de las oportunidades que dicho poder otorga, sin embargo su resultado final fue deplorable».⁴

El debate entre los historiadores, al igual que había ocurrido con el debate contemporáneo, se ha inspirado mucho en tendencias ideológicas. Hoy en día, sin embargo, son más bien los representantes de los «optimistas» quienes hacen osadas afirmaciones sobre el impacto de la revolución industrial: por ejemplo, la afirmación, por parte de R. M. Hartwell, de «un inequívoco» aumento del nivel de vida de los obreros; o la del profesor Gash según el cual este aumento se ha visto «sustancialmente confirmado por la investigación reciente». La errónea presunción de estas afirmaciones no debería decepcionar al estudiante serio más que la otra inclinación de los «optimistas» a presentarse como objetivos y libres de sesgos, deplora-

rápida y constante, al crecimiento de población ha dado por su puesta una tasa de crecimiento demasiado rápida. Dadas la naturaleza del material empírico y la falta de datos concluyentes, es poco probable que el debate pueda alcanzar una resolución clara en favor de cualquiera de los dos lados.⁵

Clapham impulsó un acercamiento riguroso al tema, abriéndose paso a través de los sentimientos mediante las estadísticas. A los Hammond, «literarios» y románticos, se les podía hundir con unos pocos enérgicos golpes de índice del coste de la vida. Después de poner en relación un índice de precios para los años que van desde 1779 hasta 1850, ideado por N. J. Silberling, con datos salariales, declaró que entre 1795 y 1824 «esta figura más bien vaga del obrero inglés medio (incluido el galés) parecía haber aumentado sus ingresos totales de un 15 a un 20 por 100». Enfrentados a esa nueva seguridad cuantitativa, los Hammond se batieron demasiado prematuramente en retirada hacia las posibilidades no cuantificables del tema, y afirmaron que el deterioro más evidente se había producido en la «calidad de vida» y no en el «nivel» de vida, más restringido y mensurable. En realidad, Clapham empuñaba una espada de papel. De manera irónica, fue el profesor R. S. Ashton, que desde 1949 se erigió en paladín de los «optimistas», quien destruyó el apoyo esencial de su argumento. Negó burlescamente el valor de los índices basados en Silberling que, aunque eran útiles como índices de las tendencias de los precios de venta al mayor, no lo eran para la confección de los índices de precios de venta al por menor. Se omitían las rentas por completo, y la «cesta de la compra» se trataba de

dos como hermanos por los poceros de Northumberland o los tejedores del Lancashire o Somerset».⁶

Ashton no subrayó la inferencia obvia: que si el índice de Silberling tenía poco valor, lo mismo ocurría con el argumento de Clapham que se había fundamentado en aquél. Pero el argumento de Clapham tiene otras debilidades. Afirmaba que hacia 1824 la mejora era evidente; sin embargo las investigaciones más recientes parecen estar de acuerdo en que cualquier aumento de los salarios reales de los primeros años del siglo XIX se debía más a la deflación de los precios que al crecimiento de los ingresos, y que hacia 1820 casi sólo había empezado. Los estudios subsiguientes no sólo han criticado las fuentes de Clapham, sino que también han puesto en cuestión su datación. Las fechas que Ashton prefería para situar la revolución industrial eran de 1760 a 1830, y por tanto sus conclusiones «optimistas» también se han visto debilitadas por el creciente consenso de los historiadores del desarrollo económico (que normalmente se consideran «aliados naturales» de los optimistas) acerca de que el progreso real sólo empezó hacia el final de ese período. Ashton había expresado una vez su sorpresa al encontrar, en la década de 1950, estudiantes que todavía creían en el pesimismo de los Hammond. Este profesor de universidad del presente se sorprende al encontrar a tantos estudiantes bajo la impresión de que el «sólido» tratamiento empírico de Clapham y Ashton ha refutado efectivamente el impresionismo confuso y romántico de los Hammond. Clapham fue un buen historiador económico y su contribución inmensa, pero en el contexto del debate acerca del nivel de vida hoy se diría que sólo tiene un interés historiográfico.⁷

En la atmósfera de guerra fría de los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, Ashton dominaba lo que, habiendo empezado como un correctivo importante, se convirtió en una nueva ortodoxia. En el lado pesimista, unos pocos estudiosos, en particular el profesor Hobsbawm, luchaban por mantener vivo el debate hasta que un posterior aumento del interés por la historia social lo re-

6. Citado en Inglis, p. 23; T. S. Ashton, «The standard of life of the workers in England, 1790-1830», reeditado en Taylor, ed., pp. 47-50.

7. Véase P. H. Lindert y J. C. Williamson, «English Workers' living standards during the Industrial Revolution: a new look», *Economic History Review* (serie segunda), XXXVI, 1, febrero de 1983, pp. 1-25.

frescó y lo continuó al investigar el impacto de la industrialización desde un punto de vista más amplio. Este renovado interés por el marco más vasto de la experiencia ha devuelto las obras de los Hammond a la palestra como algo más que «*Aunt Sallies*».* En sus demandas de mejora, Ashton fue más prudente que algunos de sus seguidores. A veces escribía como si se sintiera abrumado por la complejidad de los hechos y las deficiencias de los datos: «Debemos limitar nuestras ambiciones, ser conscientes de las limitaciones de nuestro oficio y abstenernos de hacer generalizaciones. No podemos medir los cambios en los salarios reales mediante un índice de precios de venta al mayor o de precios institucionales».⁸ Sin embargo, avanzó resueltamente la conclusión de que hacia 1830 la revolución industrial había beneficiado materialmente a más población que la que había perjudicado. Los «optimistas» han conseguido refutar las afirmaciones de empobrecimiento extremo y de un absoluto y extenso deterioro en los niveles de vida. Sin embargo, los modernos «pesimistas» no subrayan por lo general la existencia de un declive material absoluto, sino más bien la de uno relativo durante un período en el que la condición de las clases trabajadoras mejoró como mucho de forma marginal, mientras que la renta per cápita a nivel nacional aumentaba de forma impresionante. También subrayan el largo lapso de tiempo antes de que el aumento de la producción material proporcionase recompensas significativas y continuadas a la población general. Es más, sostienen que los costes de dislocación social y los efectos del deterioro medioambiental sobre la salud y la calidad de vida de las clases trabajadoras pesan gravemente en el balance, contra una mejora material marginal y selectiva. Como ha señalado Thompson, el hecho es irrelevante: «Más patatas, unas pocas prendas de vestir de algodón para su familia, jabón y velas, un poco de té y azúcar y muchísimos artículos en la *Economic History Review*».⁹

No es asombroso que haya surgido un grupo de interpretaciones moderadas en torno al consenso creciente de que no hubo un des-

* Juego en el que se intenta romper la pipa situada en la boca de una figura que representa una cabeza de mujer, tirando palos desde una cierta distancia. (*N. de la t.*)

8. Ashton, «Standard of life», Taylor, ed., p. 52.

9. E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Penguin, 1968, p. 351.

censo a «niveles asiáticos», sino que sólo se produjo una mejora modesta y desigual. El profesor Mathias sugiere que la misma continuación del debate indica que no se produjo cambio *acusado* alguno en ninguno de los dos sentidos, y que no hubo ningún movimiento general hacia el deterioro aunque, entre los años 1795 y 1815, la escasez y la inflación del tiempo de guerra tendiesen a ir en esa dirección. La profesora Deane no consideraba que hubiese «prueba sólida alguna» de una mejora de conjunto entre los años 1780 y 1820, con una tendencia de los ingresos, pensándolo bien, más propensa a caer que a aumentar. Entre los años 1820 y 1840, la misma autora piensa que el balance del material empírico se decanta hacia el lado «optimista». Fuese del lado que fuese, el cambio neto fue débil. Más recientemente, el doctor Hunt ha argumentado que, a pesar de las «afirmaciones osadas y contradictorias», no hubo ningún cambio acusado hacia uno u otro lado en la evolución de los salarios reales. Una conclusión como esta, apunta, es aceptable para «la mayoría de personas razonables», y la investigación más reciente no ofrece consuelo ni a los «marxistas lóbregos» ni a los «optimistas alegres».¹⁰

EL PROBLEMA

Ambos lados tienden a empezar partiendo de perspectivas macroeconómicas particulares. Los optimistas argumentan que, dado un incremento de la renta nacional per cápita, es lógico dar por supuesta una mejora del nivel de vida medio, a menos que se demuestre que hay una redistribución del ingreso que excluye a las clases trabajadoras. En el otro lado, algunos pesimistas afirman que la naturaleza de una revolución industrial, con su acento en el capital fijo, aumenta la cuota de inversión en relación a la de consumo. El modelo es simple: las necesidades de inversión de la industrialización se cubren a expensas del consumo. Abstracciones como la renta per cápita no nos dicen nada acerca de la realidad de la distribución de los ingresos. En momentos de crecimiento de la renta na-

10. P. Mathias, *The First Industrial Nation*, Methuen, 1969, p. 222; P. Deane, *The First Industrial Revolution*, Cambridge University Press, 1965, pp. 268-269; E. H. Hunt, *British Labour History 1815-1914*, Weidenfeld and Nicolson, 1981, pp. 58-60, 63.

cional, es perfectamente posible que los ingresos de los obreros aumenten de forma absoluta y, a la vez, disminuyan relativamente respecto de la situación de los ingresos de las clases media y alta. Un incremento de la renta nacional podría recompensar de manera significativa a algunos grupos, beneficiar de forma marginal a otros y deteriorar los niveles de un tercero.

Está ampliamente aceptado que las necesidades de inversión de la revolución industrial inglesa, dado el temprano estadio de desarrollo tecnológico, eran históricamente bajas. El 10-15 por 100 del PNB, que el profesor Rostow postulaba como necesario para el «despegue», no se alcanzó hasta la era del ferrocarril. Sin embargo, aun partiendo en los comienzos de niveles cercanos al 5 por 100, la inversión alcanzó alrededor del 10 por 100 hacia 1840, lo que todavía significa un descenso relativo del porcentaje de renta nacional disponible para el consumo, que habría aumentado el efecto de cualquier tendencia hacia una distribución de la cuota de consumo más desigual. Sin embargo, se debe admitir que la tasa de crecimiento económico fue bastante rápida y las necesidades de inversión de la primitiva economía industrial bastante bajas para que la idea de una mejora en el nivel de vida constituya una hipótesis teóricamente razonable, y para sugerir que la visión de la industrialización según una simple versión del «sacrificio de la primera generación» sería menos cierta aplicada a la experiencia británica que aplicada a industrializaciones más tardías que partieron de unos niveles de ingreso inferiores y tuvieron unas necesidades de inversión mayores. El profesor Hobsbawm ha argumentado que la gran parte de fondos invertibles que poseían los grandes terratenientes y financieros supuso que el capital no encontrara con facilidad su canalización hacia fines industriales, y que por tanto los industriales se vieran obligados a presionar más duramente a sus obreros y a utilizar el trabajo más barato de mujeres y niños. Sin duda, los primeros patrones de las fábricas y los propietarios de las minas obtenían a bajo precio el trabajo de aquéllos. Quizás esto se debía a la tendencia, provocada por el aumento de población, a una sobreoferta de trabajo que ayudaba a mantener los salarios a un nivel cercano al de subsistencia, hasta que se absorbió el exceso de oferta de trabajo.¹¹

11. F. Crouzet, ed., *Introducción a Capital Formation in the Industrial Revolution*, Methuen, 1972, p. 63.

Tenemos conocimientos demasiados escasos sobre la distribución real de la renta para esperar resultados concluyentes desde las perspectivas macroeconómicas. Mientras no tengamos datos fiables, no deberíamos dar por supuesto con facilidad que, ya que los estudios posteriores a 1860 indican un reparto constante de la renta nacional en favor de los salarios, éstos crecieron necesariamente en proporción a la renta nacional después de 1860; o que puesto que los economistas del desarrollo han asociado los aumentos de la renta nacional a una distribución más igualitaria, esto fue necesariamente lo que ocurrió en el caso histórico concreto de Gran Bretaña antes de 1850. Ciertamente, hay razones para suponer que esta última asociación no es generalmente cierta para los primeros años de la industrialización pero *se convierte* en verdadera con su desarrollo. En el caso concreto de Gran Bretaña, el profesor Perkin ha argumentado, a partir de un análisis de la recaudación de los impuestos sobre la renta desde 1801, comparados con las estimaciones procedentes de fuentes oficiales para los años 1848 y 1867, que hubo un giro considerable a lo largo del siglo XIX en favor de los ricos y la gente acomodada.¹²

Es difícil aislar un promedio en una situación de experiencias variadas. También es difícil identificar tendencias a lo largo de un período marcado por fluctuaciones extremas de precios. Tales intentos podrían incluso resultar engañosos si estableciesen un promedio al cual se aproximasen pocos obreros o una «constante» que jamás se mantuviese como buena para más de un año o dos a la vez. Se está de acuerdo, por lo general, en que los movimientos de los salarios reales en este período estaban más determinados por los cambios en el nivel de precios que por los cambios en los salarios monetarios. Esto presenta serios problemas. Varios años dentro del período mostraban un aumento espectacular en los precios de los alimentos en relación a los del año anterior, e iban seguidos de años en los que los precios de los alimentos caían. Destacan los años de motines de subsistencia como 1795-1796, 1800-1801, 1812 y 1847. El profesor Flinn ha intentado con denuedo nivelar esos años discrepantes utilizando medianas móviles para crear tendencias, pero todavía nos queda el engorroso asunto de la selección de las fechas

12. H. Perkin, *The Origins of Modern English Society 1780-1880*, Routledge and Kegan Paul, 1969, pp. 135-136.

iniciales y finales. Entre los «optimistas», Clapham escogió 1794-1824, Ashton 1790-1830, y Hartwell 1800-1850. Entre los «pesimistas», Hobsbawm escogió 1790-1830, mientras que el profesor Taylor, en su reconsideración del debate, escogió los años 1780-1850.¹³ Está claro que ningún análisis de tendencias debería empezar o acabar con un año anómalo. El profesor Flinn señalaba que aunque 1800 pudiese marcar el inicio del siglo, es «una elección de lo más imprudente» como fecha inicial, porque fue el más excepcional en la historia de los precios de la centuria que transcurre entre los años 1750 y 1850. Fue un año que condujo a gran parte de las clases más bajas muy cerca del hambre, debido a la extrema escasez de los alimentos y a los masivos aumentos en los precios. Al fechar sus alegatos en favor de una mejora de los salarios reales a lo largo del período que va de 1800 a 1850 a partir de aquel año, el profesor Hartwell incurre en una doble distorsión. Empieza a partir de un año terriblemente pobre y, al argumentar, lo pone en relación con otro bastante mejor. Al prolongar el período hasta 1850 en vez de 1830, que era el año escogido por los primeros «optimistas», oculta el hecho sacado a la luz por las últimas investigaciones de que la mejora se redujo en su mayor parte al período posterior a 1820. El profesor Perkin ha contrastado varias distintas fechas iniciales y finales con los índices que se utilizan habitualmente y sus resultados son sorprendentes. Las fechas de Hartwell darían un aumento del 85 por 100 de los salarios reales, mientras que si tomásemos el año 1790, que fue más normal, y lo pusiésemos en relación con 1840, que fue un año bastante malo, la mejora quedaría reducida a un aumento del 17 al 24 por 100. La comparación de dos años normales, como son 1790 y 1845, da un aumento del 33 al 50 por 100.¹⁴

El profesor Flinn intentó realizar un análisis más sistemático basándose en una amplia muestra de índices y procurando nivelar los puntos más altos de los precios. Con respecto al valor de los índices de precios disponibles, se mostró menos despreciativo que algunos, y observó un «grado de acuerdo bastante notable» entre ellos por lo que se refiere a las tendencias que reflejaban. Y creyó que era posi-

13. Para las diversas fechas, véase Taylor, ed., Introducción, pp. XX-XXII; M. W. Flinn, «Trends in real wages, 1750, 1850», *Economic History Review* (serie segunda), XXVII, 3, 1974, pp. 395-413.

14. Perkin, *Origins*, pp. 137-138.

ble algún grado de generalización utilizándolos junto con las series salariales de Bowley y Wood y de Gilboy. En vez de seleccionar un período, decidió trabajar con los cien años que van de 1750 a 1850 y subdividirlos en períodos caracterizados por una tendencia, haciendo mediciones entre quinquenios situados en puntos críticos seleccionados. Los quinquenios escogidos fueron: 1750-1754, 1788-1792, 1809-1815, 1820-1826 y 1846-1850. Para nivelar el efecto distorsionador del año 1813, que fue un punto álgido tanto coyunturalmente como a largo plazo, sustituyó los promedios de los años 1812 y 1813 por los de 1809-1811 y 1814-1815. Sus hallazgos fueron que hasta 1788-1792, 4 de los 6 índices mostraban una mejora en los salarios reales que se movía entre el 13 y el 21 por 100. Desde 1788-1792 hasta 1810-1814, 9 de los 12 índices disponibles mostraban un descenso del 50 al 100 por 100 (6 de ellos se situaban entre un 65 y un 86 por 100). Aparte de dos series que se mantenían niveladas desde 1810-1814 hasta 1820-1824, las otras descendían hasta un 35 por 100 (de 13, 10 menos de un 20 por 100 y 8 menos de un 12 por 100). Pasados los primeros años de la década de 1820, los salarios monetarios parecen haber cambiado poco, excepto en el caso de grupos desventurados como el de los tejedores manuales, y se detectan pocos cambios a partir de los índices de 1820-1824 a 1846-1850, siendo su franja de oscilación de +5 a -5 por 100. En general, para la mayoría de los grupos, una tasa de deflación de los precios más lenta no erosionó, en el segundo cuarto del siglo XIX, lo que se había ganado en la década posterior a 1815, puesto que los salarios no descendieron demasiado y en algunos casos incluso aumentaron. Sin embargo, en el segundo cuarto del mismo siglo los aumentos fueron del orden de menos del 1 por 100 anual, comparados con el más rápido 2-3 por 100 en el corto período que va de 1813 a 1825. Las conclusiones sacadas por Flinn, según el cual durante los años de guerra con Francia los ganadores marginales se equilibraron con los perdedores marginales, y la mejora verdaderamente significativa se concentró en la década de la posguerra, no han sido aceptadas por completo. Se ha señalado que si se utilizasen diferentes promedios de cinco años dentro de las mismas fechas, se obtendrían aumentos de precios de un 10 a un 15 por 100 superiores durante los años de la guerra con Francia, seguidos de una caída superior en un 5 por 100 hacia mediados de la década de 1820. Ateniéndonos a esos datos, la afirmación de Flinn según la

cual los salarios se mantuvieron al mismo nivel que los hinchados precios durante los años de guerra es menos que sólida. El doctor Gourvish no está tan convencido del valor de los índices basados en los promedios que no tienen en cuenta las variaciones regionales: «Lejos de aventurar una opinión categórica sobre la experiencia del salario real, haría hincapié en las variaciones regionales y laborales durante el período crucial, junto con un saludable escepticismo acerca de la mejora del salario real ... una amplia variedad de experiencia de la clase obrera, contrapuesta a un telón de fondo de pesimismo general, para el período que va desde 1790 a 1830».¹⁵

Una medición más reciente (de 1983), llevada a cabo por dos estudiosos familiarizados con la teoría macroeconómica y los métodos de la econometría, confirma la opinión de Flinn acerca de que, de cualquier modo, se produjo un cambio poco significativo en los salarios reales antes del período 1810-1814, pero no coincide en que la mejora del salario real empezase con el punto crítico de deflación del año 1813. En cambio, se indica la existencia de un declive entre los años 1815 y 1819 con una concentración de la mejora real entre 1820 y 1850, que supuso casi la duplicación de los salarios reales. Este argumento se apoya en el supuesto de que los salarios reales de los hombres adultos que trabajaban *jornada completa* son los indicadores más adecuados. Más adelante veremos que este no es un supuesto incuestionable.¹⁶

Francis Place escribió que cuando la gente hablaba a propósito de las clases trabajadoras, «los encontraremos todos mezclados y considerados como las "clases bajas", los más cualificados y los más prudentes de los obreros, junto con los peones y los pobres más ignorantes e imprudentes, aunque la diferencia es verdaderamente grande, y ciertamente en muchos apenas admitiría comparación».¹⁷ Es bien sabido que, junto con los comportamientos sociales, las experiencias relativas al nivel de vida de diferentes grupos dentro de las clases trabajadoras variaba considerablemente. Ashton distinguía

15. Flinn, «Trends in real wages»; T. R. Gourvish, «Flinn and the real wage trends in Britain, 1750-1850», *Economic History Review* (serie segunda), XXIX, 1, 1976, pp. 141-142.

16. Lindert y Williamson, «Workers' living standards»; véase también G. N. Von Tunzelmann, «Trends in real wages, 1750-1850, revisited», *Economic History Review*, XXXII, 1, 1979, p. 41.

17. Citado en Thompson, *Making*, p. 212.

dos grupos cuyas experiencias divergentes dan cuenta de por qué las opiniones contemporáneas diferían. Su «suposición» era que el grupo que se benefició era mayor que el que no lo hizo. La idea de dos grupos es una simplificación excesiva. Ashton describía un grupo en situación desventajosa «cuyos ingresos se dedicaban casi por completo a pagar los mínimos artículos de primera necesidad»; estaba compuesto por «masas de obreros no cualificados o poco cualificados; en particular, obreros agrícolas con empleo estacional y tejedores de telares manuales».¹⁸ Dejando de lado la cuestión del nivel de cualificación de los tejedores manuales, es seriamente engañoso dar por supuesto que los perdedores fueron fundamentalmente los poco, o nada, cualificados. Entre los que estaban mal pagados no sólo había obreros agrícolas cualificados —en el sur los carreteros y los pastores, aunque más acomodados que los braceros, estaban mal remunerados, mientras que los mozos de labranza del norte no lo estaban—, sino que había grupos de obreros cualificados, como los estampadores de indianas, que sufrieron de forma muy considerable la competencia con las máquinas, mientras otros, como los sastres, la sufrían de los «reventaderos» de obreros manuales no cualificados. Como ha subrayado sir John Hicks, *efectivamente* las máquinas sustituyen muy a menudo el trabajo cualificado y precisamente por esta razón se defendía su uso. La maquinaria de fabricación de aparejos introducida en el astillero de Portsmouth en 1801 permitía que 10 obreros no cualificados realizasen el trabajo de 110 cualificados. La historia económica confirma que no existe ningún proceso rápido y no doloroso por medio del cual la mano de obra desplazada se pueda trasladar hacia sectores de la economía en expansión. Los problemas de movilidad geográfica, la transferencia de la cualificación y la adecuación física son inmensos. ¡Sin embargo, puedo anticipar que algún «optimista» escribirá un artículo que achacará todos los problemas de la mano de obra desplazada y des-cualificada durante la revolución industrial al hecho de que la bicicleta no se inventase antes! La dificultad de dar por supuesto que la cualificación era una protección contra el descenso del nivel de vida se puede ilustrar a partir de las experiencias de los artesanos de Londres. En 1936, Tucker fundamentó un índice, que se ha utilizado con profusión, en la capacidad de «un artesano característico

18. Ashton, «Standard of life», en Taylor, ed., p. 57.

de Londres empleado con regularidad» para realizar sus compras tradicionales.¹⁹ Pero, ¿de qué artesanos se trata? La difusión del «sistema de reventadero», particularmente en la industria del vestido, constituía una parte de la economía capitalista del siglo xix, tanto como el sistema de fábrica. Con la extensión de este sistema, la brecha entre las ramas «honrosa» (por encargo) y «deshonrosa» (de confección) del oficio, que ya existía a finales del siglo xviii, se ensanchó hasta convertirse en un abismo. La parte «honrosa» del oficio sólo daba trabajo habitualmente a uno de cada siete sastres de Londres en 1849. Y es demasiado evidente, según lo que se desprende de las investigaciones de Mayhew y otros, que aunque la parte reventada del oficio, que abastecía los almacenes con sus productos, empleaba trabajo femenino y no cualificado en cantidades crecientes, un gran número de trabajadores cualificados se vieron también arrastrados a él. Como Mathias ha señalado, para muchos de los artesanos de Londres, los míseros treinta precedieron a los míseros cuarenta. En aquel tiempo, el empleo eventual sustituyó al empleo regular y los precios del trabajo a destajo, siempre en descenso, reemplazaron a los salarios estables que se pagaban según el tiempo de trabajo. Como ha señalado E. P. Thompson, si sólo nos ocupásemos del «grupo de hombres» cualificados que tenían un empleo regular, la controversia relativa a los niveles de vida de los artesanos se hubiese resuelto hace mucho tiempo en favor de los «optimistas». Pero no podemos tener unas preocupaciones tan reducidas, puesto que la mayor parte de los artesanos cualificados no tenían empleos tan regulares ni estaban tan bien pagados como han sugerido Clapham, Ashton y Chaloner. Un índice que se base en la suposición de un empleo estable remunerado con un salario «honroso» tiene sólo una aplicación parcial.²⁰

19. Para ejemplos de maquinaria que permitía ahorrar trabajo en los astilleros, véase J. Hicks, *A Theory of Economic History*, Oxford University Press, 1969, p. 149; P. Linebaugh, «Labour history without the labour process: a note on John Gast and his times», *Social History*, 7, 3, pp. 322-331; R. S. Tucker, «Real wages of artisans in London, 1729-1935» (1936), reeditado en Taylor, ed., p. 27. En la tesis inédita del doctor L. D. Schwatz se sugiere que en el este de Londres hubo una variación insignificante en el nivel de vida, entre los años 1770 y 1820. (*Conditions of life and work in London c. 1770-1820, with special reference to East London*, Oxford, 1967, Introducción.)

20. Mathias, *First Industrial Nation*, p. 221; Thompson, *Making*, p. 268; A. Musson, *British Trade Unions, 1800-1875*, Macmillan, 1972, p. 18.

Se argumenta a veces que no se puede considerar a los tejedores manuales propiamente como «víctimas» de la revolución industrial: más bien salieron perjudicados porque permanecieron fuera de la fábrica. Los tejedores y los calceteros formaban el grupo laboral más numeroso, después de los braceros agrícolas, con los tejedores manuales de algodón que constituían el mayor grupo de obreros de un oficio, en la industria de la década de 1820. Sin embargo, su destino después de la aparición del tejido mecanizado no se puede considerar de otro modo que como un resultado de la revolución industrial. El hecho de que existiesen en tan gran número se debió a que se habían multiplicado como consecuencia de la temprana mecanización del hilado. El hilo producido en las fábricas dio lugar a que aumentasen su número y les proporcionó un período de prosperidad antes de que una inherente saturación en el oficio iniciase un lento declive de los niveles de vida que la aparición de la maquinaria precipitó en el desastre. Por tanto, no se les puede considerar cómodamente como integrantes, junto con grupos como los fabricantes de clavos, de un viejo sector preindustrial, sino más bien como «una auténtica característica del nuevo orden capitalista que ... se puede encontrar donde haya obreros trabajando en fábricas impulsadas por la fuerza del vapor, y mecánicos cuyo nivel de vida les permite comer carne. Fue la existencia de fábricas que producían el hilo y de fundiciones que producían el alambre para la fabricación de clavos, la que hizo posible el empleo de trabajadores a domicilio».²¹

Si a pesar de todas las dificultades se debe reducir la controversia acerca del nivel de vida a una hoja de balance entre los ganadores y los perdedores, ¿hasta qué punto es aceptable la «suposición» de Ashton según la cual los primeros eran más numerosos que los segundos? (Dado que la fecha final dada por él era la de 1830, su argumento quedará en realidad reforzado si examinamos el balance a mediados de siglo puesto que no sólo hay fundadas razones para creer que la mejora significativa del nivel de vida se concentró en el segundo cuarto del siglo XIX, sino que además grupos de trabajadores como los mecánicos, empleados del ferrocarril e impresores, de quienes se acepta en general que mejoraron, eran más numerosos en 1850 que veinte años antes.) Es necesario tomar en consideración dos aspectos: la actuación de grupos concretos y su peso en el seno

21. Thompson, *Making*, p. 288.

de la clase obrera. Perkin ha intentado hacer un análisis. Los que obtuvieron mayores mejoras en cuanto al nivel de vida no fueron los obreros varones adultos que trabajaban en las fábricas y que no partían de un nivel bastante elevado en la escala salarial para conseguir un amplio sobrante por encima de la compra de los productos de primera necesidad, sino el grupo que más adelante se conocería como «aristocracia del trabajo». La mayor parte de ellos eran artesanos: impresores, ensambladores, ebanistas, cuchilleros, herreros, ruederos, artesanos de la construcción y otros oficios parecidos. Desde la misma categoría que los mencionados, se vinieron abajo artesanos como los cardadores, los estampadores de indianas y los tundidores, que se vieron desplazados por razones tecnológicas de posiciones anteriormente ventajosas, y todos aquellos artesanos que se deslizaron hacia la rama «deshonrosa» de su oficio. A la categoría de aquéllos accedieron los nuevos trabajadores cualificados: los pudeladores de hierro, los maquinistas, los mecánicos y los ajustadores y los que hacían hilados de algodón de calidad. A esos trabajadores se les pagaba de un 50 a un 100 por 100 por encima del nivel de los trabajadores no cualificados. Representaban como mucho un 15 por 100 de la fuerza de trabajo y, con un nivel de salario real que al menos se mantenía, eran ellos quienes «comían carne, verduras, frutas y productos lácteos, vivían en los *cottages* mejores y más nuevos, y los llenaban de muebles y chucherías, compraban libros y periódicos, daban apoyo a las asociaciones de trabajadores manuales y a las sociedades de socorro mutuo, y pagaban grandes cuotas a las *trade unions* de sus oficios». ²²

Por debajo de ellos se situaban los obreros varones de las fábricas. Los obreros del algodón podían ganar de 1,3 a 3 veces el promedio de lo que ganaban los braceros agrícolas del Norte: 14 s. 6 d. (72 1/2 p.) para los obreros que trabajaban en la sala de cardado, y tanto como 33 s. 3 d. (1 £ 66 1/4 p.) para los hilanderos que hacían hebras de calidad. Pero debemos recordar que, incluso en su propia industria, esos trabajadores eran una elite minoritaria sobrepasada de largo por el número de mujeres y niños obreros. En 1835 sólo cerca de una cuarta parte de los obreros del algodón eran varones adultos, y los salarios mucho más bajos de las mujeres y los niños te-

22. Perkin, *Origins*, pp. 143-149. Para una crítica, véase Taylor, ed., pp. XLXVIII-XLIX.

nían el efecto de situar el salario medio de *todos* los obreros de esta industria entre los más bajos de todas las industrias. Los salarios de los hilanderos varones aumentaron fuertemente hasta 1830 y, después de un relativo descenso, subieron hacia 1850 hasta triplicar más o menos el nivel que tenían en 1800. Podían permitirse, excepto en momentos desfavorables del ciclo familiar, una dieta satisfactoria, prendas de vestir decentes y comprar enseres domésticos. Si ya constituían una minoría dentro de sus propias industrias, los obreros industriales varones eran una minoría todavía más pequeña en relación a la más amplia población obrera. Aun añadiendo grupos análogos como los mineros, los trabajadores del transporte y los constructores de barcos de hierro, los que quedaban por debajo de ellos en la escala salarial todavía les sobrepasaban claramente. Entre estos últimos se encontraban los tejedores manuales y los calceteros, quienes de ganar 25 s. (1,25 £) o más semanales en la «época dorada» de finales del siglo xviii habían llegado a bajar, en la década de 1830, a niveles verdaderamente desesperados de 5 s. (25 p.) o menos. Su número descendió desde una cifra que estaba alrededor de los 250.000 en 1831, a 23.000 hacia 1856. Fuera de las ramas principales del tejido, el número de trabajadores a domicilio no descendió. En la fabricación de clavos y de sillas, en la sastrería y la confección de botas, en la ebanistería y la costura no tiene sentido realizar una valoración de los niveles salariales de la gran mayoría. Luchaban simplemente por existir junto con los trabajadores eventuales no cualificados, los vendedores callejeros y los vagabundos, muchos de los cuales apenas si se contaban de algún modo entre la población «asalariada». Como revelarían los más recientes estudios de Booth y Rowntree, hubo un amplio sector de las clases bajas que no iba a obtener beneficio alguno de la industrialización hasta el siglo xx.

El hecho de que el salario medio de los braceros agrícolas aumentase, entre 1795 y 1850, desde 8 s. 11 d. hasta 9 s. 6 d. (45 p. a 47 1/2 p.) —lo que representa un 15 por 100 en términos reales— se debió a que la condición de los braceros del norte mejoró. En East Anglia y en los condados del sur y el este, los braceros del campo y sus familias vivían en una situación de pobreza y miseria increíbles. Las comparaciones con el siglo xviii son complicadas debido a la clara desaparición de los sirvientes que vivían en la explotación agrícola, donde se les proporcionaba cama y comida, y el

paso al empleo asalariado; y debido a la pérdida de los beneficios adicionales que procedían de los menguantes bienes comunales. Incluso propagandistas de la revolución agrícola como Arthur Young llegaron en algunos casos a reconocer hasta qué punto el vallado de las tierras comunales había perjudicado a los pobres de las zonas rurales. Los profesores Chambers y Mingay han sugerido, en un libro de texto francamente admirable sobre la revolución industrial, que en 1824 terminó una caída salarial de posguerra, después de la cual la mayor parte de los braceros ganaban todavía unos salarios en dinero más elevados que los anteriores a la guerra, y que a pesar de que los precios no habían descendido a los niveles anteriores a la guerra y los impuestos eran más elevados, la mayoría de los braceros estaban mejor que en 1790. Durante el cuarto de siglo que siguió a 1824 no se produjo ningún aumento muy grande en los salarios monetarios, ni tampoco en los ingresos reales, hasta la caída de los precios en la década de 1840. Pocos historiadores se sentirían tan satisfechos al afirmar la existencia incluso de una mejora tan limitada para la «mayoría» de los jornaleros. Puesto que la brecha entre el norte mejor pagado y el sur desesperado iba en aumento, las condiciones en este último (excepto alrededor de Londres) eran tales que es más importante preguntarse cómo conseguían vivir los jornaleros que especular acerca de uno o dos peniques en su nivel de vida. En el sur de Wiltshire, área que se encontraba en las peores condiciones, los sueldos de 6-7 s. (30-35 p.) en 1794 se elevaron a 8 s. (40 p.) en 1804 para alcanzar los 12 s. (60 p.) hacia 1814. En 1817 habían retrocedido de nuevo a los 7 u 8 s. y hasta 1844 nunca estuvieron muy por encima de los 7 s. En las largas jornadas de verano, los salarios eran mejores y los trabajadores especializados, como los carreteros y los pastores, podían esperar sueldos de alrededor de 23 s. (1,15 £) a la semana, o más. En un lado de la famosa línea salarial trazada por Caird en 1851, desde Shropshire hasta el Wash, un bracero del Lincolnshire podía ganar 11 s. (55 p.) a la semana y uno del West Riding 14 s. (70 p.). En el lado sur, los braceros del Gloucestershire y de Suffolk se unían al Wiltshire en los salarios de 7 s. (35 p.)

El doctor Horne juzga que en la década de 1790 el nivel de vida había disminuido durante treinta a cuarenta años a medida que aumentaban los precios de los alimentos y la población. Se podría prescindir del movimiento de los salarios en dinero en el sur, donde

la falta de industria ofrecía poco empleo alternativo. En 1805, en Herefordshire se decía que los salarios habían permanecido estancados durante cuarenta años. Hallazgos similares se desprenden de un estudio reciente acerca de East Anglia y los condados cercanos a Londres. En estas zonas, los salarios masculinos reales, después de aumentar durante treinta años después de 1740, se estabilizaron, pero luego en los años de guerra perdieron todo lo que habían ganado y no mostraron ninguna recuperación consistente después de 1825, y la leve mejora que experimentaron desde 1811 a 1825 dio paso a otro período de declive. Tan significativo como el descenso de los salarios después de la guerra fue el recurso creciente al trabajo estacional o al subsidio de las Leyes de pobres, de modo que en el sur y en el este era difícil conseguir una semana completa a cualquier nivel.²³

Es necesario considerar otros dos asuntos: si los ingresos monetarios de los hombres adultos son una base apropiada para medir las tendencias del nivel de vida, siempre que se puedan tener en cuenta los períodos de desempleo, y si en un momento en que las mujeres y los niños trabajaban el movimiento de los ingresos *familiares* sería una medida mejor.

Si tenemos en cuenta que la industrialización, con su mayor vulnerabilidad respecto del ciclo comercial, conllevaba un mayor riesgo y una mayor incidencia del desempleo a una mayor proporción de la población, entonces es peligroso dar por supuesto que unos ingresos semanales mayores tenían necesariamente como consecuencia una mejora proporcional en los niveles de vida materiales. Los datos sobre desempleo son particularmente escasos. Todo el mundo reconoce su importancia pero concluye que no hay una medida de su impacto plenamente satisfactoria. A medida que la industrialización se desarrollaba, se puede percibir el impacto de un modelo cíclico de prosperidad y depresión. En años malos como 1816, 1819,

23. Sobre los salarios de los braceros agrícolas, véase J. D. Chambers y G. E. Mingay, *The Agricultural Revolution 1750-1880*, Bastford, 1966, cap. 5, «Prosperity and depression, 1750-1846»; R. W. Malcolmson, *Life and Labour in England 1700-1780*, Hutchinson, 1981, pp. 145-146; P. Horn, *The Rural World 1780-1850*, Hutchinson, 1980, pp. 31-35, 46-47 y 242-248; y K. D. M. Snell, «Agricultural seasonal unemployment, the standard of living, and women's work in the south and east: 1690-1860», *Economic History Review* (serie segunda), XXXIV, 3, 1981, pp. 407-437.

1826-1827, 1830-1831 y 1842-1843 se produjeron drásticos aumentos momentáneos del desempleo entre los trabajadores industriales, de un tipo que no se encuentra habitualmente en la economía preindustrial. En 1842, el desempleo en Bolton era de un 60 por 100 entre los trabajadores fabriles e incluso más elevado entre los obreros de la construcción. Hobsbawm ha señalado los elevadísimos niveles de desempleo de aquel año por toda la Gran Bretaña fabril, y concluye que ninguna discusión que «ignore las masivas oleadas de indigencia que invadían amplios sectores de la población obrera pobre, en cada depresión, puede pretender ser realista». ¿Hasta qué punto podría el desempleo reducir la pretensión de aumento real de los salarios por parte de los «optimistas»? Hobsbawm opina que al menos se pueden proyectar dudas sobre las afirmaciones «menos críticas», pero en los actuales niveles de investigación no están bastante confirmadas para establecer una visión alternativa. Los indudables altos niveles de los años de depresión destacan al dar lugar a picos de corta duración a medida que las depresiones iban y venían con una nueva prontitud. En este sentido, ha indicado Mathias, se desarrolló una forma de desempleo que era «casi la antítesis económica del mal crónico del subempleo en el campo», aunque Flinn ha argumentado que este cambio del trabajo irregular o subempleo, inherentes a la agricultura o a la industria doméstica, al desempleo de corta duración fue beneficioso para el sistema de fábrica.²⁴

Es por lo menos discutible si una situación en la que los problemas de mercado de la industria manufacturera, que conducían a una reducción del trabajo que se daba a domicilio, originaba una reducción de las tarifas de trabajo que los artesanos y otros trabajadores domésticos hacían a destajo, no es preferible a otra en la que un súbito exceso de mano de obra en una ocupación remunerada de forma razonable reducía los ingresos a cero y abocaba a los obreros a la beneficencia. En 1842, de un 15 a un 20 por 100 de la población de Leeds tenía un ingreso semanal de menos de 1 s. por cabeza.²⁵ Ciertamente, la experiencia traumática del desempleo abso-

24. E. J. Hobsbawm, «The British standard of living, 1790-1850» (1957), reeditado en Taylor, ed., pp. 70-75 (hay trad. cast. en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979); Mathias, *First Industrial Nation*, p. 22; Flinn, «Trends in real wages», pp. 410-411.

25. Hobsbawm, «British standard of living», p. 71.

luto se debe situar entre las experiencias psicológicas dañinas que la sociedad industrial trajo consigo.

Si bien se le puede atribuir al empleo en las fábricas la característica de ser, excepto en las depresiones de corta duración, más regular que los modos de producción artesanales o domésticos, este beneficio no alcanzó a la mayor parte de la población trabajadora en el período que nos ocupa. Los artesanos que trabajaban en la manufactura, los obreros de la construcción y otros, todos seguían sufriendo largos períodos de inactividad. Las cifras procedentes de Leeds para el año 1839 ilustran el nivel de corrección necesario para tomarlo en consideración. Entre los oficios que en general estaban inactivos durante un mes, los 16 s. (80 p.) de los sastres se convierten en 14 s. 8 d. (72,5 p.); los 19 s. 6 d. (97,5 p.) de los ensambladores en 17 s. 11 d. (89,6 p.); y los 21 s. (1 £ 0,5 p.) de los impresores en 19 s. 23 d. (96,25 p.). Entre aquellos que por lo común quedaban inactivos durante dos meses, los zapateros reducen sus ingresos de 14 s. a 11 s. 8 d. (de 70 p. a 58,33 p.), los sombrereros de 24 s. a 20 s. (de 1 £ 20 p. a 1 £) y los canteros de 22 s. a 18 s. 4 d. (1 £ 10 p. a 91,7 p.). Diversos oficios trabajaban sólo nueve meses, y el 25 por 100 de corrección que hay que aplicarles reduce a los aserradores de 20 s. a 15 s. (de 1 £ a 75 p.); a los albañiles, de 23 s. a 17 s. 3 d. (de 1 £ 15 p. a 86,5 p.); y a los pintores, de 20 s. a 15 s. (de 1 £ 15 p. a 75 p.).²⁶ La necesidad de realizar esas correcciones era bien conocida. Se tienen totalmente en cuenta en una descripción de los oficios de Londres que se publicó en 1747, y Adam Smith las tiene presentes en su discusión acerca de las diferencias salariales. Los factores en su mayor parte estacionales que determinaban esta situación siguieron actuando en el siglo XIX, tal y como lo habían hecho durante el siglo XVIII, aunque los problemas de fluctuación de la demanda provocados por la «temporada de Londres» eran particulares de aquella ciudad. Por último, deberíamos señalar que el impacto creciente de las agudas elevaciones cíclicas del desempleo añaden todavía otra variable al problema de medir las tendencias de los salarios reales. Por ejemplo, en 1825 la prosperidad industrial disminuyó el impacto de los elevados precios de los alimentos, mientras que en 1835 la prosperidad en la industria y una buena cosecha se reforzaron mutuamente de forma posi-

26. *Ibid.*, p. 75.

tiva, y en 1847 los precios altos y la depresión industrial hicieron lo mismo negativamente.²⁷

El doctor Snell ha investigado recientemente el desempleo en la agricultura. Su estudio, basado en las declaraciones hechas a propósito de la fijación de residencia legal en una parroquia dentro del marco de las Leyes de pobres, ha supuesto un grave reto a la visión que el profesor Chambers presentó en 1953, según la cual las mejoras en la agricultura aumentaron más que disminuyeron el empleo agrícola. Chambers había cuestionado el punto de vista según el cual se había producido, en términos de Marx, una «expropiación» del campesinado, que por medio de los vallados de campos autorizados por el Parlamento se había convertido en un nuevo proletariado para la revolución industrial. Este punto de vista extremo no se sostiene ya seriamente, pero el argumento de Chambers (que muchos han adoptado desde entonces), según el cual la agricultura innovada era intensiva en trabajo debido a la ausencia de nueva maquinaria significativa antes de 1880, se ha convertido en algo parecido a una ortodoxia. Los hallazgos de Snell disienten. Su estudio de nueve condados de East Anglia y del área cercana a Londres pone al descubierto que, hacia la segunda mitad del siglo XVIII, los cambios agrícolas estaban ocasionando ya un aumento acusado del desempleo masculino en invierno, y del desempleo femenino en verano, en cuanto los hombres fueron dominando de manera creciente las tareas de la cosecha. Un cambio hacia la producción de cereales provocó un desempleo estacional de creciente agudeza, en especial entre los años 1814 y 1834, que pone seriamente en cuestión la supuesta capacidad de la nueva agricultura «innovada» para generar un empleo mayor y más regular a lo largo del año, para la creciente fuerza de trabajo masculina. Por supuesto, si no se hubiese producido desde el siglo XVIII una caída de los niveles de empleo femenino en la agricultura, el paro estacional masculino todavía hubiese sido más grave. Chambers se centró en las Midlands, pero por lo menos sus resultados no se pueden utilizar para sostener una visión *general* de los efectos de la agricultura innovada.²⁸

27. R. Campbell, *The London Tradesman, 1747*, reeditado por David and Charles, Newton Abbot, 1969. Para un comentario, véase J. G. Rule, *The Experience of Labour in Eighteenth-century Industry*, Croom Helm, 1981, cap. 2; Taylor, ed., Introducción, p. XLVII.

28. Snell, «Agricultural seasonal unemployment», pp. 430-431; J. D. Cham-

El impacto de la revolución industrial sobre la familia se trata más adelante (pp. 245-247), pero aquí debemos tomar en consideración la relevancia directa de los ingresos familiares respecto del nivel de vida. Cuando Engels puso ejemplos en los que padres desmoralizados veían erosionado su papel sostenedor de la familia a medida que la manutención de la familia pasaba a depender cada vez más del trabajo de las mujeres y los niños, estaba dando un argumento extremo contra el sistema de fábrica. Desde esta perspectiva se arguye que si el sistema de fábrica ofrecía mayores oportunidades para que las mujeres y los niños contribuyesen al mantenimiento de la familia, lo hacía a expensas de los varones adultos. Las mujeres jóvenes que empezaron a trabajar con telares mecánicos en la década de 1820 representaban el estadio final en la extinción de los tejedores manuales; y aunque la fábrica dependía en un primer momento de los hilanderos varones cualificados que trabajaban con las *mules*,* lo cual supuso la aparición de un nuevo trabajo especializado, a este puesto no se podían transferir los tejedores manuales adultos, ni necesitaba el número de obreros que el tejido había empleado en su momento álgido. Los efectos más inmediatos del desarrollo del hilado en las fábricas, hacia finales del siglo XVIII, se dejaron sentir en los distritos rurales. El número de hilanderos manuales necesarios para mantener abastecido de hilo a un tejedor era tan elevado, que a distancias asombrosas de los grandes centros de producción de paños, incontables mujeres, esposas e hijas de agricultores, entre otras, complementaban los ingresos familiares tomando lana para hilar. Si en las ciudades fabriles se daban oportunidades crecientes para el empleo familiar, esto se hacía a expensas de la muy extendida pérdida de oportunidades de obtener ingresos del hilado en los hogares rurales; este fenómeno de finales del siglo XVIII ha sido muy comentado.

El ciclo familiar tiene una relevancia directa para comprender los niveles de vida de la clase obrera. Incluso contando con los sala-

bers, «Enclosure and labour supply in the Industrial Revolution», publicado por primera vez en *Economic History Review* (serie segunda), V, 1953, y reeditado en E. L. Jones, ed., *Agriculture and Economic Growth in England 1650-1815*, Methuen, 1967, pp. 94-127.

* Máquinas de hilar intermitentes, conocidas en nuestro país como selfactinas. (*N. de la t.*)

rios de los hilanderos de algodón, era muy probable que las familias sufriesen situaciones de pobreza durante los años en que los hijos eran en su mayoría demasiado pequeños para trabajar. Los estudios realizados sobre Preston por Anderson, y sobre Oldham por Foster, lo confirman.²⁹ Durante este período, en las ciudades fabriles, las esposas harían todos los esfuerzos posibles para volver a trabajar. Anderson ha observado que en la gran mayoría de familias en las que la madre trabajaba, si no lo hubiese hecho habría habido una miseria considerable. Las áreas textiles no eran únicas al respecto. A partir de unos breves datos correspondientes a una familia minera de Cornualles en 1842, es posible construir, haciendo unas pocas suposiciones demográficas razonables, un modelo de economía familiar a lo largo de su ciclo.

CUADRO 3

*Ciclo de ingresos de una familia, 1827-1847**

Año	Número de personas en la familia	Ingresos mensuales por cabeza (en peniques actuales)
1827	6	46
1832	8	38
1837	10	52,5
1842	9	83
1847	7	117

* El promedio de edad del minero en 1842 era de 47 años.

En el cuadro 3 se observa que el ingreso por cabeza en su punto más bajo era un 32,5 por 100 del más elevado, que se dio cuando trabajaban dos de los muchachos que ya estaban crecidos, además del padre. Lo cual respalda el comentario de un investigador contemporáneo, según el cual el período en el que al minero le era más

29. John Foster, *Class Struggle and the Industrial Revolution: Early industrial capitalism in three English towns*, Methuen Paperbacks, 1977, en especial las pp. 91-98 y el Apéndice 1; Michael Anderson, *Family Structure in Nineteenth-Century Lancashire*, Cambridge University Press, 1971, pp. 29-32.

difícil llegar a final de mes se situaba en el momento anterior a que sus hijos fuesen bastante mayores para trabajar. A lo largo de este período, el grado de las dificultades económicas aumentaba con el número de aquéllos. Y puesto que las novias de los mineros llegaban por lo común embarazadas al matrimonio, esta situación de dificultad económica se producía muy pronto después del casamiento.³⁰

Es razonable concluir que, incluso en los mejores niveles de ingresos de los varones adultos, a la mayor parte de las familias obreras les esperaba atravesar un período de pobreza. Cuando se interponían la enfermedad o el despido, como ocurría a menudo, entonces incluso los grupos de obreros más favorecidos podían deslizarse hacia la miseria. Esto subraya claramente la importancia, también para los primeros años del siglo XIX, del clásico ciclo de pobreza que Seeböhm Rowntree y otros detectaban para el fin de siglo. Rowntree prestaba también atención a la «pobreza secundaria», es decir, la causada por el malgasto de los ingresos en «lujos», la bebida en particular. Más adelante reflexionaremos sobre sugerencias parecidas que se apoyan en la pobre economía doméstica de las esposas de la clase obrera. La cuantificación exacta en este terreno es prácticamente imposible, pero pocas dudas pueden haber de que la bebida fue un problema de dimensión suficiente para contribuir a la pobreza de muchísimas familias, y a la indigencia de no pocas. Sin embargo, aunque frecuentes (como demuestra el considerable crecimiento del movimiento antialcohólico y en favor de la abstinencia), se trataba de casos individuales que no parecen afectar de forma general a las conclusiones que se extraen de los movimientos de salarios y precios y de la disponibilidad de trabajo, que fueron los determinantes de los niveles reales de ingresos.

30. *Report of the Royal Commission on Child Employment*, 1842, reedición, XVI, p. 757. Véase comentario en J. G. Rule, *The labouring miner in Cornwall 1740-1870: a study in social history*, tesis doctoral, Universidad de Warwick, 1971, pp. 100-103.

2. EL CONSUMO DE LA CLASE OBRERA

EL RÉGIMEN ALIMENTARIO

Los historiadores que se han especializado en el análisis del régimen alimentario de la clase obrera posterior a 1870 trabajan sobre un período en el que las mejoras en el transporte y el desarrollo de la venta al por menor estaban produciendo un cierto grado de uniformidad a nivel nacional. Además, la gran cantidad de presupuestos de los que se dispone permite hacer generalizaciones sin excesivo temor a pasar por alto las variaciones regionales significativas. Para períodos anteriores no podemos tener esta confianza porque las variaciones regionales tenían una gran importancia y los presupuestos representativos son escasos y están dispersos. Las generalizaciones para momentos anteriores a 1870 están llenas de dificultades.¹ Diversos factores relacionados con el abastecimiento determinaban el régimen alimentario a nivel local. El suelo y el clima dictaban los cultivos que se podían obtener. Las zonas del norte eran más adecuadas para cereales distintos del trigo. El clima templado de Cornualles permitía obtener dos cosechas de patatas al año. En algunas áreas, el suelo dedicado a algunos cultivos, como el de lúpulo en Kent, reducía la superficie de tierra disponible para el cultivo de patatas u otras verduras. Los condados situados en la costa podían hacer buen uso del pescado, que apenas era asequible tierra adentro. En 1797, Eden observaba que alrededor de Yarmouth y partes de la costa de Norfolk, los pobres «se alimentaban sobre todo de pescado, que por lo general era muy barato». Tam-

1. D. J. Oddy, «Working-class diets in late nineteenth-century Britain», *Economic History Review* (serie segunda), XXIII, 1970, p. 314.

El trabajo a domicilio se debe pagar por pieza, pero lo que es significativo es la adopción deliberada del sistema de trabajo a destajo en la fábrica, donde se diría que la posibilidad de controlar el horario de entrada y salida haría más lógicos los salarios regulados por el tiempo de trabajo. Tanto si el trabajo a destajo era general, como si, según se ha visto, los que «marcaban el ritmo» en el proceso central de trabajo traspasaban sus imperativos a los obreros auxiliares que cobraban por tiempo de trabajo, su imposición estuvo tan vinculada a la intensificación del trabajo como lo estuvo el nuevo énfasis puesto en la disciplina del tiempo y la acomodación al ritmo de la maquinaria. Tales cosas, como ha señalado el profesor Pollard, junto con el aumento de la oferta de trabajo provocada por el crecimiento de la población, son necesarias para explicar por qué en el primer período de la revolución industrial se cubrió la demanda de mano de obra sin que se produjese un aumento en el precio de aquélla.⁵⁵

55. S. Pollard, «Labour in Great Britain», en P. Mathias y M. M. Postan, eds., *Cambridge Economic History of Europe, Volume VII. The Industrial Economies: Capital, Labour and Enterprise, Part I, Britain, France, Germany and Scandinavia*, Cambridge University Press, 1978, p. 158.

5. INTENSIDAD DE TRABAJO, DISCIPLINA LABORAL Y SALUD

Anteriormente hemos mencionado varias veces los numerosos comentarios que se han hecho sobre el fracaso de los ingresos adicionales como incentivo, a cambio de que los obreros hiciesen más trabajo. Detrás de ello se encuentra el contraste entre los ritmos de trabajo tradicionales y las expectativas de una economía moderna. E. P. Thompson recapituló este tema en un artículo fundamental en el que describía la «característica irregularidad» de las pautas de trabajo anteriores a la aparición de la producción a gran escala basada en la maquinaria. Dondequiera que los trabajadores controlaban sus propias vidas laborales, tendían a alternar momentos de trabajo intenso con otros de ocio. Este ritmo era típico del obrero que trabajaba en su casa, pero también era cierto para los pequeños talleres en los que trabajadores que cobraban a tanto la pieza entraban y salían con una irregularidad que no planteaba muchos problemas a los patronos, porque la inversión en capital fijo era baja. Se decía que hacia 1824 la jornada laboral de un sombrerero era larga, pero no tenía un horario fijo; y antes de que apareciesen las tundidoras mecánicas, que eliminaron la cualificación del trabajo de tundidor, se decía que en 1802 los tundidores se conformaban con unos ingresos de 10 s. (50 p.) a la semana, pudiendo ganar, si hubiesen trabajado más horas, hasta 25 s. (1 £, 25 p.).¹

El cuchillero y escritor de canciones de Sheffield, John Mather,

1. E. P. Thompson, «Time, work-discipline and industrial capitalism», *Past and Present*, 38, 1967, pp. 56-97. (Hay trad. cast. en *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica, Barcelona, 1979.) J. G. Rule, *The Experience of Labour in Eighteenth-Century Industry*, Croom Helm, 1981, p.55.

capta tan bien la semana tradicional de los artesanos de aquella ciudad en su canción *The Jovial Cutlers* de 1793, que citaré como casi todos los historiadores del tema. Se describe al cuchillero sentado ante el fuego de su herrería, un lunes:

Hermanos trabajadores dejad vuestro trabajo,
Soltad vuestras limas y martillos,
Escuchad mientras un hermano vecino
Canta el destino de un cuchillero:
Cómo en un buen San Lunes,
Sentado cerca del fuego de la herrería
Cuenta lo que ha hecho el domingo
Y conspira entre alegres risas.*

Entra su esposa señalando su vestuario andrajoso y anticuado, ella al menos agradecería un poco menos de ocio y un poco más de respuesta a los incentivos monetarios. El marido describe la crítica lengua de su esposa de manera reveladora diciendo que se mueve más rápido que su «taladro cuando agujerea a ritmo de viernes»; se pone de manifiesto que el ritmo de trabajo semanal es el de un trabajador que controla su propio tiempo. El lunes hacía fiesta; el martes iba recuperando el ritmo lentamente, pero el viernes trabajaba al máximo para realizar el número de piezas de cuchillería necesarias para asegurar su ingreso normal. Evidentemente la inversión de trabajo necesaria estaba determinada por el precio del trabajo a destajo y por los precios de los alimentos: un movimiento desfavorable en cualquiera de ellos aumentaba el número de horas trabajadas, pero ni siquiera así indicaría qué horas se deberían trabajar.²

El «San Lunes» se guardaba casi de forma universal entre los trabajadores de las industrias y los mineros: los tejedores, cardadores de lana, tundidores, zapateros remendones, impresores, alfareros y varios más de los muchos oficios que eran censurados por mantenerlo como día de fiesta. El largo calendario del año, y el más corto de la semana, estaban salpicados de fiestas no oficiales en una época

* «Brother workmen cease your labour, / Lay your files and hammers by, / Listen while a brother neighbour / Sings a cutler's destiny: / How upon a good Saint Monday, / Sitting by the smithy fire / Telling what's been done o't' Sunday / And in cheerful mirth conspire.»

2. Rule; *Experience of Labour*, p. 56.

en la que sólo se reconocían como fiestas oficiales el día de Navidad y el Viernes Santo. Tales ocasiones eran vigiliias locales y días de festín: el día del santo patrón del oficio (san Crispín para los zapateros, el obispo Blaise para los cardadores de lana, san Clemente para los que trabajaban el hierro, san Piron para los mineros del estaño, etc.); los *gaudy days*, que proclamaban los mineros del carbón del norte cuando se oía el primer cuclillo; y, en los astilleros reales, el cumpleaños del rey. Adam Smith discrepaba de la opinión de muchos de sus contemporáneos que consideraban los momentos de disipación por embriaguez de los artesanos como *resultado* del trabajo intenso, a pesar de que Francis Place escribiese con pasión sobre el deseo de descansar que dominaba a cualquier trabajador, por muy concienzudo y laborioso que fuese, después de un período de arduo trabajo.³ Sin embargo, estos últimos eran imperativos momentáneos; los comentaristas que describían una preferencia profundamente arraigada por el tiempo libre se acercaban más a la situación general en la que, como Max Weber observó acerca del trabajador «tradicional» que cobraba a destajo,

no se pregunta: ¿Cuánto puedo ganar en un día si trabajo todo lo posible?, sino: ¿Cuánto debo trabajar para ganar el salario que ganaba antes y que cubre mis necesidades tradicionales? ... Un hombre por naturaleza no desea ganar más y más dinero, sino simplemente vivir como está acostumbrado a hacerlo y ganar lo que sea necesario para este propósito.⁴

A lo largo del siglo xviii, las abundantes quejas constituyen un testimonio concurrente de que los artesanos, mineros y trabajadores a domicilio que podían costearse sus expectativas tradicionales con cinco de días de trabajo, no trabajarían seis. «Los ingresos elevados —afirmaba Arthur Young— hacían que todos aquellos que no eran muy inclinados a la ociosidad» trabajasen sólo cuatro o cinco días. Este era un «hecho tan bien conocido» en todas las ciudades industriales que apenas necesitaba pruebas. En sus escritos, volvía al mismo punto en todas partes:

3. *Ibid.*, pp. 56-57.

4. Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Unwin, 1965, p. 59. (Hay trad. cast.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona, 1969.)

Los patronos industriales de Manchester quieren que los precios sean bastante altos para obligar a una laboriosidad generalizada; para mantener a los trabajadores empleados durante seis días de trabajo semanales; pues opinan que incluso un solo día ocioso, cuando hay la oportunidad de que sea un día de borrachera, perjudica a los otros cinco, o más exactamente el trabajo de aquéllos.

William Hutton, que escribió una historia de Birmingham en 1781 (y que había sido tejedor de punto en el Derbyshire antes de trasladarse a aquella ciudad), afirmaba que cuando «predomina la abundancia» las industrias tendían a decaer, puesto que la mayoría de la población trabajadora no hacía más que lo que le permitiera mantenerse, de modo que los salarios altos o los precios bajos disminuirían la oferta de trabajo.⁵

Estas respuestas deben arrojar la duda sobre cualquier intento de medir la jornada laboral media del trabajador industrial del siglo XVIII. El trabajo agrícola estaba mucho más determinado por la naturaleza del trabajo a realizar y por las horas de luz natural disponible. En cualquier caso, en el sur sobresaturado de la primera mitad del siglo XIX, los braceros agrícolas hubiesen dado la bienvenida a la oportunidad de trabajar muchas más horas de las que normalmente podían. Existe alguna información sobre los artesanos que trabajaban fuera del hogar. Una *Act* de 1721 exigía a los sastres de Londres que trabajasen desde las 6 de la mañana hasta las 8 de la noche, con un descanso de una hora para comer. En 1752, los sastres presentaron una petición de reducción argumentando que en «la mayor parte de oficios artesanales manuales» lo habitual era trabajar doce horas a partir de las seis de la mañana. En realidad, un estudio completo realizado en 1747 indica que catorce horas de trabajo no eran inusuales, excepto en los oficios que dependían de la luz natural como la construcción de casas y barcos. En 1768 los sastres consiguieron una reducción a trece horas, pero es imposible saber hasta qué punto esto representaba una tendencia general para los oficios bien organizados, y aunque en los últimos años del siglo algunos grupos favorecidos *consiguiesen* algo parecido a una jornada laboral de diez horas, probablemente una referencia de 1827 al «sistema in-

5. William Hutton, *A History of Birmingham*, 1781, p. 69; Arthur Young, *A Six Months Tour through the North of England*, 2.^a ed., 1771, p. 149.

glés» de trabajar de seis a seis se ajusta a la expectativa habitual del artesano.⁶

Parece que los mineros del siglo XVIII trabajaban en turnos más cortos que los que llegaron a ser normales en el siglo XIX. En el siglo XVIII se les presentaba con frecuencia trabajando menos horas que casi cualquier otro tipo de obrero. Young comentaba el hecho de que los mineros del plomo de los Valles a menudo habían acabado su trabajo a la una. Los obreros de los pozos del Yorkshire trabajaban de forma corriente ocho horas y a veces sólo seis. En las minas de plomo de los Peninos del norte, los obreros que perforaban galerías horizontales y excavaban pozos trabajaban con un sistema de dos turnos de ocho horas al día, pero en el Yorkshire los mineros del plomo hacían turnos de seis horas. Los que trabajaban en los pozos de la gran cuenca minera del norte hacían seis o siete horas en la década de 1760, pero a finales de siglo quizá llegaban a las ocho o diez para igualar las que al parecer hacían los mineros del carbón del Lancashire durante todo el siglo. Alrededor de Leeds, en 1787 todavía predominaba el turno de ocho horas, pero en 1842 era común el de doce horas. Era característico tanto de las minas de carbón como de las de metal que los muchachos y las mujeres que realizaban tareas en la superficie trabajasen muy a menudo jornadas laborales más largas que los mineros de las galerías, en especial durante las épocas de mucho trabajo.⁷

En las minas de cobre y estaño de Cornualles los *tutworkers*, que rompían el terreno carente de mineral, trabajaban habitualmente en turnos de ocho horas durante las veinticuatro horas, mientras que los *tributers*, que sacaban mineral, iban y venían con mayor libertad. A principios del siglo XVII se decía que lo máximo que podía resistir un minero debajo tierra eran cuatro horas debido a la mala calidad del aire, pero en el siglo XVIII eran habituales los turnos de seis y ocho horas. Se habían intentado turnos más largos pero se vio que daban poca productividad por hora de trabajo:

no eran otra cosa que una excusa para la ociosidad; se consideraba que doce horas eran demasiado para que un hombre las trabajase sin

6. Rule, *Experience of Labour*, pp. 57-58; Thompson, «Time, work-discipline», p. 85.

7. Rule, *Experience of Labour*, pp. 58-59 para la jornada de los mineros.

interrupción. Así pues, cuando antiguamente bajaban un par de trabajadores a la galería, tenían por costumbre dormir mientras se consumía toda una vela; luego subían y trabajaban durante dos o tres horas con mucho brío; después de esto fumaban un poco su pipa ... y jugaban y dormían la mitad de su tiempo de trabajo; pero al hacerse la minería más costosa que antes, estas costumbres ociosas se sustituyeron por más trabajo y laboriosidad.

Esto se decía en 1776, época en que los mineros eran también conocidos por sus días de fiesta: «Esta ha sido una época problemática con los trabajadores; tantos días sagrados, como les llama la gente, que en realidad son días de ocio y de fiesta, han ocasionado grandes pérdidas en todas las minas».⁸

Las horas que trabajaban los obreros a domicilio sólo podemos conjeturarlas. Si nos arriesgamos a generalizar, diremos que casi con certeza éstas, para muchos grupos como los tejedores manuales, los tejedores de punto y los sastres y zapateros que trabajaban a domicilio, avanzaron en dirección opuesta a las de los grupos artesanos más privilegiados. La competencia debida al aumento de la oferta de trabajo a medida que los mercados se abrieron a los productos de menor calidad y a la maquinaria produjo, aunque sólo en algunos casos, un descenso tan rápido en las tarifas del trabajo a destajo, cuando se acabaron los «años dorados» de elevada demanda de trabajo, que la necesidad se convirtió en el imperativo que empujaba a hacer las conocidas jornadas laborales de, por ejemplo, 15, 16 o incluso 20 horas para los tejedores de algodón en 1808. Ahora no había elección. No se podían permitir la preferencia por el ocio, y con ello desapareció la cultura específica del ocio de los artesanos: la degradación fue más allá de las condiciones materiales a medida que el «ritmo de los viernes» se convertía en norma para compensar la caída de las tarifas. Y lo que era cierto para los tejedores del algodón, también lo fue para los que tejían lana, seda y medias.⁹

Las jornadas laborales de las primeras hilanderías, que empezaron a aparecer en el último cuarto del siglo XVIII, eran variables. Mantoux, basándose en la investigación de 1816, pone casos de jornadas laborales de 14, 16 e incluso 18 horas con un descanso de

8. *Ibid.*, pp. 59-60.

9. *Ibid.*, p. 60.

40 minutos para comer, como algo corriente para la numerosa mano de obra infantil y femenina. Cerca de Manchester eran comunes las jornadas de 14 horas o el sistema de turnos con 16 horas en la fábrica y 8 fuera de ella. Samuel Oldknow, que en general era considerado como un patrono humano, esperaba de sus aprendices que trabajasen 13 horas a partir de las seis de la mañana.¹⁰

LA NUEVA DISCIPLINA

La extensión del sistema de fábrica fue lenta y desigual. Los primeros empleados se hallaban en una frontera de trabajo: experimentaron como una innovación lo que las generaciones siguientes interiorizaron como algo normal. Aquellos que no entraron a trabajar en la fábrica no sufrieron ninguna conmoción cultural comparable, de adaptación a una nueva velocidad dictada y un nuevo ritmo de trabajo. Incluso cuando se produjo un cambio en el escenario de trabajo, de casa al taller no mecanizado, no se produjo necesariamente un cambio del trabajo irregular al trabajo intensificado. Los grupos de artesanos cualificados se encontraban entre los más devotos de San Lunes y siguieron siéndolo durante los primeros dos tercios del siglo xix. Los nuevos oficios, como el de la mecánica, mostraron la misma tendencia que los más antiguos. Thomas Wright, «el oficial mecánico», dedicaba un capítulo completo de su relato *The Habits and Customs of the Working Classes*, de 1867, a la permanencia de la práctica del San Lunes.¹¹ Dondequiera que los grupos de artesanos bien organizados poseían una cualificación que todavía era fundamental, mantenían la clave del control de los procesos y del ritmo de trabajo. Para ellos, San Lunes era una potente afirmación de un tipo especial de independencia. El doctor Reid, en un estudio de los artesanos que poblaban los talleres de Birmingham, ha mostrado su persistencia en una ciudad en la que «el núcleo de pequeños talleres» formaba un «entorno favorable para la supervivencia de ritmos de trabajo inmemoriales». En 1842 los patronos todavía afirmaban que tenían grandes dificultades para

10. *Ibid.*, p. 61.

11. Thomas Wright, *Some Habits and Customs of the Working Classes*, reedición en Kelly, Nueva York, 1967, pp. 108-130.

hacer trabajar a sus obreros en lunes: la «civilización» había sustituido el criquet por las peleas de perros, pero éstas se seguían haciendo en lunes. De 22 excursiones en tren que se organizaron en 1846, sólo 6 no salieron en lunes. En fecha tan tardía como 1863-1864 se decía que la «práctica generalizada de San Lunes» hacía perder más tiempo que los retrasos en la llegada al trabajo o los prolongados descansos para las comidas. Finalmente el principal agente de erosión de esta costumbre sería el movimiento hacia la media jornada de fiesta del sábado, pero esto sólo llegó de forma gradual a situaciones de trabajo particulares.¹² Sheffield era otra ciudad de artesanos que trabajaban el metal. Allí el empresario Joseph Rogers, que hacia mediados de la década de 1840 había establecido un control extenso sobre todos los procesos de su industria, no podía conseguir que los afiladores trabajasen los martes: «El martes es un “día para acicalarse”, y en él nada persuadirá a los afiladores para que trabajen, ni siquiera un barril de cerveza, y sin embargo [nosotros] tenemos más control sobre esta clase de trabajadores que cualquier otro patrono». Veinte años más tarde, el afilador mostraba todavía una independencia persistente; no estaba

atado a unas horas de trabajo establecidas; tiene una llave de la muela y entra cuando quiere, trabaja cuando le apetece y descansa cuando quiere ... mientras que ... el trabajador de la fábrica está necesariamente en una condición de ... dependencia en relación al industrial ... Esta autoridad en un lado y la sujeción en el otro ... apenas existen en Sheffield. Las relaciones entre patrono y empleado tienen muy poco que ver con los de amo y criado.¹³

Cuando los obreros cualificados controlaban el proceso de trabajo, sus ayudantes estaban en gran parte sometidos a sus ritmos de trabajo, incluso en caso de que la preparación de materiales, etc., se pudiese continuar en ausencia del artesano. Un viejo alfarero recordaba los lunes en las alfarerías, durante su niñez, en la década de 1840, cuando los alfareros todavía mantenían un «devoto respeto

12. D. A. Reid, «The decline of St. Monday, 1776-1876», *Past and Present*, 71, 1976, pp. 77, 81-82, 86.

13. R. D. Storch, «The problem of working-class leisure. Some roots of middle class moral reform in the industrial north: 1825-1850», en A. P. Donajrodzki, ed., *Social Control in Nineteenth Century Britain*, Croom Helm, 1977, p. 146.

por San Lunes». Los niños y las mujeres que ayudaban iban a trabajar los lunes y los martes para preparar la arcilla para los alfareros que estaban todavía ausentes bebiendo. Como no se les vigilaba, trabajaban a un ritmo relajado y se permitían una jornada laboral más corta. Sin embargo, hacia el final de la semana aguantaban cuando el alfarero, que cobraba a destajo, les exigía 14 e incluso 16 horas de trabajo luchando por completar sus salarios: «Después he pensado que si no hubiese sido por el aligeramiento del ritmo al principio de la semana, para las mujeres y los muchachos en la alfarería, no se podría haber mantenido la terrible tensión de los últimos cuatro días». ¹⁴ Tanto en la alfarería como en la sombrerería, los artesanos que trabajaban a destajo tenían un ayudante que completaba su trabajo individual; sólo donde aparecen las *cadena*s de producción, la sincronización del trabajo requiere la adaptación a una nueva disciplina del tiempo. Este imperativo era ya manifiesto en casos excepcionales en 1700, año en el que se elaboró el archiconocido *Law Book* de las fundiciones Crawley de Newcastle. En una de ellas, de la que Arthur Young informaba en 1771 que tenía un coste salarial anual de 12.000 libras para «varios centenares de trabajadores», el patrono de la fundición, Ambrose Crawley, elaboró un código escrito de 100.000 palabras para regular su mano de obra. Muchas de las normas eran relativas a la puntualidad. La número 103 venía a continuación de un preámbulo de lamentaciones acerca de un «pretendido» derecho a «holgazanear» por parte de algunos que «piensan que con su disposición y habilidad hacen lo suficiente en menos tiempo que otros», mientras que otros parecían haber pensado estúpidamente que la «simple asistencia sin emplearse en nada» era suficiente y algunos eran lo bastante «infames» para glorificar su pereza mientras censuraban a otros por su diligencia; y dictaba lo siguiente:

Con el fin de detectar la pereza y la infamia, y se recompense al justo y diligente, he pensado en crear una cuenta de tiempo hecha por un Controlador, y ordenar que de las 5 a las 8 y de las 7 a las 10 son quince horas, de las cuales se pueden coger una hora y media para desayunar, comer, etc. Se harán trece horas y media sólo de servicio ...

14. Charles Shaw, *When I Was a Child*, 1903, reedición en Caliban, 1977, pp. 49-54.

Estas trece horas se calcularían después de restar todas las deducciones por estar en tabernas, cervecerías, cafés, desayunar, comer, jugar, dormir, fumar, cantar, leer panfletos, pelearse, discutir, tener altercados o «cualquier cosa ajena a mis asuntos, cualquier forma de haraganear». El controlador tendría un cuadro de horarios de cada empleado y llevaría un reloj «que nadie podría tocar excepto el encargado del reloj». Cada mañana se tocaría un timbre a las 5 para empezar a trabajar, a las 8 para desayunar, a las 8.30 para volver al trabajo, a las 12 para comer, a la 1 para reemprender el trabajo y por fin a las 8 para dejar de trabajar.¹⁵ Crawley, al igual que Josiah Wedgwood, fue un precursor, en el siglo XVIII, de la preocupación por la puntualidad, preocupación que se convirtió en una de las centrales entre los primeros empresarios fabriles. En sus talleres de Etruria, Wedgwood luchó por imponer una nueva disciplina a los obreros alfareros quienes, como hemos visto, eran notablemente irregulares en sus hábitos de trabajo. Allí introdujo el primer caso registrado de un sistema de fichar, respaldado por la inflexible multa de 2 s. (10 p.) para cada trabajador que llegase tarde. Aunque situó a Etruria en el apogeo de una unidad de producción premaquinista, transformando a los obreros cualificados en obreros de «precisión» mediante una especialización pensada para «hacer que esos hombres máquina no pudiesen errar», ésta quedaba todavía lejos del sistema de fábrica hecho y derecho. Cuando una fase de la producción depende de otra, la sincronización del trabajo es claramente adecuada, pero los ritmos del trabajo vienen todavía determinados por el compás del trabajo *manual*. Cuando el trabajo humano se asocia a la maquinaria con motor, se dicta una velocidad nueva y diferente.¹⁶ Etruria no era de ningún modo la factoría característica de la zona alfarera, ni había llegado a serlo a mediados del siglo XIX. Un viejo alfarero, cuya alma metodista menospreciaba la actitud indisciplinada de sus compañeros de trabajo en aquel momento, subrayaba:

cuán imposible era la economía en un oficio dirigido de forma tan poco severa. Mejor hubiese sido, para los patronos y los trabajado-

15. Thompson, «Time, work-discipline», pp. 81-82.

16. Véase N. McKendrick, «Josiah Wedgwood and factory discipline», *Historical Journal*, IV, 1961, p. 56.

res, estar bajo el control disciplinario de la maquinaria ... Una máquina que trabajase tantas horas a la semana produciría tanto hilo o paño. En la obtención de este producto los minutos se consideraban factor importante, mientras que en las Potteries* las horas, e incluso los días a veces, apenas se contaban entre esos factores importantes.¹⁷

En la *Coketown* de Charles Dickens los obreros de la fábrica «entraban y salían todos a la misma hora, con el mismo sonido encima de los mismos pavimentos, para hacer el mismo trabajo», cuya intensidad venía dictada por «el pistón de la máquina de vapor» que funcionaba subiendo y bajando «como la cabeza de un elefante en un estado de locura melancólica». Algo tan evidente como la necesaria adaptación del trabajo humano a una nueva dimensión del trabajo cuando una máquina accionada a motor se pone en marcha a una velocidad regular, y sigue de forma incansable hasta que la desconectan, era tan claro para los contemporáneos como lo ha sido para los historiadores más recientes:

Mientras la máquina funcione la gente debe trabajar; los hombres, las mujeres y los niños uncidos con hierro y vapor. La frágil máquina animal sujeta, en el mejor de los casos, a cientos de fuentes de sufrimiento ... está fuertemente encadenada a la máquina de hierro, que no conoce el sufrimiento ni el cansancio.¹⁸

La nueva intensificación del trabajo está clara, pero la puesta en marcha de una máquina representa también un *instante de tiempo* que el trabajo humano se debe resignar a aceptar; su desconexión representa otro momento y de este modo el tiempo de trabajo está claramente separado del tiempo que no lo es. Llegar a aceptar esto no fue fácil para la primera generación de obreros fabriles. Se ha indicado que una de las razones del empleo del trabajo infantil en las fábricas era que así se reducía la dependencia del tra-

* Distrito de North Staffordshire que incluía Hanley y Stoke-upon-Trent, centro principal de la industria alfarera inglesa. (*N. de la t.*)

17. Shaw, *When I Was a Child*, pp. 185, 181.

18. Charles Dickens, *Hard Times*, 1854; J. T. Ward, *The Factory System. Volume 2. The Factory System and Society*, David and Charles, Newton Abbot, 1970, pp. 26-27, citando a sir James Kay-Shuttleworth sobre Manchester.

bajo adulto, cuyos hábitos laborales tradicionales estaban demasiado profundamente arraigados. Verdaderamente, los grupos privilegiados como los hilanderos, varones y adultos, que trabajaban con las *mules* siguieron mostrando grados de absentismo que eran comparables con los de sus hermanos artesanos, e incluso Wedgwood hubo de reconocer que poco se podía esperar de los trabajadores de sus alfarerías en las vigilias locales. A la larga, como ocurrió en el Lancashire, una solución fue legitimar las «visperas» convirtiéndolas en fiestas formales.¹⁹

Una vez en la fábrica, la necesidad de asegurar la asistencia da lugar a la necesidad de establecer el concepto de «economía del tiempo». El mal cumplimiento del horario se castigaba con multas totalmente desproporcionadas al valor del tiempo perdido; así, aquellos que llegaban incluso un minuto o dos tarde podían quedar condenados a perder toda la paga de un turno. Los pioneros como Arkwright tuvieron que «habituar a sus trabajadores a una precisión y asiduidad completamente desconocidas con anterioridad, contra la cual sus anteriores hábitos de apatía e impaciencia se rebelaban continuamente». En la fábrica una normativa formal del trabajo sustituye a la costumbre como dictadora del orden en el lugar de trabajo. En 1821, se decía que en una fábrica de lino las normas eran tan estrictas que si se encontraba al supervisor de una sala hablando con cualquier persona en horas de trabajo se le despedía sumariamente, y lo mismo le ocurría si le encontraban «una yarda lejos de su puesto». Otro ejemplo de normativa de una fábrica de 1830 es igualmente tajante: «Cualquier persona que se encuentre fuera de su puesto de trabajo habitual, si no es por motivo de necesidad, o hablando con alguien aparte de su propio Aliado* [sic] será multado con 2 d. (1 p.) por cada falta».²⁰

El «palo» tanto para los obreros adultos como para los niños se ponía de manifiesto en las multas y los despidos. A los niños aprendices no se les podía sancionar con ninguna de ambas cosas y entonces probablemente lo más extendido fuesen los castigos corporales, aunque las palizas constituyesen sólo el placer de sádicos atípicos. Unas enérgicas bofetadas, o uno o dos correazos asestados con ve-

19. S. Pollard, *The Genesis of Modern Management*, Penguin, 1968, p. 213.

* Se trata del compañero o ayudante en el trabajo. (*N. de la t.*)

20. *Ibid.*, pp. 216-217.

hemencia eran métodos bastante comunes para recuperar la atención de un niño, y los aplicaban los vigilantes o los obreros adultos a quienes los niños ayudaban. Robert Owen no fue, por cierto, el único empresario que prohibió por completo tales actuaciones. Sin embargo, la era de los aprendices fue corta. Cuando la fuerza motriz del vapor libró a la fábrica de la dependencia del agua y la fábrica se volvió a situar en la ciudad, los empresarios disfrutaron de la recompensa de una amplia oferta de trabajo, en base a la cual el despido y la amenaza que ésta suponía eran el castigo más seguro. Las faltas de comportamiento menos serias, también las de los niños, se podían resolver con multas. Las multas eran elevadas, oscilando desde 6 d. a 2 s. (2 1/2 p. a 10 p.) para una falta corriente, lo que podía ser equivalente a unas dos horas del sueldo diario. En una fábrica de Stockport, maldecir, cantar o estar borracho se castigaba con una multa de 5 s. (25 p.).²¹

La «zanahoria» se utilizaba con menor profusión que el «palo», aunque, como ya hemos observado, se empezaba a incorporar el uso de los incentivos monetarios en el sistema de salarios. El profesor Pollard²² ha elaborado una tabla con las respuestas (véase el cuadro 6) relativas a los medios disciplinarios que se utilizaban en 1833 y demuestra con claridad, a partir de una fuente que se acepta como bien dispuesta hacia los patronos de las fábricas, el predominio del castigo por encima del incentivo.

Hasta la segunda mitad del siglo XIX la jornada laboral de la fábrica, con su regularidad y su rutina, no se convirtió en algo generalmente aceptado por una mano de obra entre la cual los niños eran un elemento en continuo descenso. Esta adaptación se basaba no sólo en una percepción de lo que era necesario para subsistir, sino también en una percepción que era capaz de relacionar la posibilidad de salarios más elevados con el disfrute del tiempo de ocio. Como captaría un novelista de la década de 1950, de forma viva, el fin de semana con su notable consumo de bienes y oportunidades para el ocio se convirtió en la justificación de la semana laboral. El énfasis, que parece especialmente agudo en el «hágalo usted mismo» para el padre de familia y en la reparación de coches y motocicletas para los jóvenes sin compromiso, muestra también un des-

21. *Ibid.*, pp. 218-221.

22. *Ibid.*, p. 222.

CUADRO 6

Número de empresas que utilizaban los diferentes medios de imponer la disciplina entre los niños empleados en las fábricas, 1833

Negativos		Positivos	
Despido	353	Amabilidad	2
Amenaza de despido	48	Promoción o salarios más elevados	9
Multas, deducciones	101	Recompensa o premio	23
Castigo corporal	55		
Queja a los padres	13		
No poder abandonar la fábrica	2		
Atuendo degradante, distintivo	3		
Totales	575		34

plazamiento hacia el tiempo de ocio de aquel orgullo del oficio y la creación que se ha visto erosionado de forma creciente por las modernas cadenas de producción.²³

TRABAJO Y SALUD: LA PATOLOGÍA LABORAL DEL SIGLO XVIII

Las ideas románticas de un «tosco» campesinado y artesanado saludables y robustos retozando a lo largo del siglo XVIII se desvanecen con facilidad. Muchos trabajos eran insalubres en sí mismos por cualquier causa que se desprendiese de la propia naturaleza de los materiales que se trabajaban, o que fuese inherente al proceso de trabajo. La creciente división del trabajo y el desarrollo de la industria en modos de producción artesanos y de taller produjo una patología laboral distintiva para la época. Adam Smith daba por supuesto que cada oficio tenía su «dolencia particular». La preocupación médica por la salud laboral se remonta a una fecha tan lejana como 1700 en que se publicó la obra del médico italiano Bernard Ramazzini, *De Morbis Artificum Diatriba*. En esta obra,

23. Alan Sillitoe, *Saturday Night and Sunday Morning*, W. H. Allen, 1958.

muy conocida en una traducción inglesa de mediados del siglo, Ramazzini añadía una nueva pregunta a las indicadas por Hipócrates relativas a la dieta y a los síntomas para realizar el diagnóstico, a saber: «¿En qué trabaja? ... Esta cuestión debería estar particularmente presente cuando el paciente que va a recibir tratamiento pertenece al pueblo común».

Un ensayista inglés escribió en 1782 acerca de los obreros de las minas y la industria, desde el minero del carbón al sobredorador: «Mientras ellos satisfacen nuestras necesidades, o complacen nuestros gustos y caprichos, están dañando su salud y acortando sus días». Las industrias se comparan con las guerras puesto que producían una lastimera procesión de ciegos, lisiados y de debilitados, decrepitos, asmáticos, físicos desgraciados, «arrastrándose medio muertos sobre la superficie de la tierra». El lenguaje que nos proporciona el asma (o la tisis) del afilador, la consunción del amolador, la enfermedad del cantero, el asma del minero, la tisis del minero, la consunción del alfarero, la tuberculosis de la roca, la tisis del picapedrero, el pulmón del picapedrero porque el polvo enfermaba los pulmones (silicosis); también lo ofrece, con un nivel inferior de seriedad, la inflamación del líquido sinovial por motivos laborales en sus diversas formas: el codo del albañil (o el minero), el trasero del tejedor, la rodilla de la criada, la espalda del cargador y el tobillo del sastre. El sombrerero «enloquecía» por la paranoia producida por el envenenamiento por mercurio.

Cualquier tratamiento de la salud laboral debe tener en cuenta diversos factores determinantes. El medio ambiente, el régimen alimentario y los excesos en la bebida contribuían también a la destrucción de los obreros. Las horas de trabajo eran un factor material. Los trabajos sedentarios limitados a la actual jornada laboral reducida y compensados por una buena dieta y un recreo saludable no parecen especialmente peligrosos para el bienestar físico, pero en oficios como la zapatería o la sastrería del siglo XVIII y principios del XIX, tales condiciones compensatorias no existían. El oficial de sastrería, con excesivas horas de trabajo en su haber, podría constituir el «desgraciado emblema de la muerte y el hambre». Una de las grandes autoridades en el tema, Charles Turner Thackrah, estaba convencido de que uno de los remedios que se necesitaba con mayor urgencia era la reducción de las jornadas laborales. Especialmente en oficios femeninos como la camisería, se establecían círcu-

los viciosos que vinculaban los salarios bajos, las largas jornadas de trabajo, la exagerada debilidad (esfuerzo de la vista), la creciente incapacidad, la imposibilidad de trabajar en un trabajo mejor pagado, y los salarios todavía más bajos, etcétera.

La mala salud podía ser consecuencia de una combinación de factores diversos o de cualquiera de ellos por separado. Podía proceder directamente de los efectos dañinos de los materiales utilizados, por ejemplo, el envenenamiento por plomo; de un entorno laboral deteriorado, húmedo, frío, mal ventilado, cargado de polvo o caliente; del deterioro físico que se derivaba de las posturas perjudiciales o de un entorno laboral demasiado estrecho; o del sobreesfuerzo realizado por determinados músculos u órganos. Además de todos estos factores, en muchas ocupaciones había un constante peligro de sufrir accidentes, que podían provocar desde simples heridas a ocasionar la muerte.

El plomo se puede tomar como ejemplo ilustrativo de los efectos de los materiales nocivos; lo utilizaban en gran medida los pintores de brocha gorda, los fontaneros, los vidrieros y los alfareros. Ramazzini describía los síntomas del saturnismo entre los últimos: «Primero se les paralizan las manos, luego quedan parálíticos, letárgicos, desnutridos y sin dientes, de modo que pocas veces se ve a un alfarero que no tenga el rostro cadavérico y del color del plomo». Uno de los cambios, sin duda beneficiosos, que Wedgwood introdujo en Etruria fue una práctica higiénica cuidadosamente regulada para reducir al mínimo la contaminación por el plomo utilizado en la confección del barniz. Pero en este aspecto, como en otros, Etruria no era una empresa característica de la industria alfarera, y en 1831 los síntomas característicos que describía Ramazzini todavía se enumeraban en las alfarerías inglesas. Los pintores de brocha gorda, cuya condición de obreros afectados por el plomo se había descrito de manera completa en 1757, también seguían siendo descritos en 1831 como de aspecto enfermizo y de vida corta. Además de la locura proverbial, el mercurio que se utilizaba en la sombrerería provocaba una parálisis conocida como «temblor del sombrerero». El arsénico, que se utilizaba para fabricar algunos barnices, era un problema adicional en las alfarerías, así como el proceso de acrisolado del cobre, cuyos obreros, según se decía en 1794, se demacraban en cuestión de semanas y morían en pocos años. Los productos químicos de tintorería afectaban la salud del estampador de indianas, y el

hollín producía el archiconocido cáncer del deshollinador que sufrían los muchachos que trabajaban en las chimeneas.

Los efectos nocivos de las condiciones de trabajo perjudiciales estaban incluso más extendidos. Los pálidos rostros de los mineros metalíferos reflejaban el aire viciado, las temperaturas extremas y la humedad del sitio de trabajo. Estos efectos quedaban ocultos por las ennegrecidas caras de sus hermanos de las minas de carbón; pero el polvo que traía la muerte era más evidente. El polvo era realmente mortífero no sólo para los mineros, sino para los canteros, los albañiles, los cargadores de carbón e incluso los panaderos y peluqueros. Pocos trabajos eran más mortales que el de los afiladores en los oficios de cuchillería, cuya vida se veía terriblemente reducida. Los cardadores de lana trabajaban entre un calor inmenso y los humos de las estufas de carbón vegetal, y pocos de ellos llegaban a los cincuenta años de edad, a mediados del siglo xix.

Las posturas de trabajo perjudiciales debido a la estrechez formaban parte de la vida de los mineros, pero no eran ellos los únicos que las sufrían. Los calambres laborales y las «parálisis del oficio» daban lugar con frecuencia al deterioro intermitente del funcionamiento muscular en muchos oficios, afectaba por ejemplo a los torcedores de algodón, a los fabricantes de clavos, guarnicioneros, deshollinadores y sastres. La vista fatigada estaba muy extendida en la mayor parte de los oficios de aguja, como los sastres que cuando alcanzaban los cuarenta años no podían realizar ya los bien pagados trabajos que requerían puntadas pequeñas; a esta misma edad, los relojeros no podían ya ver lo suficiente para mantener el nivel de sus ingresos. Los tejedores se quejaban de los efectos de la permanencia en pie durante largas horas, mientras que la posición de trabajo de los cerrajeros llevó a que una parte del Black Country se llamara *Humpshire*.*

Las tareas sedentarias que se hacían en lugares cerrados durante muchas horas se relacionaban en general con la tuberculosis, predisposición que aumentaba significativamente con la postura de piernas cruzadas en la que los sastres trabajaban tradicionalmente. «Pocas veces se ve a un sastre que viva hasta una edad avanzada» escribió Campbell en 1747, observación de la que se hacía eco Turner Thackrah ochenta años más tarde:

* De *hump*, joroba. Algo así como «Tierra de los jorobados». (N. de la t.)

Tiene 19 años, está terriblemente delgado y amarillento. Vino del campo hace seis años, floreciente y saludable. Pero desde entonces ha vivido en Leeds, y ha estado confinado en esta funesta posición desde la mañana a la noche dentro de una habitación pequeña y baja.

No vemos, subrayaba, «sastres rollizos y sonrosados». Su tendencia a las molestias de estómago y a contraer la tuberculosis pulmonar era el «lamentable estado de un gran número de artesanos». Los zapateros sufrían de forma parecida y sus rostros les distinguían «casi tanto como a los tejedores».

Para muchos peones, las hernias debidas al levantamiento excesivo de peso eran tan comunes que en 1786 se formó una National Truss Society que daba apoyo a los pobres «quebrados». El número de heridas físicas e incluso de muertes era elevado en las minas, pero ello era también inherente a muchos oficios en los que se utilizaban herramientas cortantes en espacios reducidos. En las minas había el peligro especial de los derrumbamientos de rocas y los socavones, así como el riesgo asociado al uso de explosivos. En las cuencas carboníferas estaba presente un potencial explosivo natural, el grisú, que se podía encender con las velas de los mineros. La vida del afilador de Sheffield, reducida ya a causa del polvo, podía acortarse todavía de manera más drástica si de su muela giratoria saltaban pequeñas esquirlas de piedra.

Tales problemas de salud se aceptaban en gran medida. En las retribuciones salariales no existía la noción de «compensación». Era normal que no la hubiese, puesto que los obreros no *escogían* correr los riesgos de un determinado empleo. Aceptaban la corta vida del cuchillero o del minero, porque habían nacido y se habían criado en Sheffield o Cornualles y eran hijos de cuchilleros o mineros. Las clases acomodadas, por su parte, podían dar por supuesto que aquellas condiciones formaban parte de la suerte de los obreros. Los empleos particularmente insalubres, como los trabajos en los talleres de plomo de Whitechapel, eran equivalentes a una virtual sentencia de muerte. Sólo los verdaderamente desesperados los hubiesen emprendido. Los que procedían del último peldaño de la escala social no tenían expectativas de nada mejor; y no había ningún inconveniente especial en ser considerados como trabajadores de oficios

«deshonrosos» y se les señalaba como degradados y evidentemente inferiores.²⁴

Pero, si la situación de los trabajadores industriales y los mineros, anterior a la fábrica, era tan mala, ¿por qué entonces el sistema de fábrica se ha visto cargado con tanto oprobio? En gran medida porque no sólo concentraba el trabajo de una forma que era difícil ignorar, sino que se basaba tanto en el trabajo de los niños y las mujeres que parecía especialmente explotador del trabajo de los débiles por razón de su sexo o su edad. Por lo que se refería a las condiciones de los obreros varones adultos, difícilmente se hubiese intercedido en cuestiones de deterioro de la salud. No es necesario señalar que el trabajo de las mujeres y los niños estaba extendido antes del sistema de fábrica. Las vivas ilustraciones de los *Bluebooks* de la década de 1840 mostraban a los niños sacando pesadas cargas de carbón a gatas a través de estrechos y oscuros pasillos. Podían perfectamente haber procedido de las minas de Shropshire en 1770; hablando de ellas, un contemporáneo describía a niños que «con sus manos y pies sobre el suelo negro y polvoriento y una cadena alrededor de su cuerpo, andaban a gatas y arrastraban muy lentamente, como si fuesen animales de cuatro patas, pesadas cargas de sucio mineral, por recorridos que eran casi impracticables para el observador curioso».²⁵

Las condiciones de trabajo en la industria doméstica, donde las mujeres y los niños trabajaban como parte de la familia, pocas veces eran ideales. Las habitaciones pequeñas, húmedas y mal ventiladas, en las que la vida y el trabajo competían por el espacio, no eran más saludables que las condiciones de muchas fábricas. Además, cuando se trabajaba con materiales nocivos para la salud, los humos estaban presentes durante un período de tiempo más largo que cuando el lugar de trabajo y el hogar estaban separados. Sin embargo, el *cottage* daba acceso al aire puro y al espacio, mientras que en muchos casos la mezcla de la actividad industrial o la minera con las tareas agrícolas, y en general la ausencia de tensión en los ritmos de la producción doméstica, daban ciertas oportunidades de renovar la energía

24. Las fuentes para la industria del siglo XVIII están plenamente documentadas en Rule, *Experience of Labour*, cap. 3, «Work and health».

25. Citado en L. Moffit, *England on the Eve of the Industrial Revolution*, 1923; reedición en Cass, 1963, pp. 256-257.

que el duro trabajo había drenado del cuerpo. El alcance y las condiciones del trabajo familiar en el hogar se tratan más adelante, pero aquí deberíamos señalar que el niño aprendiz en el oficio o en la industria del *cottage* era tan vulnerable ante el castigo corporal u otras formas de maltratos como los niños de las fábricas, excepto en el importante aspecto de que ninguno estaba tan desprotegido como el niño al que habían sacado de su casa, alejado de sus amigos y su localidad para llevarle a un lugar en el que no conocía a nadie. De todas formas, los defensores del sistema fabril tienen tendencia a abandonarse a argumentos artificiosos que deniegan la existencia de diferencias significativas. De hecho, el sistema de fábrica separaba el trabajo de los niños de la economía familiar y les situaba en un ambiente globalmente más intolerable, y lo hacía en un grado mayor y más sistemático que los modos de producción preexistentes. Las jornadas de trabajo largas y reglamentadas, la mayor disciplina formal y el peligro de mutilarse los miembros cansados en maquinaria no protegida, todo en su conjunto supone diferencias tanto en la forma como en el ritmo de trabajo de los niños. El hecho de que el trabajo infantil existiese en la industria del siglo XVIII y de que la suerte de esos niños estuviese a menudo lejana de la felicidad, no nos permite considerar la explotación que los empresarios de las fábricas ejercían sobre el trabajo infantil como poco más que una continuación de una práctica consolidada. Aquellos que observaron las pocas fábricas que existían antes de finalizar el siglo XVIII notaron la diferencia. Thomas Percival, un médico de Manchester, vivía cerca de las primeras hilanderías e hizo comentarios sobre el efecto de un «confinamiento» que «o les tronchaba la vida muy pronto» o dejaba sus constituciones enfermizas y débiles. En 1784, un informe crítico de las fábricas de Manchester condenaba sus bajos techos y sus suelos repletos de maquinaria. Observaba que la adherencia del polvo de algodón al aceite recalentado por fricción perpetuaba la presencia de un olor desagradable. Por la noche, la situación empeoraba debido a la falta de ventilación, al calor, y al humo provocado por el gran número de velas. Aiken, que escribió en 1797, era también médico. Describía a los aprendices, traídos en grupos desde asilos distantes, encerrados durante largas horas, a menudo durante la noche, respirando aires «nocivos». Los cambios de temperatura, de calores extremos a frío, les predisponía a la enfermedad y a la indisposición, y las epidemias eran abundantes. La información obtenida

en varias investigaciones parlamentarias que se produjeron entre el año 1816 y la década de 1840 se ha aceptado o rechazado de diversos modos, pero los pocos datos que han sobrevivido sobre las primeras fábricas apuntan con fuerza hacia el efecto perjudicial sobre la salud de sus mayoritariamente jóvenes empleados.²⁶

LA SALUD EN LAS FÁBRICAS Y EN LAS MINAS

Hemos apuntado ya la patología laboral del siglo XVIII. En la medida que muchos de los antiguos oficios siguieron teniendo, a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, el mismo modo de producción, en su mayor parte persistieron los problemas de salud que les iban asociados. En tanto que muchos de ellos experimentaron una intensificación del trabajo a medida que pasaban a ser «reventados» de manera creciente, es razonable suponer que sus «enfermedades peculiares» cobraron mayor fuerza. Esta situación fue muy bien documentada por los observadores de los «oficios reventados», como Henry Mayhew. También los oficios de costura cada vez empleaban más mujeres en condiciones de trabajo a domicilio de una miseria increíble y con duras y largas jornadas. Mayhew encontró a una mujer que vivía sobre una carbonera y que sólo comía pan seco y café flojo. Cosía camisas a 2-3 d. (1-3 p.) cada una, tenía que poner el hilo y, para sacarse un sueldo, tenía que trabajar desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, y en verano desde las cuatro hasta las diez de la noche —«tanto tiempo como puedo ver»—; cuando el «negocio apretaba», a veces empezaba a las dos o las tres de la madrugada, «me echaba simplemente vestida para hacer un sueñecito de cinco o diez minutos». Como mucho, se sacaba 5 s. (25 p.) limpios a la semana, pero más a menudo, después de descontar las velas, sólo le quedaban 2 s. 6 d. (12 1/2 p.). Más patética todavía era la situación de otra mujer a quien la vista no le permitía coger los mejores trabajos y que, debido a la falta de alimento, al

26. *Ibid.*, p. 259; en W. Bowden, *Industrial Society in England towards the End of the Eighteenth Century*, 1925; reedición en Cass, 1965, pp. 267-268; J. Aiken, *A Description of the Country From Thirty to Forty Miles around Manchester*, 1795; reedición en Kelly, Nueva York, 1968, pp. 219-220.

apretado confinamiento en una habitación pequeña y al trabajo excesivo, tenía la salud destrozada.²⁷

En este apartado trataremos los aspectos de salud de los trabajos en las fábricas y en las minas, durante la primera mitad del siglo XIX. Fueran cuales fuesen las condiciones de trabajo de los adultos, junto a ellos trabajaban los niños que eran sus auxiliares, habitualmente por el mismo período de tiempo. Cuerpos todavía sin formar y huesos aún blandos estaban sometidos a un esfuerzo que un cuerpo adulto hubiese podido resistir mejor. Además, la vida y la esperanza de vida estaban afectadas de manera significativa por el hecho de haber sido un niño obrero. El polucionado aire de las fábricas, igual que la deficiente ventilación de las minas, se cobraba sus víctimas lentamente en proporción al tiempo de exposición. Para cuando un niño que había trabajado de *piecer* alcanzaba los 18 años, él o ella habría estado ya absorbiendo el aire cargado de hilazas de la hilandería durante una década. Cuando un joven minero del cobre llegaba a la edad adulta, había sometido sus pulmones a seis años de respiración del aire con deficiencia de oxígeno del último nivel.

Otro importante factor de riesgo era la maquinaria. El largo catálogo de accidentes es penoso, pero sin las posibilidades modernas de registro e investigación, el riesgo no se puede cuantificar. Abundan los testimonios con vivas ilustraciones de los peligros a que se exponían los niños de las fábricas que muchas veces perecían. La siguiente experiencia de un «tullido de fábrica» habla por sí misma:

A la edad de 8 o 9 años, sus miembros empezaron a dar síntomas de flaqueza, bajo la excesiva fatiga a que estaban sometidos ... Se tomaron todas las precauciones que su madre viuda se podía permitir, para impedir que su único muchacho se convirtiese en un tullido; pero todo fue en vano. Aceites, vendajes de franela, emplastes y mezclas reforzantes se le aplicaron incesantemente; se probaron todas las soluciones una por una, excepto la correcta (es decir, sacarle del trabajo), y fueron descartadas y abandonadas. A pesar de todos estos remedios, se convirtió por culpa del trabajo excesivo, en un inveterado tullido de por vida. Sus rodillas no resistieron y gradualmente se hundieron hacia adentro hasta que los huesos se tocaron uno con otro.

· 27. E. P. Thompson y E. Yeo, eds., *The Unknown Mayhew*, Penguin, 1973, pp. 145, 148.

El endeble chiquillo recibía todavía las palizas de los encargados y de los hilanderos. Se le trasladó de un lado a otro de la fábrica, su chaqueta se enredó en la maquinaria y escapó por muy poco de la muerte.²⁸

Los niños que trabajaban en los pozos de las minas en busca de carbón o metales corrían los mismos riesgos de derrumbamiento y socavones que los mineros adultos, pero a medida que las minas eran más profundas y el aire más enrarecido (la lámpara de seguridad de sir Humphrey Davy permitía que les mandasen a profundidades a las que la vela tradicional no hubiese ardido), la muerte invisible producida por el aire enrarecido se cobraba muchas más víctimas que las provocadas por una explosión o un corrimiento inesperados.

Dadas las condiciones en las que vivía la población obrera, no es fácil atribuir específicamente a las condiciones de trabajo la mala salud, que era en parte un producto de todo el entorno en el que se vivía. En algunos casos, los datos se pueden utilizar de manera retrospectiva. Si hoy en día los médicos modernos han identificado y dado nombres a la enfermedad pulmonar de la bisinosis como causada por la inhalación del polvillo del algodón, es probable que en el aire incluso más cargado de una sobresaturada y mal ventilada fábrica del siglo xix la hilaza se cobrase sus víctimas. Es necesario tener cuidado al sacar estas conclusiones porque no todas las condiciones identificadas con posterioridad se pueden trasladar al pasado. La segunda enfermedad laboral asociada específicamente con el trabajo del algodón, el «cáncer del hilandero que trabajaba en las *mules*» (cáncer de la mano), se asocia al cambio de uso de aceite animal a aceite mineral, que se produjo en 1870.

No faltaron los médicos que tomaron partido por los propietarios de las fábricas: hombres dispuestos a ser benévolos con los efectos de los turnos de trabajo de 16 horas en los jóvenes cuerpos de niños de 9 años, o incluso a sugerir que el trabajo en la fábrica era en realidad beneficioso. ¿Por qué, preguntó sir Robert Peel a sus críticos cuando presentó su *Act* para proteger a los aprendices de las hilanderías en 1816, si las condiciones eran tan buenas, no se tomaban allí unas vacaciones? El profesor Mathias condenaría a los

28. William Dodd, *The Laboring Classes of England*, 1848, reedición en Kelly, Nueva York, 1976, pp. 15-17.

apóstoles extremos del *laissez-faire*, «que se resistían, en nombre de la libertad individual y la pesadilla de la amenaza del desastre, a cualquier limitación impuesta por ley a los empresarios», a los «estratos más profundos del infierno de Dante».²⁹ Yo les haría la concesión de llevarse a sus médicos.

Mejor imagen de su profesión dio Turner Thakrah quien, habiendo investigado de manera concienzuda los aspectos de salud de la mayor parte de los oficios en 1831, y sin subestimar los problemas de los que no trabajaban en las fábricas, sin embargo consideró que el sistema fabril había supuesto un deterioro evidente:

Me situé en la calle Oxford de Manchester y observé las riadas de obreros en el momento en que abandonaban las fábricas, a las 12 en punto. Los niños tenían casi todos mal aspecto, eran pequeños, enfermizos, iban descalzos y mal vestidos. Muchos no *aparentaban* tener más de 7 años. Los hombres, de 16 a 24 años en general, y sin ninguno de edad avanzada entre ellos, estaban casi tan pálidos y delgados como los niños. Las mujeres eran las que tenían apariencia más respetable, pero entre ellas no vi a ninguna que tuviese un aspecto lozano o bello ... Vi, o creí ver, una estirpe degenerada, seres humanos mal desarrollados, debilitados y depravados, hombres y mujeres que no llegarían a viejos, niños que jamás serían adultos saludables. Era un triste espectáculo.

Había escuchado y tomado en consideración los argumentos que atribuían la mala salud de la población obrera a sus costumbres disipadas y a sus malas condiciones de vida:

Y sin embargo, sigo convencido de que, independientemente de los vicios morales y domésticos, el largo confinamiento en las fábricas, la falta de descanso, la vergonzosa reducción de los intervalos de las comidas, y en especial el trabajo prematuro de los niños, reducen de manera muy considerable la salud y el vigor, y explican el mísero aspecto de los obreros.³⁰

29. P. Mathias, *The First Industrial Nation*, Methuen, 1969, pp. 205-206.

30. C. Turner-Thackrah, *The Effects of the Principal Arts Trades and Professions and of civic states and habits of living on Health and Longevity*, 1831, citado en Ward, *Factory System*, 2, p. 29.

La imagen imperecedera de las «sombrias, satánicas fábricas» creada por William Blake se funde con las inolvidables imágenes y descripciones que proceden de las investigaciones contemporáneas para dar lugar a una visión convincente del niño de la fábrica: delgado y pálido, arrastrando un cuerpo mal desarrollado, e incluso deformado, adecuándose a la velocidad constante de la máquina, y haciéndolo durante largas horas del día y de la noche. La denuncia de la situación es convincente. También es polémica, pero no es una imagen falsa por mucho que algunos historiadores modernos intenten «matizar» sus acentos. Pocos ingleses habían visitado las fábricas antes de 1800, pero en la primera mitad del siglo XIX las condiciones de trabajo en aquellas se convirtieron en el tema de un amplio y encendido debate a medida que la creciente conciencia de la nación superaba la resistencia de los propietarios de las fábricas, los economistas políticos y sus aliados parlamentarios. Es un debate que ha continuado entre los historiadores modernos. Puesto que pocos estudiantes llegan a este tema de controversia sin llevar con ellos imágenes medio borrosas de los explotados niños de las fábricas como víctimas, les puede sorprender descubrir que hay algunos historiadores que intentan oponerse a cualquier condena global de la época en que los niños trabajaban en las fábricas. ¿No sería más razonable para ellos, como defensores de la economía de mercado, argumentar que el trabajo infantil fue una etapa necesaria pero pasajera del nacimiento de la economía industrial; una situación concomitante del período de formación de aquella gran liberación de capacidades de producción material que permitió a unas pocas economías afortunadas borrar la pobreza de centurias de desempleo? Podrían señalar la lección de Irlanda, donde la población creció sin el acompañamiento de una revolución industrial. La mayoría de los historiadores moderados seguirían esta línea de razonamiento. Pero hay unos pocos historiadores cuya determinación de defender a los «heroicos» primeros patronos de las fábricas se presenta habitualmente bajo la bandera de la «objetividad». El estudiante no debería dejarse confundir con el rótulo. El motivo es a menudo refutar cualquier sugerencia, hecha por los historiadores «de izquierda», según los cuales el capitalismo era explotador. Se tacha de distorsionadores a pacíficos colectivistas como los Hammond, al mismo tiempo que a Engels y a los marxistas posteriores. Si los tomamos en conjunto, estas «nuevas valoraciones» añadirían desde luego un cierto grado de

moderación a la indignación moral más extrema que tuvo sus exponentes mejor conocidos en los Hammond. Si los examinamos por separado, no parecen mostrar otra cosa que las características de las argumentaciones artificiosas más que de la objetividad.

La causa en favor de la nueva valoración tiene diversas ramas. Una de ellas insiste en que el trabajo infantil no era una novedad introducida por la revolución industrial. Esto es perfectamente cierto: ningún historiador serio sugiere que así fuera, y más arriba hemos tratado la distinta *naturaleza* del trabajo infantil en la economía anterior a la fábrica. Más conflictivo es el debate sobre la calidad de los datos. El grueso de la información que es favorable a la condena del trabajo infantil lo reunieron aquellos que estaban ya comprometidos en el tema, y en muchos casos lo estaban de forma fanática. El estudiante no puede esperar que la información recogida en 1832 por la comisión de Michael Sadler haga otra cosa que dar apoyo a la causa en favor de restringir el trabajo de los niños, puesto que fue preparada por su comprometido compañero Richard Oastler y los comités de obreros fabriles en favor de la reducción de la jornada laboral. Se dieron como representativos los casos extremos y los «mejores» se ignoraron. No es necesario tomar como típicos los ejemplos exagerados de brutalidad manifiesta, pero ello no significa que no ocurriesen. El verdadero tema de discusión es la inherente brutalidad de un sistema que era explotador, por su propia naturaleza, de niños trabajadores de muy corta edad durante largas y duras jornadas de trabajo en condiciones insalubres. Al pasar revista a los peores ejemplos posibles entresacados del informe de 1832, los Hammond dieron una imagen indudablemente impresionista del sistema de fábrica, en su muy leída obra, *Town Labourer*. W. H. Hutt señaló su «delito» en un artículo bastante vulgar de 1926, al que desde entonces se ha hecho sostener la mayor parte de la causa «optimista».³¹ Pero el Informe Sadler no dio paso a la legislación, sino a la táctica retardatoria de convocar un segundo estudio adicional, la Factory Commission de 1833. Es verdad que los datos recogidos por esta investigación eran menos condenatorios del sistema de fábrica,

31. J. L. y B. Hammond, *The Town Labourer*, 1917, reedición en Longman, 1978, caps. 8 y 9; el artículo de W. H. Hutt titulado «The factory system of the early nineteenth century» fue reeditado en F. A. Hayek, ed., *Capitalism and the Historians*, Universidad de Chicago, 1954, pp. 156-184.

lo cual no puede sorprendernos dada su composición. Los historiadores «optimistas», al expresar su preferencia por las conclusiones de ésta, no deberían dejar de señalar tres cosas. En primer lugar, que la mayor parte de los comentaristas contemporáneos la consideraron como un correctivo exagerado; en segundo lugar, que los datos de 1832 pueden ser no representativos, pero no son ni falsos ni fraudulentos; y en tercer lugar, hay que decir que muchos críticos importantes del sistema de fábrica basaron deliberadamente sus críticas en los datos de 1833 para *evitar* las acusaciones de dar una visión sesgada. Esto último es cierto tanto para Peter Gaskell como para Friedrich Engels. Al fin y al cabo, las conclusiones de 1833 fueron finalmente suficientes para dar lugar, en una época de rígido *laissez-faire*, a la intervención legislativa para proteger a los niños que trabajaban en las fábricas de sus patronos.

¿Cuáles fueron, entonces, los resultados de la segunda investigación «menos sesgada» de 1833? Se consideró como un gran mal el riesgo, para la vida y los miembros del cuerpo, constituido por las máquinas sin protección. Algunas fábricas recibían alabanzas por sus esfuerzos en disminuir este peligro pero «hay otras fábricas ... que no son las menos numéricamente, ni las más pequeñas, en las que continuamente ocurren accidentes». No sólo eso, sino que en muchos casos parecía haber poca preocupación por las víctimas de los accidentes: «Se les deja de pagar el salario, no se les proporciona asistencia médica y no reciben compensación alguna, sea cual sea la importancia de la herida». En todas partes, los niños trabajaban las mismas horas que los obreros adultos y en muchos casos los efectos eran:

El deterioro permanente de su constitución física. La aparición de enfermedades a menudo completamente irremediables, y la exclusión total o parcial (debido a la fatiga excesiva) de los medios de obtener una educación adecuada y adquirir hábitos útiles, o de sacar provecho de aquellos medios cuando se les ha dado la oportunidad de tenerlos.³²

Puesto que los niños, a la edad en que sufrían estos daños, no podían actuar libremente, se redactó una causa en nombre de ellos

32. Ward, *Factory System*, 2, pp. 106-107.

para que la legislatura interviniese. La subsiguiente *Act* de 1833 constituyó un hito al extender a los niños «libres» un grado de protección que, aunque estaba limitado a las fábricas textiles, ampliaba de manera considerable el alcance de las *Acts* de 1802 y 1816, que sólo protegían a los aprendices de las hilanderías.

El problema del cumplimiento de esta *Act* se ha descrito con profusión en todas partes, y de forma muy útil lo ha hecho la doctora Henriques.³³ Sólo nos queda señalar cuál es el tipo de suavización que necesita la imagen estereotipada del trabajo infantil explotado en las fábricas de la revolución industrial. Primero es importante no presentar una imagen uniforme e inalterable de las condiciones a lo largo de los, más o menos, primeros cincuenta años del sistema de fábrica. El período más claramente explotador, el del sistema de aprendizaje, había finalizado prácticamente en 1820. Durante aquel lapso de tiempo, las fábricas, situadas en su mayoría en zonas rurales, se habían aprovechado de la mano de obra pobre, y no libre, que proporcionaban las instituciones de las Leyes de Pobres. A esos desafortunados desarraigados se les alojaba en dormitorios colectivos y se les alimentaba escasamente. Incluso en este caso, un moderno defensor de los patronos de las fábricas ha empleado la muy probada táctica de atacar la veracidad de una fuente de información contemporánea profusamente citada; se trata de la obra de John Brown *A Memoir of Robert Blincoe* (1832). El pobre Robert, huérfano víctima de la brutalidad de las primeras fábricas, ha visto despreciados sus sufrimientos y descrita la *Memoir* de manera polémica. Sin embargo, tan «agresivo» es el ataque del doctor Chapman que ha sido rebatido por el profesor Musson, que no es precisamente un historiador de extrema izquierda. Blincoe nació en 1792 y se le mandó desde el asilo de St. Pancras, junto con otros ocho niños, a una hilandería del Nottinghamshire en 1799. Su angustioso relato describe la mala comida, el duro trabajo a lo largo de 14 horas al día, las palizas y los frecuentes accidentes con la maquinaria. Una vez se escapó y, cuando le volvieron a capturar, le azotaron. Pero cuando miraba hacia atrás recordaba esta fábrica como tolerable comparada con la factoría de Elías Needham en el Derbyshire, a la que le habían trasladado en 1803. Allí, a pesar del *Act* de 1802,

33. Ursula R. Q. Henriques, *Before the Welfare State. Social Administration in early industrial Britain*, Longman, 1979, caps. 4 y 5.

sufrió terribles crueldades, que según él eran ocultadas deliberadamente por los ojos, no muy inquisitivos, de los magistrados locales que supuestamente vigilaban la fábrica. Se les daba tan poca comida, que los aprendices cogían las basuras que se habían tirado. Tenían poca ropa y trabajaban 16 horas al día sin interrupción. La muerte por fiebres u otras enfermedades era frecuente. El trato era horrendo y el castigo severo. Sádicos encargados practicaban lo que llegaba al nivel de la crueldad patológica. Blincoe acusa abiertamente al propietario de la fábrica y a sus hijos, no sólo de ser conocedores de la repugnante brutalidad que tenía lugar en su fábrica, sino de participar en ella. El catálogo de sufrimientos que aparece en la *Memoir* es extremo, pero difícilmente se puede descalificar como una invención. Blincoe explicaba sus experiencias en un tono moderado, y otros que habían trabajado en la fábrica confirmaron sus memorias, y él mismo las reiteró bajo juramento. Este relato debe permanecer como una acusación contra la era del aprendizaje. Por supuesto que estas condiciones no eran universales. El mismo Blincoe decía que en centros urbanos como Manchester se inspeccionaban las fábricas de manera más efectiva. Este tratamiento extremo tenía lugar en fábricas rurales aisladas, y hacia finales de la primera década del siglo XIX el sistema de aprendizaje había declinado mucho, de modo que en su testimonio de 1833, el mismo Blincoe afirmaba que las crueldades como las que él había sufrido eran por aquel entonces poco corrientes. Con todo, Chapman quiere defender a Needham incluso en su propia época. Admite que las jornadas laborales eran largas, la dieta monótona y que vivían amontonados, pero afirma que en los informes de los magistrados locales no se hacía mención de crueldad, enfermedad o muerte. Así es, pero una de las quejas más importantes de Blincoe hacía referencia a los magistrados que iban a la fábrica a comer y beber bien con el propietario, y apenas si prestaban atención a las condiciones que supuestamente debían revisar. ¿Por qué deberíamos considerar que la información de hombres como estos era «objetiva» y en cambio se desprecia al autor de la *Memoir* como un «simplón sensacionalista»? El mismo Blincoe llegó a ser un pequeño empresario industrial, señala Chapman, pero ¿qué importa esto? No existe el más mínimo indicio de que fuera un mal patrono. Como ha señalado el profesor Musson, en su declaración para la investigación de 1833, Blincoe estaba denunciando la explotación, no condenando el sis-

tema de fábrica en sí mismo. Quizá valdría la pena señalar, de paso, que su declaración se hizo ante la comisión de 1833 y no para la supuestamente sesgada investigación de 1832. Es difícil poner en cuestión la siguiente conclusión del profesor Musson:

No cabe duda de que muchos niños eran explotados y maltratados en las primeras fábricas textiles, de que se les utilizaba como mano de obra fabril barata, de que sus jornadas de trabajo eran con mucho demasiado largas, que eran corrientes los accidentes, la mala salud y las deformidades, y que se les aplicaban a menudo castigos crueles. No hay duda de que, como afirma la *Memoir*, el propietario de Litton Mill [Needham], «aunque quizás era el peor de su especie, no estaba solo».³⁴

Desde luego, la *Memoir* es parcial: ¿cómo podría ser de otro modo? Pero a menos que se diga que desde el principio al final todo es tergiversación deliberada, su impacto sigue siendo asombroso. La defensa que el doctor Chapman hace de algunos de los patronos que contrataban trabajo infantil se halla en la obra, *The Early Factory Masters*, que es globalmente un trabajo académico importante sobre la industria del hilado en las Midlands. Pero, ¿de qué vale una «defensa» que da constancia de que en una fábrica más de la tercera parte de los aprendices reclutados murieron, se fugaron, o tuvieron que ser devueltos? De 780 aprendices contratados por esa empresa, sólo constan dos que más tarde estuviesen empleados como obreros adultos. Era una «buena» empresa. El doctor Chapman no está dispuesto a perdonar el sadismo de Needham y sus encargados, pero considera importante que se «relacione con la conciencia del período». Sobre la acusación de que se colgaba a los niños por los brazos encima de la maquinaria, dice lo siguiente:

Los castigos crueles infligidos a los niños no eran raros en el siglo XVIII, y dos de los descritos ... eran defendidos de hecho por educadores progresistas ... Lancaster ideó un elaborado código de recompensas y castigos, entre los que se encontraba «el madero», que con-

34. *A Memoir of Robert Blincoe*, Manchester, 1832. El ataque del doctor Chapman al valor de la *Memoir* como fuente se encuentra en: *The Early Factory Masters*, David and Charles, 1967, pp. 199-209. El valor de la *Memoir* fue reafirmado por el profesor A. E. Musson, *Trade Union and Social History*, Cass, 1974, cap. 9: «Robert Blincoe and the early factory system».

sistía en un trozo de madera que pesaba de cuatro a seis libras y que se fijaba en el cuello del niño o niña culpables de su primera falta por hablar. Al mínimo movimiento en un sentido u otro el madero operaba como un peso muerto en el cuello. Needham trató de copiar, de manera evidente, esta progresiva idea de la época. Las faltas más serias tenían su castigo apropiado en el código de Lancaster: esposas, el «carromato», la burla y el cepo, y la «jaula». Esta última era un saco o cesto en el cual se ponía a los que cometían las faltas más graves y se colgaba del techo. Needham recoge también claramente esta idea, pero se dice que sus niños eran colgados por los brazos sobre las máquinas.³⁵

Los estudiosos del debate sobre el trato que recibían los aprendices de las fábricas deberían recordar que se presume que la posición objetiva es la del jurado, no la del abogado defensor.

Cuando empezó el debate sobre la fábrica, en la década de 1820, la época de los aprendices pobres se había acabado prácticamente, y la mano de obra infantil se reclutaba en su mayor parte entre los niños a los que sus padres colocaban y no era extraño que trabajasen con ellos. Incluso en el caso de que se pueda dudar de la eficacia de la legislación fabril después del año 1833, parece que hay buenas razones para suponer que las condiciones mejoraron a finales de la década de 1830 y en la de 1840. Engels da fácilmente una impresión, al lector poco atento, de que las condiciones que relata y que están extraídas de la investigación de 1833 son completamente representativas de las condiciones que había cuando escribió el libro en 1844. Para entonces, comentaristas con una inclinación favorable como William Crooke Taylor podían decir de manera burlona ante el «estallido de compasión sentimental», dirigido hacia los niños obreros, que había «privado a la isla de su decoro»: «Recuerdo muy bien que la primera vez que visité una hilandería sentía algo parecido a la decepción al no descubrir las tolvas en las que se tiraba a los niños». De todas formas, está claro que Crooke Taylor estaba familiarizado mayoritariamente con fábricas dirigidas de forma excepcional. Esto se daba a entender cuando *destacaba* el cuidado con que se protegía la maquinaria en uno de sus establecimientos favoritos. Tenía tendencia a trasladar las condiciones de la década de 1840 a la de 1830 y, de todos modos, no se puede suponer que real-

35. Chapman, *Early Factory Masters*, pp. 170-171, 203-204.

mente hubiese estado «satisfecho» de cambiar su «pequeño estudio» por el espacio de trabajo del hilandero de algodón.³⁶ Un asunto que se comentaba en aquella época era que la reforma de las fábricas, una vez consolidada, se debió de extender con rapidez hasta el punto de que en la década de 1840 se podían encontrar muy pocos dispuestos a admitir que se habían opuesto a ella.

El lenguaje de los dirigentes del movimiento fabril era a menudo extremo. Iba *dirigido* a influir en la opinión pública, como cuando Richard Oastler invocó la imagen de la «esclavitud del Yorkshire» en una carta al *Leeds Mercury*, en 1830, sobre las condiciones de trabajo en las fábricas de estambre de Bradford: «Miles de nuestras criaturas amigas y súbditos como nosotros, tanto hombres como mujeres, los miserables habitantes de una ciudad del Yorkshire ... están en este mismo momento viviendo en una situación de esclavitud más horrible que la de las víctimas de aquel sistema infernal de "esclavitud colonial"». Cargaba la atmósfera de emoción, pero utilizaba también por analogía un tema que preocupaba a los contemporáneos, para señalar la existencia de otro. Un destacado historiador «optimista» parece encontrar poco apropiada la imagen de la esclavitud, pero no parece que ésta le presente la misma dificultad a uno de los más recientes historiadores de los niños ingleses, que es a su vez especialista en la historia de la esclavitud.³⁷ Deberíamos recordar nosotros mismos que el horror que sienten los lectores actuales era compartido por los contemporáneos, incluyendo a políticos *tories*, periodistas, gentes humanitarias desinteresadas, un desmesurado número de sacerdotes anglicanos, así como algunos propietarios ilustrados de fábricas en una época más severa que la nuestra. Si algunos historiadores modernos, que carecen de sensibilidad, les consideran simplemente como agitadores en favor de la reforma de la fábrica, es una lástima para nuestra época.

36. Citado en Ward, *Factory System*, 2, pp. 63-64.

37. *Ibid.*, p. 74; R. M. Hartwell, *The Industrial Revolution and Economic Growth*, Methuen, 1971, cap. 17, «Children as slaves»; pero véase J. Walvin, *A Child's World*, Penguin, 1982, p. 62.

Tercera parte

LA COMUNIDAD

grado de independencia respecto de la caridad y la beneficencia en situaciones de enfermedad y para los gastos de entierro en base a un seguro mutuo; y la convivencia en sus reuniones mensuales celebradas en los locales públicos y las ceremonias de sus fiestas anuales y procesiones estaban completamente llenas de rituales e insignias. En su famoso estudio de 1797, sir Frederick Eden señalaba que ninguna institución había progresado jamás hasta tal punto en un período de tiempo tan corto, como las sociedades de socorro mutuo durante los últimos años del siglo XVIII. En 1801 hizo una estimación de 7.200 sociedades con 648.000 miembros; en 1815 los inspectores de las Leyes de Pobres estimaron que tenían 925.429 miembros. La mayoría de ellos pertenecían a sociedades locales que tenían una media de 100 afiliados y muy pocas veces sobrepasaban los 200; había una concentración desproporcionada en los distritos manufactureros, con el Lancashire a la cabeza que tenía el 17 por 100 del número total de sociedades en 1821, mientras que la proporción menor de población organizada en sociedades se encontraba en los condados rurales. En 1870 la afiliación había alcanzado los cuatro millones, comparada con los 500.000 de las *trade unions*, en las que la influencia de las órdenes afiliadas, como los Guardabosques o los Oddfellows,* había crecido desde la década de 1830. En los pueblos donde existían, reforzaban la identidad de la comunidad; en las ciudades, ayudaban a construirla, dando oportunidades para la asociación y la pertenencia, que de otro modo eran escasas en la sociedad industrial emergente.²⁶

* Miembros de una sociedad, fraternidad u orden secreta con fines sociales o de socorro mutuo. (*N. de la t.*)

26. J. F. C. Harrison, *The Common People. A History from the Norman Conquest to the Present*, Fontana, 1984, pp. 271, 276-277; P. H. J. H. Gosden, *Self-Help. Voluntary Association in Nineteenth-Century Britain*, Batsford, 1973, pp. 9-28. El doctor Gosden es uno de los pocos historiadores que han estudiado a fondo el tema de las sociedades.

7. LA FAMILIA

El impacto de los cambios económicos de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX sobre la familia, y en especial la aparición del sistema de fábrica, fueron la causa de un pesimismo profundo y continuado entre muchos contemporáneos. En diversos sentidos el orden de la fábrica se sintió como una ruptura de otro orden más «natural». Era el nuevo ritmo de trabajo dictado por la máquina, que desplazaba el ritmo manual y extendía un nuevo control sobre los procesos de trabajo. Era la imposición creciente del trabajo nocturno y por encima de todo era el empleo creciente de las mujeres y los niños fuera del hogar. William Wordsworth captó estos sentidos de la fábrica como una «ofensa contra la naturaleza». Una «luz artificial» permitía que «la mano de obra que nunca descansa» trabajase de noche, una ofensa que se acentuaba con los llamamientos de una sirena «a la labor incesante», «de un significado más cruel que la colina del toque de queda / Que simbolizaba la severa orden impuesta por el Conquistador Normando [dirigida no sólo a los hombres sino a las] doncellas, los jóvenes / La madre y los niños pequeños, los muchachos y las chicas».¹

Las reacciones coetáneas al empleo en las fábricas de las mujeres y los niños en un trabajo «antinatural» podían tener un carácter enérgico y emotivo. Richard Oastler afirmó que «la violación de la naturaleza sagrada del hogar» era «la mayor maldición del sistema de fábrica», mientras que lord Shaftesbury lo consideraba como una amenaza al mismo núcleo central de la sociedad:

1. *The Excursion*, 1814.

Los efectos del sistema sobre los varones son muy lamentables, pero sobre las mujeres son infinitamente peores ... no sólo sobre ellas mismas sino sobre sus familias, sobre la sociedad [y] sobre el mismo país. Bastante malo es corromper al hombre, pero si se corrompe a la mujer se envenenan las aguas de la vida y la misma fuente.

La vida doméstica y la disciplina llegarían pronto a su fin y la sociedad llegaría a estar formada por «individuos que no estarían ya agrupados en familias; tan temprana es la separación del marido y la esposa, de los padres y los hijos».²

La polémica más viva, y quizá la que tuvo una mayor influencia, fue la obra de Peter Gaskell *Artisans and Machinery*, escrita en 1836. En opinión de Gaskell los resultados de la transición desde el sistema doméstico al de fábrica fue simplemente catastrófica para la familia obrera textil:

La temeridad, la imprevisión y la pobreza innecesarias, la miseria, la embriaguez, la crueldad de los padres y el descuido, la desobediencia de los hijos, el abandono de los derechos conyugales, la ausencia de amor maternal, la destrucción del afecto entre hermanos y hermanas son a menudo sus componentes y los resultados de tal combinación son la degradación moral, la ruina de los placeres domésticos y la miseria social.

El fuerte ataque de Gaskell contra el sistema de fábrica influyó claramente en Engels, quien situó el impacto de los nuevos métodos de producción sobre la familia obrera en el primer plano de su posteriormente mejor conocida crítica de 1844: «El empleo de la esposa disuelve la familia de manera completa e inevitable, y esta disolución, en nuestra sociedad actual, que se basa en la familia, tiene las consecuencias más desmoralizadoras tanto para los padres como para los hijos». Al ser abandonados por sus madres obreras y al trabajar ellos mismos un gran número de horas fuera del hogar desde una edad muy temprana, los niños no tenían una verdadera experiencia de la vida de familia y al crecer «como hierbas salvajes» contribuían a su vez a la «ruina general de la familia en la clase obrera».

2. Citado en Sally Alexander, «Women's work in nineteenth-century London; a study of the years 1820-1850», en J. Mitchell y A. Oakley, eds., *The Rights and Wrongs of Women*, Penguin, 1976, pp. 61-62; E. Hodder, *Life of the Seventh Earl of Shaftesbury*, 1886, p. 234.

La casa pasó a ser considerada simplemente como alojamiento, en el que, debido al sistema de turnos o relevos, «los miembros de la familia tenían un contacto mínimo los días laborables».³

¿Cuáles eran las bases más importantes para estos ataques? Principalmente, la reacción de aversión que surgía del contraste con una imagen estereotipada construida a partir de las supuestas características del hogar de los tejedores y de la vida de familia durante el período de la industria rural. Muy pocas veces los críticos hacían sus comparaciones al margen de la industria textil. Antes de la fábrica, el tejedor era el cabeza de una unidad familiar integrada de reproducción, producción y consumo. La esposa dividía su tiempo entre la ayuda al esposo y el cuidado del hogar y los hijos que se introducían poco a poco en el mundo laboral aportando su trabajo en las tareas adecuadas para su edad que sus padres les asignaban. Así, a los hijos varones se les enseñaba el oficio del padre, mientras que las niñas aprendían a contribuir en las necesidades de trabajo subsidiario de la industria familiar y, de sus madres, aprendían las tareas y habilidades necesarias para el gobierno doméstico y del trabajo en el hogar. Por tanto, al niño, en el hogar, se le enseñaba, se le socializaba, se le limitaba, condicionaba y protegía del contagio moral. Según Gaskell, cuando el niño, alrededor de los quince años, era ya «completamente útil» por su contribución regular a los esfuerzos productivos de la familia, había aprendido por «experiencia diaria los hábitos de subordinación a sus mayores». Los muchachos accedían gradualmente a los ingresos completos en un momento en que los «impulsos de la pubertad» necesitaban control, y el trabajo, al mantener a los jóvenes ocupados en el hogar, les mantenía al mismo tiempo alejados del mal ejemplo. El trabajo en casa, en compañía de hermanas, hermanos y padres, lejos del peligroso «calor» de la fábrica era «lo más anodino, lo mejor para aquietar y mantener en sus debidos límites sus nacientes pasiones, mientras sus instintos morales y sociales estaban en un proceso de cultivo incesante».⁴

El orden era el patriarcado incontestado, y la división sexual del trabajo exigía que los miembros femeninos ayudaran en la confec-

3. P. Gaskell, *Artisans and Machinery. The Moral and Physical Condition of the Manufacturing Population*, 1836, reedición en Cass, 1968, p. 89; Friedrich Engels, *The Condition of the Working Class in England*, 1845, Granada, 1969, p. 172.

4. Gaskell, *Artisans and Machinery*, pp. 61-63.

ción de los paños, a la vez que les asignaba la mayor parte de las tareas domésticas. Como no se reconocían «intereses separados o distintos», todos los ingresos iban a la bolsa común. La posición del padre como principal sustentador de la familia dependía del trabajo auxiliar, que generalmente no recibía una remuneración por separado: en realidad, había un salario familiar.

Aunque esta es una imagen idealizada, sin embargo los mismos tejedores podrían suscribirla. Uno de ellos, de Bolton, en 1824, declaraba que en los viejos tiempos de buenos precios los niños trabajaban en casa donde se les criaba con una «buena instrucción moral ... ahora ... les mandan a las fábricas, y esto es un gran agravio para los sentimientos de un hombre moral, que no puede criar a sus hijos bajo su propia mirada».⁵ Por supuesto, las familias no eran círculos en los que el afecto estuviese garantizado. A menudo, a los hijos se les enseñaban oficios que estaban ya sobresaturados, mientras que las elecciones de las hijas quedaban todavía más circunscritas. Pero con todo existe un contraste evidente entre la industria que se hacía en los *cottages* y la fábrica, en la que los miembros de la familia trabajaban como individuos fuera del hogar, desde una edad muy temprana y durante largos turnos de trabajo. Un poema sobre el West Riding de hacia 1730 transmite algo de la integración de las tareas industriales y domésticas en el hogar de un tejedor; tareas en las que también se incluían los miembros que no pertenecían a la familia, como los aprendices y los criados que vivían en la casa o los oficiales:

Dice el patrón: «Muchachos os ruego que trabajéis con ahínco,
El paño debe estar listo el próximo día de mercado.
Y Tom tiene que ir mañana a casa de los hilanderos,
Y Will tiene que ir a buscar las bobinas;
E ir a la casa de aprestos para aprestar los paños,
Y hacer que os preparen el urdido de la pieza
Para que podáis montarla en el telar.
Joe, ve a darle pienso a mi caballo
pues mañana quiero ir a los Wolds;
Así que encárgate de limpiar mis botas y mis zapatos ...
Mary, aquí hay lana, cógela y tíñela ...».

5. *Fifth Report of Select Committee on Artisans and Machinery*, B.P.P., 1824, V, p. 397.

Pero Mary que es el ama del hogar, tiene cosas que decir sobre la asignación de estas tareas además de la considerable carga doméstica:

Ama: «Qué trabajo debo hacer,
 Creo que es más necesario que zurza tu camisa,
 Te ruego que me digas, ¿quién debe sentarse en el torno de hilar?
 ¡Y nunca hay un solo bizcocho en la cesta!
 Y nosotras tenemos que cocer al horno, amasar y mezclar,
 Y ordeñar y mandar a los niños a la escuela,
 Y hacer pastelitos de frutas para los muchachos,
 E ir a buscar levadura enferma y todo
 Y fregar platos, mañana, tarde y noche,
 Y lavar las escudillas con agua caliente y desnatar la leche,
 ¡E ir otra vez a por los niños cuando anochece!».

El marido reconoce cierta razón a su queja, pero ella y la joven criada deben levantarse igualmente «pronto y faenar de un lado a otro y hacerlo todo»,

Porque todo se debe dejar de lado,
 Cuando necesitamos ayuda en nuestro oficio.⁶

Deberíamos señalar que los hogares tejedores del West Riding tenían un mayor grado de «independencia» comparados con las otras áreas pañeras. Con frecuencia, los patronos pañeros con pequeños talleres se encontraban en una doblemente distinta situación en esta región. Se solía señalar su superioridad tanto por encima de

6. Citado en J. G. Rule, *The Experience of Labour in Eighteenth-Century Industry*, Croom Helm, 1981, pp. 38-39. («Quoth Maister —'Lads work hard I pray / Cloth mun be peark'd next market-day, / And Tom mun go tomorn to t'spinners; / And Will mun seek about for t'swingers; / And go t'sizing mill for sizing, / And get your web and warping done / That ye may get into t'loom / Joe, go give my horse some corn / For I design for t'Wolds tomorn / So mind and clean my boots and shoon / Mary —there's wool take thee and dye it / ... / So thou's setting me my work, / I'd think I'd more need mend they sark, / 'Prithie, who mun sit a bobbin wheel? / A ne'er cake at top o'th'creel. / And we to bake; and swing and blend / And milk, and bairns to school to send, / And dumplings for the lads to make, / And yeast to seek, and syk as that! / And washing up, morn, noon and neet, / And bowls to scald, and milk to fleet, / And bairns to fetch again at neet! / For all things mun aside be laid / When we want help about our trade.»)

la separación del trabajo con respecto al capital, que trajo consigo el *putting-out system* en el oeste, como del nuevo sistema de fábrica. En este último caso la cuestión central es el divorcio del trabajo y el hogar y el consiguiente desmembramiento del grupo familiar como una unidad de trabajo. En este contexto, el surgimiento de la fábrica afectó las vidas tanto de los obreros rurales «dependientes» como de los «independientes». Al subrayar las habilidades domésticas y las funciones de las componentes femeninas, el poema se relaciona con un segundo aspecto de la reacción de los coetáneos: al trabajar la esposa fuera del hogar, se argumentaba, ya no podía velar por la provisión del bienestar doméstico y atender de manera adecuada el régimen alimentario de la familia y otras necesidades. A ello se añadía que, al trabajar desde tan jóvenes en las fábricas, sus hijas no podían recibir el necesario aprendizaje doméstico. Por consiguiente, dejaban mucho que desear como esposas y madres cuando a su vez se casaban a una edad demasiado joven, debido a la promiscua mezcla con los hombres jóvenes en las fábricas.

De los nuevos modos de producción se desprendía también otro tipo de presiones. Las fábricas, se decía, proporcionaban trabajo para las mujeres y los niños a gran escala, pero proporcionalmente ofrecían menos a los hombres. Una disposición de los comisarios de la Ley de Pobres dictada en 1835 para fomentar la emigración de familias a los distritos manufactureros aconsejaba que las viudas con familia numerosa, o los hombres con oficios como los zapateros o los herreros, serían los más adecuados, puesto que las fábricas no podían preparar a los trabajadores que ya estaban formados para que se convirtiesen en hilanderos y por lo tanto jamás podrían conseguir elevarse por encima de «los empleos inferiores y peores».⁷

Se destruiría el orgullo y la posición del cabeza de familia, a medida que se hundía en una situación de dependencia respecto de los salarios fabriles de su esposa y sus hijos. Engels denunció este cambio desde una posición de superioridad a otra de subordinación:

Esta condición que asexúa al hombre y roba toda la feminidad a la mujer, sin que sea capaz de ofrecer al hombre una verdadera femi-

7. Citado en N. J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution. An Application of Theory to the Lancashire Cotton Industry 1770-1840*, Routledge and Kegan Paul, 1959, pp. 202-203.

nidad o a la mujer una verdadera masculinidad; esta condición que degrada, de la forma más vergonzosa, a ambos sexos, y a través de ellos a toda la Humanidad es el resultado último de nuestra muy alabada civilización.

Marx comparaba la situación del artesano cualificado, que se había mantenido como un vendedor «independiente» de su fuerza de trabajo, con su condición reducida a la de «tratante de esclavos» que vendía el trabajo de su esposa y de sus hijos. No fue el único que empleó esta imagen. «¿Cuál es, atronaba Richard Oastler, el principio más envilecedor de la naturaleza humana que se ha alimentado con la esclavitud en África? Que un padre esté tan terriblemente desmoralizado que llegue a vender a sus hijos a cambio de oro.»⁸

LA FAMILIA Y LA FÁBRICA

El hecho de que los niños que entraban a trabajar en las fábricas no sólo trabajaban fuera del hogar sino que además se les separaba de la vigilancia y el control paternos parecía una consecuencia evidente del nuevo modo de producción. Sin embargo, esta opinión recibió un fuerte desafío por parte del socialista N. J. Smelser en un prestigioso libro publicado en 1959. Smelser no negaba la separación final de los niños obreros con respecto a sus padres en la fábrica, pero argumentaba que esta separación no se había dado desde el principio del sistema de fábrica sino alrededor de 1820, cuando la evolución tecnológica en el hilado y la introducción de la fuerza motriz del vapor en el tejido acabó con un período en el que el hilandero adulto que trabajaba con una *mule* reclutaba a sus propios hijos para que le ayudasen en la hilandería. El período que va hasta 1820 aproximadamente fue de transición para la familia textil y precedió a los cambios de los años 1820-1840 que redefinieron sus funciones económicas y diferenciaron agudamente los papeles de sus miembros. Las primeras hilanderías, que por lo general utilizaban la fuerza motriz de las corrientes de agua y estaban situadas

8. Engels, *Condition of the Working Class*, p. 174; citado por Smelser, *Social Change*, p. 280.

en zonas rurales, contaban con el reclutamiento de trabajo «no libre» de los niños aprendices de los asilos y tuvieron poco impacto sobre las estructuras de la fábrica textil. Y por supuesto, cuando las hilanderías rurales reclutaban trabajo «libre», daban preferencia a la contratación de familias enteras de las zonas agrícolas más que de las áreas con industria doméstica textil.

La ruptura de la familia dedicada a las actividades textiles empezó en la década de 1820. Fundamentalmente sus cambios en el tiempo estuvieron influidos por cambios tecnológicos. Antes de este momento, aunque debido al rápido declive del sistema de aprendices pobres alrededor de 1800 acudiese masivamente a la fábrica la mano de obra infantil libre, sus condiciones de reclutamiento y de empleo permitían que las funciones y relaciones de la familia tradicional continuasen en el nuevo puesto de trabajo. Como los obreros hilanderos contrataban a sus barrenderos y *piecers*, escogían a los familiares: esposa e hijos. Por tanto, a muchos niños los llevaron sus padres a las fábricas. Un niño de ocho años entraba a trabajar como barrendero de su padre. Si se creía que en el futuro podía ser hiladero, pasaba a ser *piecer*, es decir ataba los cabos de las hebras rotas, durante unos cuantos años. Se le enseñaba a hilar hasta que, un poco antes de los veinte años, llegaba a ser hiladero. La relación de aprendizaje entre padre e hijo estaba codificada en muchos de los primeros reglamentos de las *trade unions* de hilanderos que intentaban impedir que los hilanderos reclutasen aprendices fuera de las reducidas clases de los propios hijos, hermanos, sobrinos, etc. Esto era un reflejo de las restricciones en el reclutamiento comunes a muchos oficios artesanales en los que los trabajadores intentaban proteger su oficio frente a la inundación de trabajo barato.

Normalmente, el hiladero pagaba a sus ayudantes de sus propios ingresos, sin hacer ningún trato directo con el patrono de la fábrica. Al emplear, enseñar e incluso pagar a sus propios hijos o a otros niños estrechamente relacionados con ellos, los hilanderos perpetuaban los valores familiares tradicionales y las estructuras de autoridad que existían cuando trabajaban con sus hijos. Esta situación empezó a llegar a su fin en la década de 1820, y su desintegración se aceleró en la siguiente. El aumento de los salarios reales pudo hacer que algunos hilanderos adultos sacasen o al menos retrasasen el ingreso de sus hijos al trabajo fabril, mientras que a su vez el rápido declinar del oficio de los tejedores manuales aumentaba la tendencia de éstos

a mandar a *sus* hijos a la fábrica. Cuando en este período se extendió el tejido mecánico, no se reprodujo el período de transición que se había dado en las familias de los primeros hilanderos que trabajaban con *mule*. El tejido mecánico fue mayoritariamente un empleo para las mujeres jóvenes. Los niños que ayudaban (*dressers*) eran directamente contratados por los empresarios y no había aproximación alguna al sistema de instrucción paterna y de supervisión.

Estos apremios, insiste Smelser, sólo se hicieron visible en la década de 1820; antes de este momento, «a pesar de las largas jornadas laborales y otras situaciones difíciles, este tradicional sistema de la familia-en-la-fábrica permitía tanto tener unos ingresos familiares más elevados como mantener muchos valores tradicionales». Smelser da una particular importancia a su argumento para explicar por qué la reforma de la fábrica se convirtió en un tema de debate tan emotivo en la década de 1830, a pesar de que las condiciones, si es que habían mejorado, lo habían hecho desde los primeros años del siglo XIX. El descontento empezó cuando «desapareció» la era de la «familia en la fábrica» y no tuvieron vigencia la responsabilidad paterna para la supervisión y la protección de sus hijos. Señala las quejas acerca de que los tejedores que trabajaban con telares mecánicos, jóvenes que no tenían ninguna relación con sus ayudantes infantiles, sobrecargaban de trabajo a los niños para mantener sus propios ingresos que se basaban en el sistema de trabajo a destajo.⁹

Los argumentos de Smelser han recibido ataques en distintos terrenos. Se ha demostrado en particular que es improbable desde el punto de vista demográfico que se produjese una sucesión regular de la prole que iba a la fábrica para ayudar al padre hilandero a lo largo de su vida laboral. El profesor Anderson ha señalado que muy pocos hilanderos de los que trabajaban con las *mules* habrían podido tener, en cualquier momento de su vida laboral, suficientes hijos con la edad adecuada para trabajar como *piecers* para ellos. Más de una tercera parte de los hilanderos de Preston no tenían en 1851 *ningún* niño que viviese con ellos, mientras que un poco más de la mitad no tenían ninguno entre las edades de 8 y 19 años. Otro

9. La argumentación de Smelser y los datos que la fundamentan se pueden encontrar en los capítulos 9 a 11 de *Social Change*. Los estudiosos poco familiarizados con el vocabulario sociológico y los enfoques de esta disciplina pueden dejar de leer los primeros capítulos que tienen un carácter altamente teórico.

17 por 100 tenía sólo un hijo perteneciente a este grupo de edad. En las fábricas de Preston, en 1816, sólo el 11,6 por 100 de los niños obreros estaban empleados por los padres o hermanos (el 24,5 por 100 en el distrito que rodeaba la ciudad). Puesto que los hechos demográficos la contradicen, la teoría de Smelser sobre la «familia en la fábrica» sólo puede haber tenido una aplicación limitada. Los hilanderos de algodón necesitaban más niños ayudantes que los que podían proporcionar, de modo que a menudo se trataba de niños con los que no tenían una relación de parentesco. Esto debió de ser tan cierto antes de 1820 como después de esta fecha. Es muy posible que después de 1820 entrasen en las fábricas más hijos de los cada vez más miserables tejedores manuales, y también es posible que los hilanderos, mejor remunerados, no mandasen a sus hijos, pero no he encontrado pruebas importantes que apoyen esta última afirmación de Smelser. Cualquier tendencia a no trabajar con los padres sólo pudo ser insignificante, puesto que desde un primer momento la proporción que trabajaba con aquéllos era pequeña. La idea de que se dio un cambio crucial en la naturaleza del impacto de la industrialización sobre la familia de trabajadores textiles en los años posteriores a 1820 tiene pocos visos de parecer válida.¹⁰

Esta teoría tiene otras dificultades, algunas de las cuales son visibles también en el debate contemporáneo sobre el impacto del sistema de fábrica sobre la familia. El hecho de oponer la familia de trabajadores fabriles textiles a una imagen de la familia «indiferenciada» de los tejedores manuales ha hecho que muchos estudiosos llegasen a creer que la primera mano de obra fabril se reclutó en el sector del tejido manual en decadencia. En realidad no fue así: sólo muy pocos tejedores manuales entraron a trabajar en las fábricas. Un análisis de la población que inmigró a Preston, una de las ciudades algodonerías que más deprisa crecieron, ha mostrado que sólo un 9 por 100 de ellos procedía de poblaciones industriales, y otro 8 por 100 de poblaciones con actividad mixta. Fue un gran número de antiguos braceros agrícolas, así como gentes de otras ciudades, que

10. M. S. Anderson, «Sociological history and the working-class family: Smelser revisited», *Social History*, 3, octubre de 1976, pp. 317-334; presenta una crítica continuada, lo mismo que M. M. Edwards y R. Lloyd Jones, «N. J. Smelser and the cotton factory family: a reassessment», en N. B. Harte y K. G. Ponting, eds., *Textile History and Economic History*, Manchester University Press, 1973, pp. 304-319.

pertenecían a familias ya diferenciadas que no trabajaban juntas como una unidad productiva. Difícilmente, pues, podrían experimentar «descontento» por la ruptura de la familia como unidad de trabajo.¹¹

Puesto que sólo un 12 por 100 de personas menores de 18 años, correspondientes a 13 fábricas de Preston en 1816, y sólo un 25 por 100 en 11 hilanderías registradas en otras zonas, estaban empleadas por sus padres, hermanos o hermanas, mientras que, a principios de la década de 1830, Shuttleworth daba unas cifras de sólo un 15 por 100 de parientes entre los 3.000 *piecers* que trabajaban con 837 hilanderos de calidad, es evidente que los años que van de 1825 a 1830 no estuvieron marcados por ningún cambio significativo o súbito en la naturaleza y el alcance del empleo fundamentado en la familia en las fábricas. Los hilanderos cualificados que trabajaban con las *mules* se llevaban a sus propios hijos a trabajar cuando tenían la edad adecuada. Naturalmente, intentaban asegurar que sus hijos aprendiesen para llegar a ser hilanderos de *mules*. Al preocuparse por esto no hacían otra cosa que actuar según la antigua tradición de los obreros cualificados, tanto para asegurar el futuro de sus propios hijos, como para limitar la afluencia al oficio. Esta tradición se codificaba en las prácticas y las sanciones de las *trade unions*. En este aspecto, como en tantos otros, se debería considerar a los hilanderos de las *mules* como «artesanos en las fábricas». La generalización de las experiencias de este grupo de elite al del proletariado de las fábricas tiene pocas posibilidades de ser provechosa.¹²

David Vincent ha señalado que el legado más importante que un padre perteneciente a la clase obrera podía dejar a sus hijos varones era el aprendizaje de un oficio y el «derecho» de ejercerlo con la conciencia de pertenecer a un oficio artesanal. Sólo contadas veces el hijo de un hombre que no estuviese en situación de concederle esta esperanza podía salir de las vulnerables filas de los no cualificados. A pesar de que la inseguridad era parte de la vida de muchos de los que se encontraban en los oficios cualificados, el abismo entre los cualificados y los no cualificados era real. A medida que un niño

11. M. S. Anderson, *Family Structure in Nineteenth-Century Lancashire*, Cambridge University Press, 1971, pp. 37-39; se pueden consultar los orígenes de los inmigrantes.

12. Anderson, «Sociological history», p. 324.

empezaba a trabajar en la economía de su familia ocupaba también su lugar en el estrato social de su padre. Para los hijos de los hilanderos de algodón establecidos, el viejo papel paterno de la instrucción en una profesión que se heredaba persistió dentro de la fábrica, pero para muchas familias el ingreso de los hijos para trabajar en las fábricas significó la ruptura o incluso la abolición de un papel paterno de instrucción, porque a la vez alteraba el delicado equilibrio entre la crianza y la explotación poniendo en cuestión toda la relación entre el aprendizaje y el trabajo de los niños. Mientras los hilanderos de las *mules* evitaron esta ruptura, evitaron también su participación en una experiencia más general.¹³

Parecidas tradiciones persistían en las áreas mineras en las que los picadores cualificados (o en el caso de los mineros del metal de Cornualles, los *tributers*) se llevaban a sus hijos o sobrinos bajo tierra, para iniciar el proceso de aprendizaje gracias al cual llegarían a ser, alrededor de los 18 años, obreros cualificados que trabajarían en el tajo de la mina. Pero estas prácticas no eran universales, porque en las cuencas mineras de las Midlands, a mediados del siglo XIX, prosperaba el *butty system*, por el cual los intermediarios hacían un uso notoriamente explotador de los aprendices pobres, a quienes se despedía al final de su época de aprendizaje. Angela John ha indicado que la exclusión del trabajo de las mujeres bajo tierra no fue mal recibida en algunas cuencas mineras, puesto que afianzaba la idea de que el trabajo subterráneo era un coto masculino; y las tareas que anteriormente hacían las mujeres y los niños en las galerías se convirtieron en parte del período de «aprendizaje» del minero varón.¹⁴

El parentesco era verdaderamente importante. Anderson ha subrayado su papel prominente para asegurar el empleo en las fábricas y su persistente valor hasta finales de la década de 1840, tanto para el empleado como para el patrono. Dentro de este período, los cambios de las décadas de 1820 y 1830 parecen tener una importancia mínima. La consecuencia principal de la *Factory Act* de 1833 fue que obligó a que los niños permanecieran un año más en el hogar

13. D. Vincent, *Bread, Knowledge and Freedom: A Study of Nineteenth-Century Working-Class Autobiography*, Methuen, 1982, pp. 64-65.

14. Angela V. John, *By the Sweat of their Brow. Women Workers at Victorian Coal Mines*, Croom Helm, 1980, p. 23.

con la madre, pero puesto que el padre trabajaba fuera del hogar, había ya jugado un papel mínimo en la socialización de sus hijos hasta los 8 años antes de 1833, y por lo tanto el año añadido apenas era significativo. Tampoco se debería dar una importancia muy grande al hecho de que ahora los niños de 9 a 15 años tuviesen que pasar una mayor parte de su tiempo en casa y una muy pequeña (y a menudo incumplida) parte en clase. Smelser destaca la importancia de los cambios tecnológicos de este período que, al aumentar la proporción de niños por trabajador adulto, obligaron a los hilanderos a reclutar en mayor medida niños fuera de la familia. Esto es posible que ocurriese, aunque con un alcance menor del que sugiere Smelser, pero incluso en el caso de que así fuera no afectaría la capacidad del hilandero para emplear a sus propios hijos, puesto que sólo le obligaría a emplear también a otros niños. En resumen, no parece que haya argumentos muy sólidos para suponer que los obreros hilanderos se implicaron en el movimiento favorable a la reforma de las fábricas debido al descontento causado por un impacto cambiante en el empleo de las fábricas sobre sus familias. Por otra parte, los tejedores manuales muy probablemente se sentían desgraciados por tener que mandar a sus hijos a las fábricas donde, se quejaban, nunca conseguirían el mejor trabajo, ni entrarían en el camino del ascenso (para los varones) hacia los hilanderos que trabajaban con *mule*, debido a que los hilanderos favorecían a sus propios hijos. A pesar de las limitaciones de nuestros conocimientos, nos parece más probable que fuesen los hijos de los tejedores los que entrasen a trabajar en las fábricas para ayudar a los primeros tejedores que trabajaban con telares mecánicos.

Los hijos de la clase obrera siempre tuvieron que trabajar, y este imperativo siempre enfrentó a sus padres con lo que el doctor Vincent ha llamado «el problema básicamente insoluble de cómo criar a los hijos y simultáneamente explotarles económicamente».¹⁵ No tenemos ninguna necesidad de suponer que no podían existir relaciones afectivas. Los hijos podían integrarse en el trabajo de forma gradual, quizás en sus primeros momentos ni siquiera se podía distinguir con facilidad del juego. Al introducirse de este modo podían obtener algún tipo de satisfacción de empezar su contribución a los esfuerzos de la familia y también es posible que se reforzase al-

15. Vincent, *Bread, Knowledge and Freedom*, p. 85.

gún vínculo de la misma especie. Excepto en el caso de la elite de hilanderos que trabajaban con las *mules*, las primeras fábricas no permitieron a los padres ejercer ni la autoridad socializadora sobre sus hijos ni el control sobre su empleo presente y futuro. No sólo se intensificó el trabajo de los niños sino que, en general, se vació del valor positivo que había tenido. Los tejedores manuales enviaron a sus hijos a las fábricas por necesidad, durante su largo y doloroso declive hasta la extinción y, a diferencia de los hilanderos y tristemente para el argumento del profesor Smelser, no estuvieron en el primer plano de la agitación en favor de la reforma de las fábricas.

EL TRABAJO DE LAS MUJERES FUERA DEL HOGAR

La cuestión de la naturaleza cambiante del trabajo de las mujeres tiene por lo menos dos dimensiones importantes. En primer lugar es necesario que establezcamos hasta qué punto el trabajo de las mujeres en la fábrica, al liberarlas de las constricciones de la unidad de producción y de ingresos familiares, constituyó un paso importante hacia la emancipación al aceptarlas en el mercado de trabajo como asalariadas *independientes*. En segundo lugar debemos tener en cuenta los argumentos que presentaban esta actividad como causa de un grave declinar de la habilidad de las mujeres en la «esfera doméstica» y en la crianza de los niños, que hacía que la familia sufriese material y moralmente.

Marx dio una convincente visión que se ha citado muchas veces:

Por muy terrible, por muy repulsiva que pueda parecer la ruptura del viejo sistema de familia en el seno de la organización de la sociedad capitalista, sin embargo, la industria en gran escala, al asignar a las mujeres y a los jóvenes y a los niños de ambos sexos un papel decisivo en el proceso de producción socialmente organizado, y además un papel que se debe cumplir fuera del hogar, está poniendo las nuevas bases económicas para una forma de familia y de relación entre los sexos más elevada.¹⁶

La idea de una revolución industrial que transformó las oportunidades de empleo femenino también era central en la tesis de la

16. Karl Marx, *Capital*, Everyman, 1930, I, p. 529.

doctora Pinchbeck que escribió sobre un «formidable» aumento de la disponibilidad de trabajo fuera del hogar y lo consideraba de «vital importancia» para las mujeres porque suponía la destrucción del salario familiar, y les permitía mejorar su posición social y sus condiciones. El «optimista» Hartwell, a diferencia de lo que ocurre la mayoría de veces, está de acuerdo con Marx al considerar este cambio como «el inicio de la más importante y beneficiosa de todas las revoluciones sociales de los dos últimos siglos, la emancipación de las mujeres». Su compañero en el bando de los optimistas, Rhodes Boyson, refleja una reacción distinta al indicar que el «avance real para las esposas y las familias» fue que la revolución industrial «introdujo la idea de que los salarios de los hombres debían ser suficientes para mantener a una esposa y una familia y que las mujeres debían hacer su contribución cuidando del hogar».¹⁷

Recientemente, los historiadores han criticado la visión de Marx. Es posible que no se hayan dado suficiente cuenta de la fecha: pertenece a *El capital* y no a un escrito coetáneo del debate de las fábricas, y su tiempo se relaciona claramente con el proceso más que con los resultados. Verdaderamente tiene sólo un valor limitado como descripción de la realidad de principios del siglo XIX para la mayoría de mujeres trabajadoras. Se pueden sugerir varias líneas de rectificación. ¿Las mujeres que trabajaban fuera del hogar, estaban completamente libres de las «constricciones» de la familia en un sentido pleno? ¿Aumentó de hecho la revolución industrial las oportunidades de las mujeres en general para trabajar fuera del hogar? ¿O las muchachas de las fábricas eran un caso especial? ¿Estaba la «emancipación», si es que se puede considerar como tal, limitada a una parte, corta y delimitada por la edad, del ciclo de vida de las mujeres en la fábrica?

La idea de que la revolución industrial aumentó la participación de las mujeres en general en el trabajo fuera del hogar es insostenible. El doctor Richards, en un estudio muy difundido, ha demostrado que el índice de participación de las mujeres en la economía

17. Ivy Pinchbeck, *Women Workers and the Industrial Revolution 1750-1850*, Cass, 1969, pp. 4, 196; R. M. Hartwell, *The Industrial Revolution and Economic Growth*, Methuen, 1971, p. 343; Rhodes Boyson, «Industrialisation and the life of the Lancashire factory worker», en *The Long Debate on Poverty*, Institute of Economic Affairs, 1972, p. 78.

productiva descendió después de 1820. Cualquier aumento general alrededor de los años de mediado el siglo XIX habría tenido una correlación sorprendente con el mayor tamaño medio de la familia en la historia británica, que impuso a las mujeres la «tiranía de los embarazos continuados y la permanente crianza de hijos». Este hecho hubo de tener algún efecto en la reducción de los índices de participación femenina, pero en general parece que «la economía capitalista sin trabas, en la pleamar de la industrialización, a mediados del siglo XIX, utilizó de forma muy modesta una oferta de mano de obra fundamental». Las chicas de la fábrica fueron una excepción. Las conclusiones de Richards están reforzadas por las de Joan Scott y Louise Tilly, quienes coinciden en que la actividad productiva de las mujeres en la industria pudo haber descendido con los inicios de la industrialización. El aumento de oportunidades en el sector textil fue numéricamente más significativo en los oficios de la aguja que no se localizaban en las fábricas, que en éstas. De manera paradójica, el crecimiento económico del siglo XIX causó el aumento más notable del empleo femenino en la costura hecha en casa y en el servicio doméstico, «sectores tradicionales en los que la mujer desempeñaba trabajos similares a las tareas del hogar».¹⁸

La participación femenina en la fuerza de trabajo agrícola parece que disminuyó en los condados cerealícolas, después de mediados de siglo. Los datos sobre el desempleo estacional indican que su papel se fue desplazando desde las tareas de la cosecha a las actividades menos serias y bien pagadas de primavera. Hacia el segundo cuarto del siglo XIX, el modelo estacional predominante de los años situados entre 1690 y 1750 se había invertido, y la división del trabajo en la agricultura se hallaba ya bien definida. En interés del trabajo más rápido, la sustitución de la hoz por la hoz de hoja ancha y la guadaña, que jamás utilizaron las mujeres después de 1790, se había iniciado unos cuarenta años antes en el sur y era una de las innovaciones que iba en contra del lugar tradicional de las mujeres en el trabajo bien remunerado de la cosecha. Estos cambios se habían producido hacia 1830, antes de que las opiniones «victorianas» so-

18. E. Richards, «Women in the British economy since about 1700: an interpretation», *History*, 59, 197, octubre de 1974, pp. 337-357; J. W. Scott y L. A. Tilly, «Women's work and the family in nineteenth-century Europe», reedición en M. Anderson, ed., *Sociology of the Family*, 2.ª ed., Penguin, 1980, pp. 125-163.

bre el «lugar» de la mujer los sancionase ideológicamente. El limitado papel de las mujeres en las regiones cerealícolas hacia mediados del siglo xix contrasta con el papel mucho más importante que Alice Clark describía para el siglo xvii. Las habían reducido a despedregar o desherbar, y «apenas les daban trabajo en las sementeras» (Berkshire 1834). «No tenemos empleo para las mujeres y los niños» (Bedfordshire) y procedente de Essex: «Hay poco empleo para las mujeres y los niños». La cara inversa de este sistema se daba en East Anglia con el desarrollo del *gang system*, y ofendía de tal modo la moralidad convencional generalizada que se encontraba con una oposición ideológica. La experiencia de los condados pastoriles era diferente: no se produjo en ellos declive en la participación de las mujeres y posiblemente se dio un aumento de los salarios reales de aquéllas, debido a la especialización femenina en la ganadería, la vaquería y la cosecha del heno.¹⁹

El tema de si la emancipación que se daba en grupos, como los de las muchachas de las fábricas, sólo lo era para un corto período de su vida está relacionado con la cuestión del matrimonio. ¿Era habitual que las esposas trabajasen, aunque fuese en empleos abiertos para las mujeres, después del matrimonio? Si no lo era, entonces la conclusión es que la libertad de que gozaban poco antes y poco después de los 20 años estaba flanqueada por el período de dependencia subordinada en el hogar paterno y el del hogar matrimonial. La tan utilizada imagen de las «esposas y madres» ha estorbado quizá la comprensión del hecho de que fue sobre todo para las *hijas* para quienes pudo cambiar la situación laboral. La realidad de género de que la mayoría de los obreros de las fábricas eran mujeres no debería oscurecer la realidad de la edad, a saber: que una mayoría incluso más numerosa eran personas jóvenes, y en consecuencia con preponderancia de las solteras. En Preston, 1841, sólo un 26 por 100 de las obreras fabriles vivía con sus esposos. En Stockport el porcentaje era del 18 por 100 que se elevó a un 28 por 100 en 1851, teniendo en cuenta que aquí la temprana introducción del telar mecánico había aumentado las oportunidades de las mujeres para ganar un sueldo. El mismo modelo parece cierto para las obre-

19. Basado en K. D. M. Snell, «Agricultural seasonal unemployment, the standard of living on women's work in the south and east: 1690-1860», *Economic History Review* (serie segunda), XXXIV, 3, agosto de 1981, pp. 425-429.

ras que trabajaban en la superficie de las minas de estaño y de cobre de Cornualles, donde en 1851 no había prácticamente ninguna «doncella de mina» con más de 35 años; 430 tenían entre 25 y 30 y más de 3.000 se hallaban entre las edades de 15 y 20 años.²⁰ La cifra, notablemente consistente, de alrededor de un 25 por 100 de mujeres casadas en la mano de obra femenina de las hilanderías es susceptible de diversas interpretaciones. La presunción más improbable es que se tratase de una parte permanente de esposas que trabajaban a lo largo de toda su vida de casadas. Las mujeres que no podían tener hijos o las que trabajaban hasta tener el primer hijo podían constituir una parte de este 25 por 100. Pero como a menudo las novias estaban embarazadas en el momento del casamiento, la etapa sin hijos de un matrimonio de un nivel de fertilidad normal era muy corta. Debemos suponer que al menos parte de este 25 por 100 eran madres con hijos que podrían haber trabajado organizando que alguien estuviese al cuidado de sus hijos. Los coetáneos hicieron un gran alboroto respecto de este hecho, con fuertes acusaciones de que los cuidadores indiferentes drogaban a los pequeños con opio. El profesor Anderson ha demostrado que, al menos por lo que a Preston se refiere, el cuidado de los niños por parte de profesionales sólo lo utilizaba una minoría (el 2 por 100) de las madres. Más a menudo este servicio lo prestaban las abuelas y los hermanos mayores. El cuidado de los niños, cualquiera que sea la organización necesaria, sólo *permite* que una madre trabaje; queda todavía abierta la cuestión relativa a las circunstancias en que podría hacerlo. Stockport ha dado un argumento de peso, según el cual algunas esposas probablemente permanecerían como mano de obra fabril durante el período «crítico» del ciclo familiar, en el que la proporción entre los que dependían y los que ganaban un sueldo era tan adversa que creaba este imperativo. En una situación semejante, podemos suponer que las madres hacían todos los arreglos posibles para que les cuidasen los hijos: donde estaban disponibles preferirían a los parientes, y sólo cuando no hubiera ninguno de éstos recu-

20. Anderson, *Family Structure*, p. 71; R. Burr Litchfield, «The family and the mill: cotton mill work, family work patterns, and fertility in mid-Victorian Stockport», en A. S. Wohl, ed., *The Victorian Family. Structure and Stresses*, Croom Helm, 1978, p. 182; J. G. Rule, *The labouring miner in Cornwall 1740-1870: a study in social history*, tesis doctoral, Universidad de Warwick, 1971, gráfico 3A.

rirían a los cuidadores pagados. De todas formas, se puede concluir con cierta seguridad que sólo una minoría de niños menores de 10 años tuvieron la experiencia de una infancia arruinada por el hecho de que su madre trabajase fuera del hogar. Anderson ha sugerido que para Preston sólo hubo 1 de cada 8, y de éstos sólo la mitad de las madres trabajaban en la fábrica. El matrimonio parece que significó para la mayoría de las mujeres, y para la mayor parte de su vida de casadas, una reducción a la esfera doméstica. Esto no significa que no contribuyesen al ingreso familiar con algún tipo de actividad realizada en el hogar. Posiblemente cogían trabajos como coser, lavar u otros servicios pagados para realizar en casa, pero la emancipación en el sentido de ser asalariadas independientes fuera del hogar estuvo, incluso en las ciudades fabriles, restringida en su mayor parte a las mujeres jóvenes solteras. Los hijos mayores que entraban a trabajar en las fábricas aportaban unos ingresos que permitían que las madres dejaran el trabajo. No se puede dar por seguro que las madres jóvenes que trabajaban, antes de alcanzar este momento, considerasen que hacían otra cosa que contribuir al salario familiar aunque fuese haciendo un trabajo independiente. El trabajo asalariado independiente puede ser una condición para la emancipación, pero no es suficiente en sí mismo. Es posible que los ingresos de las mujeres se considerasen destinados al mantenimiento del hogar; y los de los hombres como una ayuda opcional.²¹

Ciertamente las muchachas de las ciudades fabriles dejaron en sus contemporáneos una imagen de nueva «libertad» al abandonar las limitaciones tradicionales de la familia y el hogar. Se ganaron la fama de vestir ropas llamativas y ostentosas (de extravagancia y lucimiento vanidoso) y la (inmerecida) de promiscuidad sexual. Las jóvenes asalariadas de todas las épocas parecen atraer este tipo de censura, pero ¿qué pruebas tenemos de que estas mujeres jóvenes aprovecharan la oportunidad de tener unos ingresos independientes para acabar con las restricciones de la familia? ¿Tuvieron tendencia a rechazar la posición subordinada y respetuosa dentro de la familia, tal como sugería Engels, o abandonaron incluso el hogar familiar, lo cual constituía el colmo de la independencia? Los relatos de mediados del siglo XIX indican que lo hicieron, y en su condena incluían tanto a los hombres como a las mujeres jóvenes: «El ingreso familiar

21. Anderson, *Family Structure*, p. 71.

no lo gana un cabeza de familia común a todos, ni procede de una fuente común a todos. El círculo se convierte en una especie de compañía que ha reunido sus capitales, y una ley de conservación propia se impone a la fuerza del hábito y el afecto». ²² El interés en uno mismo se reforzó y, seguramente, como las personas jóvenes veían que contribuían con más de lo que recibían de la familia, se excluyeron de su asociación con ella. En contraste con esta situación, el mismo periódico publicaba una descripción de una economía familiar que todavía persistía en el pueblo de tejedores de seda de Middleton donde, a pesar de que los jóvenes se casaban pronto, en general establecían su residencia en la casa de uno de los padres:

El sistema del telar manual parece ejercer en esta zona, por lo que a la familia se refiere, el efecto exactamente opuesto al del sistema de fábrica. El tejedor de Middleton no sólo sigue teniendo junto a él por largo tiempo a sus hijos e hijas, sino que a menudo tiene a sus hijos e hijas políticos; mientras que los niños demasiado jóvenes y a veces los adultos que son demasiado viejos para realizar el pesado trabajo del telar dan vueltas a la rueda de moler y preparan la brillante seda para el telar. ²³

Las limitaciones a la libertad mientras se trabajaba en el seno de la unidad de producción familiar eran realmente bastantes. Un viejo agricultor/tejedor que trabajaba la lana todavía con telar manual en Saddleworth, en 1849, tenía varios telares y *jennies* en las que trabajaban sus hijos. Él les vestía y les alojaba, pero no les pagaba sueldo alguno. Se les daba «algo razonable» a *discreción de aquél* cuando querían ir de caza, a una feria o «algo parecido». ²⁴ Presumiblemente las limitaciones debieron ser mayores para las hijas. Sin embargo, lo que importa no es tanto el hecho de que existiese una oportunidad creciente de «independencia» respecto de la familia para las jóvenes obreras de las fábricas, sino hasta qué punto la aprovecharon. Sobre este tema hay razones para dudar de la creencia de algunos contemporáneos según la cual generalmente lo hacían. Anderson ha encontrado muy pocos datos que apoyen este

22. P. E. Razzell y R. W. Wainwright, eds., *The Victorian Working Class: Selections from Letters to the Morning Chronicle*, Cass, 1973, p. 186.

23. *Ibid.*, p. 204.

24. *Ibid.*, p. 206.

punto de vista para Preston. Aunque los jóvenes cercanos a los 20 años ganaban lo suficiente para mantenerse por sí mismos —los muchachos alrededor de 7 s. (35 p.) en la década de 1830 para los de 16 años, que llegaban hasta 13 s. (65 p.) para los de 20, y las muchachas 6 s. (30 p.) que aumentaban hasta 8 s. (40 p.)—, la opinión de los coetáneos se basaba más en la suposición que en los hechos. En un entorno urbano, los alojamientos estaban verdaderamente al alcance de la gente que no tenía la carga de los hijos; más del 10 por 100 del grupo de edad de 15 a 19 años que vivían en ellos eran inmigrantes o huérfanos y parece poco probable que más del 2 o 3 por 100 de los que habían nacido en Preston abandonasen su casa paterna para otra cosa distinta del matrimonio. Además, de entre los que abandonaban el hogar, parece que los niños que trabajaban en las fábricas no eran particularmente responsables de su situación. Los grupos que más probabilidades tenían de que sus hijos se marchasen eran los padres pobres, y en este caso podía ocurrir que aquéllos «empujasen» tanto como estirasen. A nivel individual, los casos podrían haber reflejado tanto el trato que recibían las personas jóvenes, su brutalidad, dureza o represión, como el descontento de contribuir al mantenimiento de la familia. También en las minas los jóvenes podían ganar lo suficiente, y en 1842 un minero del carbón subrayaba que normalmente se quedaban en casa si el padre se encontraba en unas «circunstancias regulares», pero «si el padre anda mal de dinero, y no les trata bien, los hijos por lo general aprovechan la situación y le abandonan». La realidad es que cuando los salarios de los menores de 20 años y de los adultos jóvenes eran bastante elevados para permitir la independencia y creaban la posibilidad de abandonar el hogar familiar antes del matrimonio, lo que determinaba que aquello ocurriese eran las circunstancias y las relaciones familiares. Muchos datos indican que los hijos que ganaban buenos sueldos se encontraban en una posición de negociación en la que no existían las desventajas de los hijos de una familia rural industrial o agrícola, puesto que el padre de los niños de la fábrica ya no tenía un control completo sobre la única fuente viable de ingresos. Parece que sólo una escasa minoría dejó la casa paterna, y de ésta la mayoría eran chicos más que chicas.²⁵

Algunos historiadores están tan convencidos de que el creci-

25. Anderson, *Family Structure*, pp. 125-132.

miento del empleo femenino fuera del hogar liberó a las mujeres jóvenes de las tradicionales limitaciones de la familia, que argumentan que de ello resultó una revolución en el comportamiento. Edward Shorter, en particular, ha afirmado que detrás del aumento de los nacimientos ilegítimos y de los embarazos prenupciales que se observan en Europa después de 1700 se halla una «nueva libertad» para las mujeres jóvenes que equivalía a una «revolución sexual». Las tesis de Shorter han encontrado muy poco apoyo. Aparte del hecho de que el aumento tuvo lugar por igual en áreas donde las mujeres permanecieron en el seno de la economía doméstica, y del hecho ya mencionado de que el índice de participación de las mujeres fuera del hogar no aumentó de forma general, Tilly, Scott y Cohen han demostrado ampliamente el mantenimiento de los valores tradicionales incluso por parte de esas mujeres jóvenes que empezaban a trabajar fuera del hogar paterno. Lo que está en cuestión es más el papel de las mujeres como hijas que como esposas. Se esperaba que las hijas trabajasen. Si este trabajo se realizaba dentro de la unidad de producción familiar en una explotación agrícola o en un *cottage* de tejedores no recibían un salario independiente. Si existían oportunidades de «exportar» su trabajo a la mina o a la fábrica, entonces el hecho de que recibieran un salario independiente no significaba un cambio en la percepción de ellas como personas que contribuían a conseguir un ingreso familiar. Desde luego, podía ocurrir que las hijas trabajasen de tal modo que las madres no tuviesen necesidad de hacerlo, porque, tal y como señalan Scott y Tilly, se podía prescindir más de ellas que de las madres, tanto en los hogares rurales como en los urbanos.

Podemos concluir que con el trabajo asalariado independiente de los primeros tiempos de la revolución industrial no se produjo una emancipación de las mujeres extendida ni duradera. Sólo grupos excepcionales, como las muchachas jóvenes que trabajaban en las fábricas, tuvieron la oportunidad de ganar salarios suficientes para mantenerse. Los salarios de las mujeres estaban, en su mayor parte, a un nivel que se suponía complementario; aspecto que Sally Alexander ha subrayado con respecto al empleo disponible para las mujeres a principios del siglo XIX en Londres.²⁶

26. Sobre la tesis de Shorter, véase E. Shorter, *The Making of the Modern Family*, Fontana, 1977, cap. 3, «The two sexual revolution», y su artículo «Illegiti-

¿DEFICIENCIAS DOMÉSTICAS?

La expectativa acerca de si las hijas iban a trabajar dentro o fuera del hogar era más significativa para distinguir entre una familia obrera y otra de clase media que la de si la esposa trabajaba, porque aquélla era una expectativa general y persistente. Los contemporáneos ciertamente cargaban la culpa de la falta de bienestar hogareño y de los fallos en la organización doméstica a las esposas y a las madres que trabajaban; pero también subrayaban la falta de aprendizaje de las habilidades domésticas por parte de las hijas que trabajaban largas horas en la mina o en la fábrica desde muy pequeñas. Esta culpa, que en realidad servía para traspasar a los pobres la responsabilidad por su propia pobreza y miseria, tenía así dos filos al atacar a la esposa y a la hija. El ataque a las madres trabajadoras y a las esposas se ha tratado ya en el contexto del supuesto abandono de los hijos y se ha indicado que no sólo tenía una aplicación minoritaria, sino que incluso en el caso de las mujeres que tenían hijos pequeños y salían a trabajar, no hay razones para dar por supuesto que la organización del cuidado de aquéllos no fuese adecuada. El segundo filo del ataque, el que afirmaba que las jóvenes esposas llegaban al matrimonio con una habilidad muy deficiente como amas de casa, era incluso más común. Ni siquiera las «doncellas de la mina» de Cornualles, que tenían en general una mejor prensa que las de la fábrica, escapaban a esta condena: un ministro wesleyano pensaba que cuando llegaban al matrimonio eran «muy deficientes en cuanto al trabajo doméstico, incapaces de hacer y remendar». Otro testigo lamentaba el destino de las niñas: «Sacadas de sus hogares a una edad tan temprana y trabajando diez horas al día, tienen pocas oportunidades y menos inclinación a atender los deberes domésticos y de matronas, tan necesarios para su futura cultura y bienestar». Por lo tanto, se argumentaba, muchos *cottages* de mineros eran escenario de un malestar y miseria mayores que el que hubiera podido provocar el nivel de los ingresos familiares. El problema lo constituían menos los salarios que la mala administración:

macy, sexual revolution and social change in modern Europe», en R. I. Rotberg, y T. K. Rabb, eds., *Marriage and Fertility*, Princeton University Press, 1980, pp. 85-120. Para una crítica importante, véase L. A. Tilly, J. W. Scott y M. Cohen, «Women's work and European fertility patterns», *Ibid.*, pp. 219-248; Alexander, «Women's work», p. 110.

Verás dos hombres, y uno de ellos ha conseguido una esposa limpia, decente, saludable y laboriosa, y los hijos de este hombre estarán tan bien y tan limpios como sea posible. Luego verás a otro hombre de la misma cuadrilla, casado con una esposa sucia y poco cuidadosa, y aquella familia será andrajosa, y sin embargo aquel hombre tendrá los mismos ingresos. Un hombre será acomodado y el otro siempre estará en la miseria.

Se ponía el ejemplo de una esposa cuyo marido y varios hijos ganaban unas 11-14 libras al mes: «No tienen una silla donde sentarse; apenas si hay una taza o un plato en el lugar, y en cuanto a la cama, lo que tienen avergonzaría a las personas más pobres del reino». Un médico estaba dispuesto a echar la culpa de las frecuentes molestias digestivas entre los que trabajaban con «polvo mortífero» y empezaban a escupir sangre desde muy jóvenes, a las esposas que les preparaban comida cruda y mal condimentada.²⁷

Las muchachas de las minas, las fábricas, las obreras de aguja de los oficios cada vez más «reventados» de Londres, compartían la condena por parte de la clase media acerca de su poca preparación como esposas, madres, cocineras y mujeres de limpieza. No había disculpas por las circunstancias a las que estas mujeres tenían que hacer frente. La mujer cónica que no tenía ni una silla ni una taza vivía en una casa en la que los trabajadores varones ganaban de 11 a 14 libras al mes, pero, ¿cuánto dinero le daban a ella? El relato no dice nada. Si la imagen de las mujeres desaseadas obligando a salir a los maridos de las tabernas es una forma de presentar el problema, otra, como ha indicado el doctor Hunt, es sugerir que si se hubiese obligado a los varones de la clase obrera a pasar más tardes en casa, si no se les hubiese cuidado tanto por lo que se refiere a la comida disponible, es posible que hubiesen destinado mayor parte de sus ingresos hacia el gobierno de la casa. Hemos explicado ya las condiciones físicas en las que vivía la mayoría de la población. En aquellas moradas mal construidas, húmedas, degradadas y con demasiados habitantes apenas si era posible tener un «buen gobierno de la casa» según el modelo de la clase media. De vez en cuando un visitante se daba cuenta de las dificultades reales. La esposa de un

27. *Report of the Royal Commission on Child Employment*, 1842, XVI, pp. 848, 834; *Report of the Royal Commission on Mines*, 1864, XXIV, pp. 43, 146.

párroco que visitó los hogares de los mineros en Cornualles en 1828, advirtió tanto la irregularidad del sistema de turnos como el problema de la paga mensual; además, bajo el irregular sistema de pago del *tribute system* era imposible conocer cuánto dinero entraría en la casa. Las esposas que habían llegado de ultramar se quejaban de que preferían la paga semanal que allí se daba. La tendencia de los mineros a trasladarse de una mina a la otra significaba que no valía la pena invertir en la mejora de una vivienda que era temporal. Y el sistema de turnos era muy perjudicial:

El minero nunca come, bebe, duerme o va a la iglesia con su familia, hasta el punto que es difícil para la esposa regular la disposición del tiempo y del dinero ... estaba [ella] hoy a medio encalar las paredes, cuando le han mandado recado de que Tom había cambiado de turno e inmediatamente ha tenido que «preparar comida para él». ²⁸

Se podrían encontrar otras justificaciones similares para otras esposas obreras, si es necesario combatir lo que, después de todo, es una condena más enérgica que basada en datos. Las esposas que trabajaban en su casa eran menos motivo de preocupación, pero las horas que pasaban cosiendo pueden haber dejado muy poco tiempo para otras tareas domésticas, mientras que el espacio que necesitaban para los materiales con los que trabajaban seguramente intensificó el problema del hacinamiento. En cualquier caso es muy difícil saber si las madres encontraban o no tiempo para instruir a sus hijas cuando éstas volvían de la fábrica o de la mina. Es posible que, mientras sus hermanos jugaban, de ellas se esperase que ayudaran a su madre. Muchas mujeres pertenecientes a familias «simétricas», ni siquiera hoy en día encontrarían esta situación sorprendente. Verdaderamente, un obrero fabril varón tenía pocas dudas de la idoneidad de las muchachas de las fábricas como esposas en 1833: «Yo conozco el caso contrario, porque me casé tres veces con mujeres de fuera de las fábricas, y pongo esto como prueba. Estoy seguro de que pueden salir tan buenas esposas de las fábricas como de cualquier otra ocupación». Una mujer que estaba presente dijo burlesca-

28. C. C. Pascoe, *Walks about St. Hilary*, 1879, p. 97; P. Prescott, *The Case of Cornish Methodism Considered*, 1871, p. 21; E. H. Hunt, *British Labour History 1815-1914*, Weindenfeld and Nicolson, 1980, p. 125.

mente: «Pensáis que no podemos hacer nada excepto trabajar en las fábricas, ni hacer cerveza, ni cocer el pan, ni coser».²⁹

CONCLUSIÓN

La idea de que la revolución industrial fue un paso en la emancipación de las mujeres, gracias a la creación de mayores oportunidades de trabajo asalariado fuera del hogar, se ha criticado en base a que el nivel de participación de las mujeres en el trabajo productivo descendió en realidad con la llegada de la revolución industrial. Pero quizá Marx estaba haciendo una afirmación de tipo cualitativo más que cuantitativo acerca del significado del salario independiente. Que las limitaciones tradicionales eran más fuertes de lo que jamás se haya supuesto, que las chicas que trabajaban en las fábricas eran un caso especial y que la mayoría de las mujeres debieron esperar mucho más tiempo la oportunidad del trabajo asalariado fuera del hogar, modifican pero no eliminan la importancia que subyace a su percepción. Lo que más la modifica eran los aspectos interrelacionados acerca de que el nivel de ingresos de las mujeres, incluso fuera del hogar, estaba determinado por el supuesto establecido desde antiguo de que debían ganar menos, y de que en general trabajarían como mucho sólo una parte de su vida de casadas. Al operar juntos, estos elementos aseguraban que la dependencia en los hogares paterno y matrimonial fuera la situación normal en su vida. La idea de las oportunidades crecientes para las mujeres obreras parecería incluso contradicha por la demostración de Judith Walkowitz según la cual la típica prostituta de mediados del siglo XIX era una muchacha obrera de la misma edad que las que iban a trabajar a las fábricas, y que había entrado en el oficio, no por ser una «mujer caída», sino como resultado de una elección racional a partir de las limitadas oportunidades que tenía a su alcance.³⁰

La crítica coetánea de las mujeres obreras se basaba más en la imagen de la naturaleza del trabajo, contrastada con la visión ideal-

29. H. Perkin, *The Origins of Modern English Society 1780-1880*, Routledge and Kegan Paul, 1969, p. 151.

30. Véase J. R. Walkowitz, *Prostitution and Victorian Society: Women, Class and the State*, Cambridge University Press, 1980.

zada de una esfera apropiada para la mujer, que en cualquier investigación real sobre las situaciones insoportables. Angela John ha dado buenas razones para entender por qué las mozas que trabajaban fuera de los pozos de las minas preferían el trabajo en la superficie a otras alternativas, pero daban una imagen tan antipática frente a la feminidad domesticada que no se les dejaba en paz; mientras que las mujeres que trabajaban como esclavas durante largas horas en la producción oculta que tenía lugar en la casa o que fregaban en el sustituto del entorno de la casa, que era el servicio doméstico, atraían muy poca atención sobre sí. Samuel Smiles expresaba esta opinión de forma concisa: «A buen seguro que si convertís a las mujeres en jornaleras junto con los hombres, y borraís la peculiar modestia y delicadeza del carácter femenino, crearéis una población feroz, desconsiderada y desesperada, capaz de cometer cualquier maldad». Las muchachas de los pozos mineros cubiertas de hollín y vestidas con pantalones eran de una forma tan evidente la feminidad degradada *par excellence* que, cuarenta años después de dejar de trabajar bajo tierra, se hicieron intentos para que dejaran de trabajar en la superficie. Como ha señalado Sally Alexander, no se trataba de que no se esperase que la mujer obrera trabajara, sino que debía hacerlo en aquellos trabajos que coincidiesen con la esfera natural a la mujer. Por tanto, los ataques a determinadas formas de empleo de las mujeres tenían poco que ver con la discriminación contra aquellos que suponían un nivel de peligro excepcional o que eran muy desagradables. En Londres, donde las mujeres realizaban un trabajo sumergido en los talleres o en el hogar, el hecho pasaba casi inadvertido hasta tal punto que era compatible con la deificación del hogar. La imagen era importante. Las doncellas cónicas de la mina vestían vestidos largos, tocados y delantales blancos; su visión era más impresionante que desagradable para los visitantes. Abraham Duncan, enviado cartista a Cornualles en 1839, quedó tan impresionado que se preguntaba si la Convención le permitiría tener a alguna de ellas por esposa. «Vemos —escribió el observador— a las modestas, candorosas y pulcramente vestidas doncellas de la mina.» Y sin embargo, estas chicas que troceaban y acarreaban mineral hacían casi el mismo trabajo que sus mugrientas, y enfundadas en pantalones, equivalentes del norte, las mozas que trabajaban en la boca de los pozos. Esto lo reconocía alguien que, más consciente de sus tareas, les dirigía la misma condena:

... al haber pocos hombres disponibles. Llamaron a Mary y a Nancy para que ayudasen. Las dos amazonas corrieron hacia el trabajo de trasladar mineral en tres vagonetas de un quintal que había que llenar con la vieja pala córnica y luego arrastrarlas varias yardas hasta las básculas, y luego volvían a por otro montón; era una tarea pesada que pocos hombres podían aguantar por más de una hora o dos, y ellas la animaban con chistes y observaciones ordinarias.

A pesar de que cuando hacía mal tiempo el trabajo en el exterior era desagradable, y, como todos los trabajos al aire libre, era malo para la salud debido a lo inadecuado del vestido, la naturaleza física del trabajo no era extrema; Engels la consideraba «comparativamente soportable». Dos mujeres jóvenes a quienes la Comisión de 1842 preguntó su opinión parecían preferirlo marcadamente a dos alternativas de trabajo que los contemporáneos no condenaban. Una de ellas había trabajado previamente en la confección de sombreros de paja, actividad que había abandonado debido a la mala salud. El trabajo en las minas «le sentaba mucho mejor». La segunda trabajaba algunas veces en la mina y otras en el servicio doméstico. No encontraba mucha diferencia en su salud respecto de los dos trabajos, puesto que si el trabajo de la mina era más duro mientras lo realizaba, cuando lo dejaba al finalizar la jornada laboral no tenía que hacer nada más.³¹

Hay muy pocos testimonios referentes a las valoraciones de las mujeres con respecto al trabajo fuera del hogar. Quizá se alegraban de trabajar en compañía y de estar en contacto con sus compañeros obreros, cosa que los moralistas de la clase media veían como un peligro especial. Gaskell valoraba el sistema doméstico por la forma en que protegía del «contagio» a niños y mujeres. Al escribir sobre las minas de Cornualles, Henwood vio este peligro como algo más importante que el «simple mal físico» porque «la relación indiscriminada de los sexos en su trabajo engendra de forma natural una falta de modestia y delicadeza tan importante en la formación del carácter». Los progenitores obreros podían compartir estas opiniones, en especial si les persuadía el metodismo u otras influencias similares.

31. John, *Sweat of their Brow*, p. 44; Alexander, «Women's work», pp. 61-63; citado por Rule, «Labouring miner in Cornwall», pp. 30, 363; R. Burt, ed., *Cornwall's Mines and Miners: nineteenth-century studies by George Henwood Barton*, Truro, 1972, pp. 10, 118.

En la década de 1770, el hijo de una mujer wesleyana de Cornualles recordaba que, a pesar de verse obligada a mandarle a las minas, lo hacía de mala gana:

Al relacionarse en este empleo con chiquillos malvados, se veía sometido a la perniciosa influencia de su conversación y ejemplo. Mientras vivió su madre, ésta procuró contrarrestar el contagio moral al que veía inevitablemente expuesto a su hijo.

Cuando un trabajador de la mina dijo en 1842 que aunque tuviese cincuenta hijas no las mandaría a la mina a que las «corrompiesen con las malas conversaciones», compartía el mismo sentimiento que el escritor más acomodado que lamentaba que en las minas no hubiese una matrona que vigilase que se cumpliesen las «reglas de la modestia», y no se permitiesen la «inadecuada familiaridad» entre los sexos o el lenguaje grosero que «ofendía la delicadeza femenina». ³²

Las actitudes de los obreros hacia sus esposas e hijos que trabajaban fuera del hogar eran complejas. Seguramente Engels tenía razón al ver en las ciudades fabriles un descontento que no procedía del hecho de que existiese el trabajo infantil, sino de una situación que convertía al padre en un individuo dependiente, en vez de ser él quien mantenía de manera indiscutible a la familia: «Tú sabes, Joe, lo difícil que es para uno que está acostumbrado a una cosa distinta». ³³ Donde las esposas tenían la posibilidad de ganar un sueldo, podía ocurrir que tuviesen que hacerlo hasta el momento en que el conjunto de ingresos de los hijos les permitiese reservarse de nuevo para la esfera doméstica. En la industria que se realizaba en los *cottages*, las mujeres tenían funciones productivas y domésticas. No hay ningún dato que indique que los hombres de la clase obrera quisiesen compartir las últimas. En las minas de Cornualles los salarios de los varones adultos eran bastante altos y era poco corriente que las mujeres casadas trabajasen, pero en las minas se necesitaba el trabajo de los niños y los jóvenes y, a medida que la familia aumen-

32. Burt, ed., *Mines and Miners*, p. 118; J. H. Drew, *Samuel Drew M.A. The Self-Taught Cornishman*, 1861, p. 23; B.P.P., 1842, *Child Employment*, p. 829; C. F. Childs, *The Social and Moral Improvement of the Working Miners of Cornwall and Devon*, Liskeard, 1862, p. 7.

33. Engels, *Condition of the Working Class*, p. 174.

taba, se hacía necesario que los hijos trabajasen para mantener una proporción viable entre los miembros del hogar que aportaban ingresos y los que eran dependientes. De todos modos, como los empresarios esperaban reclutar a los hijos de sus empleados, había muy poco margen de elección para los padres. Un minero se quejaba de que le era imposible dejar el trabajo en una zona particularmente insalubre de la mina porque, si se negaba a trabajar en ella, iban a despedir a su hijo.³⁴

Lo que complicaba la actitud de los hombres en relación al trabajo de las mujeres era el prejuicio de que los empresarios, ayudados a menudo por la maquinaria que requería trabajo poco cualificado, utilizarían el trabajo más barato de las mujeres para desplazar a los hombres o para forzar los salarios a la baja. «Que se queden en casa a cuidar la familia», declaraba la Asociación de Mineros de Gran Bretaña e Irlanda en 1842, cuando la legislación restringió el trabajo de las mujeres bajo tierra, «si disminuye la presión sobre el mercado de trabajo, habrá algunas posibilidades de imponer unos salarios más elevados». La Asociación contrató a un abogado para procesar a todos los empresarios que hacían caso omiso de la *Act*, pero la actitud de los mineros en activo, tomada como algo distinto de la expresada «oficialmente» por la *union*, pudo ser más ambivalente. Acostumbrados a que sus esposas y sus hijas trabajasen, pueden que optasen por la necesidad antes que por el principio; y, de hecho, en Wigan apalearon a un policía y a un vigilante por informar acerca de propietarios de minas que todavía daban empleo a mujeres.³⁵

Los artesanos cualificados se encontraban en una situación financiera mejor para afirmar el derecho a un salario que asegurase que un trabajador cualificado podía mantener a su esposa y a toda su familia, pero incluso en estos casos, Mayhew observó que tales trabajadores valoraban la contribución financiera que realizaban sus mujeres, a la vez que tenían cuidado de que no las empleasen en trabajos que deshonraran la posición social del artesano. Las esposas y los hijos de los aserradores por norma general no salían *fuera* de casa para trabajar, mientras que las esposas de los carpinteros cualificados no trabajaban habitualmente en los oficios de sastrería de

34. *Report on Child Employment*, p. 840.

35. John, *Sweat of their Brow*, p. 57.

poca calidad: «Consideramos que nuestras mujeres son demasiado respetables para trabajar en esto», pero algunas esposas *cogían* ropa para lavar e incluso trabajaban en tiendas. Esta selección sólo la realizaba la minoría de artesanos cualificados que proveían al West End. Mayhew sugería que el 10 por 100 de los artesanos de la capital eran «hombres asociados» que se organizaban para preservar su posición de trabajadores cualificados y su remuneración como tales, y Edward Thompson señalaba que una línea de privilegio de 30 s. (1 £, 50 p.) a la semana estaba por debajo del 5-6 por 100.³⁶ En la década de 1830 las ramas que estaban en expansión eran las «des-honrosas», que abastecían los almacenes y empleaban trabajo reventado, situadas en el East End. En este sector, las mujeres y los niños tenían que trabajar. Alrededor del sastre o el zapatero pobre se sentaban su esposa y sus hijos y cosían, cortaban y pulían. El «nuevo» sistema doméstico, que Marx percibió en desarrollo junto con el sistema de fábrica, hizo que los pobres se agrupasen más, y en su desesperada rutina de producir un volumen suficiente para contrarrestar la caída de las tarifas del trabajo a destajo que su propia expansión numérica agravaba, estos trabajadores reventados invirtieron la tendencia capitalista para convertir de nuevo la familia en una unidad económica, pero esta vez en una miserable vivienda urbana en lugar de en un *cottage* rural.

36. Thompson y Yeo, *Unknown Mayhew*, pp. 394, 454, 407; E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Penguin, 1968, p. 264 y nota a pie de p. 277.

14. LA PROTESTA DE LA MULTITUD: MOTINES Y TUMULTOS

LOS MOTINES DE SUBSISTENCIA EN INGLATERRA

La forma de protesta que se utilizaba con mayor frecuencia en el siglo XVIII, incluso entre los mineros y los trabajadores industriales, era el motín de subsistencia que se producía debido a los precios de los alimentos y no por motivos de tipo industrial. El *Annual Register* del año 1766 enumera más de cuarenta estallidos en cincuenta lugares (y desde entonces se ha detectado al menos el doble de incidentes en el mismo año), e identifica como implicados en ellos a mineros del carbón, mineros del estaño, tejedores y gabarreros, aunque en general se refiere a los revoltosos como la «muchedumbre». Los motines de subsistencia siguieron siendo la forma de protesta predominante por lo menos hasta los disturbios generalizados de 1801. A principios del siglo XIX se produjeron con frecuencia mucho menor y sólo en una o dos áreas. En general se había considerado que el último estallido importante en Inglaterra había sido la revuelta de 1847 en los distritos mineros de Cornualles, pero recientemente se ha demostrado que los estallidos que se produjeron en el sur de Devon los años 1854 y 1867 formaban parte en gran medida de la tradición de los motines de subsistencia del siglo XVIII. Los primeros análisis de la difusión de las revueltas de subsistencia tendían a sugerir que desde un punto de origen en Oxfordshire, en los últimos años del siglo XVII, se extendían hacia el sur y el oeste y hacia las Midlands, pero no eran corrientes en los condados del norte. Los trabajos más recientes indican que las revueltas eran más frecuentes en el noreste de lo que se supone y que probablemente se iniciaron en el sureste a finales del siglo XVI; también se pone en duda la

validez de utilizar un modelo geográfico para el recuento de los incidentes *documentados*.¹

Después de las investigaciones pioneras de Rose y Rudé, que establecieron las formas y las funciones de las revueltas de subsistencia, la contribución más importante para su comprensión ha sido la de E. P. Thompson que ha hablado de una «economía moral» de la multitud inglesa. Este autor ha señalado en qué sentido los revoltosos, que pretendían fijar precios «justos» para el grano requisado, consideraban que su actuación era legítima en el contexto de la tradición y la legislación paternalista de los períodos Tudor y Estuardo, en los que se restringieron las actividades de los tratantes de granos (intermediarios) para aumentar el precio del grano y se permitió que los jueces locales estableciesen los precios.² Otros objetos del justo descontento de los alborotadores, además de los mencionados «agiotistas», eran los labradores sospechosos de retener grano sin llevarlo al mercado para crear una «escasez artificial» y hacer que los precios subiesen; los comerciantes que compraban grano para sacarlo del distrito donde se había producido, cuando a nivel popular se suponía que no había suficiente para el consumo local; y los molineros que supuestamente ocultaban grano o se quedaban cantidades excesivas por la molienda. Con menor frecuencia se atacaba también a los que utilizaban granos con fines comerciales distintos al de panificar, por ejemplo a los cerveceros de Cornualles

1. El relato de las revueltas de subsistencia de 1766 del *Annual Register* está publicado en G. D. H. Cole y A. W. Filson, eds., *British Working Class Movements. Select Documents 1789-1875*, Macmillan, 1951, pp. 20-25; R. Swift, «Food riots in mid-Victorian Exeter, 1847-1867», *Southern History*, 2, 1980, pp. 101-127; R. B. Rose, «Eighteenth-century price riots and public policy in England», *International Review of Social History*, VI, 1961, pp. 277-292; A. Booth, «Food riots in north-west England, 1790-1801», *Past and Present*, 77, 1977, pp. 84-107; R. Wells, «Counting riots in eighteenth-century England», *Bulletin of the Society for the study of Labour History*, 37, 1978, pp. 68-72. Para un resumen reciente de las opiniones, véase J. Stevenson, *Popular Disturbances in England 1700-1870*, Longman, 1979, cap. 5.

2. G. Rudé, *The Crowd in History*, Wiley, 1964 (hay trad. cast.: *La multitud en la historia*, Siglo XXI, 1979); E. P. Thompson, «The moral economy of the English crowd in the eighteenth century», *Past and Present*, 50, 1971, pp. 76-136. (Hay trad. cast. en *Tradicón, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica, Barcelona, 1979.) Un grupo de estudios importante, con un énfasis en lo geográfico, en A. Charlesworth, ed., *An Atlas of Rural Protest in Britain 1548-1900*, Croom Helm, 1983.

donde el pan se hacía habitualmente con cebada, y los molinos que usaban grano para producir almidón.³ La preocupación de los revoltosos se centraba de manera preponderante en el cereal, ya fuese en forma de grano, harina o pan, pero de vez en cuando también se requisaban otros alimentos, como el queso y la carne, y se vendían a precios «justos».⁴

En las descripciones de las revueltas de 1766 podemos observar las formas más habituales y recurrentes del motín, aunque se debe advertir que los numerosos estallidos de aquel año se dieron en un momento en que la zona norte del país había obtenido una buena cosecha. Los trabajadores del sector de paños del Gloucestershire y el Wiltshire destruyeron molinos y se distribuyeron el grano entre ellos. En Exeter se requisó el queso y se vendió a un precio inferior, mientras que en Cornualles se obligaba a los labradores y a los carniceros a bajar los precios; lo mismo que ocurría en Wolverhampton. En Derby se sacó el queso de una embarcación que estaba en el Derwent, y en Lechdale se interceptó una carretada de queso destinada a Londres; en Devon se destruyeron algunos molinos de granos y se sacó el grano de los gráneros de los labradores y se llevó «inmediatamente» al mercado, «se vendió públicamente a un precio de cuatro a cinco chelines (20-25 p.) el *bushel*, y luego [los revoltosos] fueron a buscar de nuevo a los diversos propietarios y les llevaron el dinero que habían sacado de la venta de su grano, junto con los sacos». El sentido del objetivo y la limitación a los propósitos «legítimos» de la multitud se señalan de forma sintética en una descripción, hecha en una sola frase, de los sucesos de Malmesbury: «Requisaron todo el cereal, lo vendieron a 5 s. (25 p.) el *bushel*, y dieron el dinero a los propietarios legales».⁵

A principios del siglo xviii existía un amplio comercio de granos realizado por intermediarios, y el crecimiento de los mercados urbanos extendió más lejos la demanda de alimentos. Por ejemplo, Lon-

3. J. G. Rule, «Some social aspects of the Industrial Revolution in Cornwall», en R. Burt, ed., *Industry and Society in the South West*, Exeter University Press, 1970, p. 87.

4. Para un tratamiento de la provisión de alimentos, véase J. Stevenson, «Food riots in England, 1792-1818», en R. Quinault y J. Stevenson, eds., *Popular Protest and Public Order, Six Studies in British History 1790-1920*, Allen and Unwin, 1974, p. 65.

5. Cole y Filson, *British Working Class Movements*, pp. 20-25.

dres en 1727 obtenía grano que exportaban los puertos cónicos de las costas norte y sur, y a finales de siglo el crecimiento de Plymouth como centro naval también conllevó la compra de grano de aquel condado. Dado el crecimiento de su población minera no agrícola, en los años de mala cosecha no se producía suficiente grano para alimentar a la población local; en aquellos años, los elevados precios del grano tendían a hacer aumentar especialmente las actividades de los acaparadores del envío de cereales desde los puertos, a la vez que los labradores mostraban una preferencia creciente por disponer de sus cosechas en grandes cantidades en vez de venderlas poco a poco en los mercados locales:

Tuvimos un motín terrible en Padstow. Algunos habían llegado al extremo en la exportación de grano, al ser este un condado con gran producción de cereales. Se presentaron allí setecientos u ochocientos mineros del estaño que primero ofrecieron a los agentes de granos diecisiete chelines por veinticuatro galones de trigo, pero al contestarles que no se los darían, inmediatamente abrieron las puertas de los graneros, rompiéndolas, y se lo llevaron todo de allí sin dar dinero ni pagar precio alguno.⁶

Así se jactaba un relato procedente del norte de Cornualles en el año 1773. Debemos señalar dos cosas de este texto: los mineros ofrecieron en primer lugar lo que ellos consideraban un precio justo, y los objetos de su cólera fueron los tratantes (agentes) de granos. En muchos incidentes la multitud discriminaba con claridad entre los labradores que vendían su propio producto y los agentes que añadían un beneficio para el intermediario: «En la feria de Nottingham, la muchedumbre requisó todo el queso que habían comprado los agentes y se lo distribuyeron entre ellos, sin tocar el queso de los granjeros».⁷ Esta actitud selectiva es la que ha hecho abandonar con razón a los historiadores modernos la etiqueta contemporánea de «muchedumbre». Hay muchos casos en los que el término «manifestación» hubiese sido, realmente, una descripción más adecuada que «revuelta». Los mineros cónicos cuyas acciones se describieron en el *Annual Register* de 1831 pertenecían claramente a la primera categoría. Se está de acuerdo en que el año 1831 no fué de hambre

6. Rule, «Industrial Revolution in Cornwall», p. 88.

7. Cole y Filson, *British Working Class Movements*, p. 25.

a un nivel amplio, y que aparte de las de Cornualles no se registraron otras revueltas de este tipo. Probablemente, también, en la década de 1830 se habían reformado un poco algunas de las «viejas y rudas maneras» de los mineros; al fin y al cabo, un número muy elevado de ellos eran metodistas y habían abandonado la costumbre de luchar entre sí para hacerlo contra el demonio. No obstante, es fuerte la impresión de orden y seriedad en la intención:

Un grupo de 3.000 mineros procedentes de las parroquias de Breage, Germoe y Wendron, Crowan, etc., pasaron por Helston con el mayor orden (habían escogido a ocho trabajadores como dirigentes), con el objetivo declarado de impedir nuevos envíos de grano desde el río Gweek. Cerca de Mawgan se encontraron casualmente con el señor Grylls que intentó convencerles de que regresasen, pero ellos no estuvieron de acuerdo. Dijeron: «Si usted, señor, y el señor Silvester (que ha venido de Helston) quieren venir con nosotros, nos comprometemos a no crear dificultades». Viendo que todos los intentos de inducirles a regresar eran inútiles, el señor Grylls, el reverendo Black y el señor Silvester les acompañaron hasta Geer, donde estaban depositados unos 100 *bushels* de cebada córnica, que el señor Grylls prometió que sería enviada al mercado de Helston.

El grupo siguió hacia otros dos lugares en los que, después de medir el grano que estaba guardado en los graneros, obtuvieron las promesas de que se enviaría al mercado, y luego se volvieron a sus casas:

Cerca de Mawgan el señor Grylls se dirigió al grupo y les aconsejó que volvieresen de manera pacífica a sus casas. Lo cual prometieron hacer, y dieron tres vivas, entraron en la ciudad de manera ordenada, varios cientos se recogieron en sus casas, y antes de las ocho apenas si se veía algún minero por la calle. Durante todo el día predominó la máxima calma; todo lo que exigían los trabajadores era que se llevase el grano al mercado a un precio que, de acuerdo con su poder adquisitivo, no podía superar los 12 s. [60 p.] por *bushel*.

También fueron los mineros de Cornualles los que, en 1767, después de visitar una granja, apalearon a uno del grupo por haber traspasado los límites de la legitimidad al sustraer un juego de cucharas de plata.⁸

8. . Rule, «Industrial Revolution in Cornwall», pp. 89-90, 100.

Las malas cosechas provocaron motines de subsistencia de un cierto grado de extensión geográfica en Inglaterra, los años: 1709-1710, 1727-1729, 1739-1740, 1748, 1756-1757, 1766-1767, 1772-1773, 1783, 1789, 1795-1796, 1799-1801, 1810-1813 y 1816-1818. En algunos lugares se registraron incidentes posteriores durante los años 1831 (Cornualles), 1847 (West Country) y 1854 y 1867 (South Devon). Dentro de esta cronología unos distritos mostraron mayor proclividad al motín que otros. En algunas ciudades o distritos se produjeron revueltas quizá sólo en uno o dos de estos años, pero en otras áreas la protesta fue más frecuente. En un extremo, los mineros de Cornualles protestaron con tal grado de regularidad que un minero nacido en 1725 podía recordar de su infancia las revueltas de 1729 y 1737, y podía haber participado en las de 1748, 1757, 1766 y 1773. Un minero nacido en 1750 tendría recuerdos infantiles de los motines de 1757 y habría participado en los de 1773, 1793, 1795, 1796 y 1801; resultados parecidos darían los cálculos para los mineros nacidos en 1775 y 1800. Sin duda el motín de subsistencia constituía un hecho tanto en la vida de los mineros como en la de aquellos que tenían relación con ellos. Las revueltas de subsistencia pertenecían claramente al área de la reacción *recurrente*; es decir, su frecuencia era tal que la memoria popular conservaba las formas de protesta adecuadas para hacer frente a situaciones de presión, a medida que surgían.

La distribución geográfica de las revueltas de subsistencia indica qué comunidades de consumidores eran más vulnerables a los efectos de la escasez y los precios altos en el mercado de granos. Stevenson ha destacado la importancia de las redes de transporte, de modo que los motines se producían no sólo en los puertos de mar sino también en los lugares donde el grano se podía sacar de la localidad por canales interiores como el Trent o el Avon.⁹ Las grandes poblaciones industriales o mineras aumentaban también la tendencia regional a la revuelta de subsistencia, no sólo debido a la facilidad con que allí se podían reunir multitudes, sino también porque dependían de los mercados locales para obtener los alimentos. Entre las áreas de este tipo se encontraban los asentamientos mineros, que existían al margen de las ciudades con mercado más que dentro de ellas. De modo que los mineros del estaño de Cornualles *entraban* en Penryn

9. Stevenson, *Popular Disturbances*, p. 94.

o Penzance, los mineros del carbón de Kingswood en los mercados de Bristol, y los mineros del carbón de Bedworth en los de Coventry.¹⁰ Esta dimensión es la que proporciona a los motines de subsistencia un elemento añadido de *invasión*. Además de los mineros, otros grupos destacados eran los trabajadores rurales del sector pañero, en el West Country y East Anglia, y los trabajadores portuarios.¹¹ Stevenson ha señalado que la creciente concentración urbana que supuso la industrialización llevó la revuelta de subsistencia a lugares como Halifax, Huddersfield y Rochdale, en la década de 1780.¹²

Al parecer, muchos incidentes surgían de forma espontánea cuando los consumidores, en particular las mujeres cuyo papel en esta forma de protesta está bien atestiguado, reaccionaban en el espacio del mercado ante los precios elevados. Otros incidentes suponían claramente propósitos previos. En 1737, un comerciante de Falmouth que estaba comprando cereal para mandarlo por barco a Londres recibió el siguiente aviso:

Me han dicho que últimamente has enviado una gran cantidad de grano, lo cual ha servido para aumentar el precio del grano hasta tal punto que los mineros del estaño están muy encolerizados contra ti ... y tengo información de confianza de que por lo menos cien de ellos estarán mañana a primera hora contigo: primero se reunirán en Chacewater y luego irán hacia Falmouth. Me han dicho que esto lo declararon públicamente en el mercado de Redruth el último Viernes.¹³

Siguiendo en gran medida el mismo estilo del «Capitán Swing», como veremos más adelante, las personas sospechosas de acaparar grano o de hacer subir su precio podían recibir anónimos o cartas de aviso antes de que se pasara a la acción directa:

10. Sobre los mineros del carbón de Kingswood, véase R. W. Malcolmson, «A set of ungovernable people: the Kingswood colliers in the eighteenth century», en J. Brewer y J. Styles, eds., *An Ungovernable People, The English and their Law in the seventeenth and eighteenth centuries*, Hutchinson, 1980, pp. 85-127.

11. Stevenson, *Popular Disturbances*, p. 92; R. Wells, «The revolt of the south-west, 1800-01; a study in English popular protest», *Social History*, 6, 1977, p. 742.

12. Stevenson, *Popular Disturbances*, p. 99.

13. Rule, «Industrial Revolution in Cornwall», p. 88.

Ésta es para que sepáis vosotros y todos los demás Jueces de Paz que si los Panaderos y los Carniceros y la gente del mercado no bajan sus mercancías a un precio razonable como hacen en otros Mercados habrá un Levantamiento como jamás se ha visto.

Esta advertencia la recibió un magistrado de Norwich en 1766, y los labradores del distrito de Odiham de Hampshire recibieron una en 1800 que todavía era más directa:

A los Condenados Estigmas del Fuego Eterno del Infierno Per-
tenecientes a Odiham y su Vecindad. En otras palabras a los Malditos Villanos de Labradores que retienen el Grano que a Dios place enviar para que el Pueblo de la Tierra se lo quite.

Ésta es para informaros a todos vosotros de que yo y mis Compañeros hemos acordado de manera Unánime y asimismo hecho un Juramento Unos a Otros de que si no Hay un Cambio rápido hecho para el Bien de los pobres respecto del grano que tenéis pensando en hacer vuestra fortuna lo quemaremos hasta el Suelo tanto si Está en Niaras como en Graneros porque el fuego que Hubo la Última Semana Sólo fue el principio de vuestro Problema, sabemos dónde están Todas las Niaras de Grano de este País, y Todos los Graneros que esconden Cereal con el fin de matar de hambre a los Pobres Pero estamos Decididos a que si Hay Miseria Sea una cosa General y no parcial porque Tanto los Caballeros como la gente Sencilla Morirá de hambre si alguien Muere Maldito lo que nos importan los tipos que Se Llaman Caballeros Soldados Pero que en nuestra opinión Parecen más bien Monos montados encima de Osos ...¹⁴

En el pueblo aparecieron carteles advirtiendo por adelantado que el populacho tenía intención de actuar el siguiente día de mercado:

Ésta es para avisar a toda persona que venga a este mercado o a otros mercados de esta parroquia para que acuda inmediatamente a la Iglesia de la Ciudad el Sábado 14. Todo aquel que tenga mosque que lo traiga consigo porque tenemos intención de reunirnos y

14. E. P. Thompson, «The crime of anonymity: Appendix, A sampler of letters», en D. Hay, P. Linebaugh y E. P. Thompson, eds., *Albion's Fatal Tree. Crime and Society in Eighteenth-Century England*, Allen Lane, 1975, pp. 328, 332-333. (Hay trad. cast. en *Tradicón, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica, Barcelona, 1979.)

ser independientes y los que no tengan mosquete que se procuren palos de nueve pies de largo con un arpón fijo en un extremo del mismo y aquellos que se niegan a exponerse al peligro que vengan.

Todos a una. Todos a una.

Un viejo minero recordaba que en su infancia había visto carteles que hacían un llamamiento a los padres de niños famélicos «en nombre de Dios y del Rey» para impedir que saliesen de los puertos de Cornualles barcos cargados de grano.¹⁵

El tamaño de estas multitudes podía llegar a ser formidable; por ejemplo, allí donde los documentos hacen referencia a las multitudes cónicas como algo más que «un gran gentío» u otras frases parecidas, se pueden tabular estas estimaciones:

300	Penzance	1831
400	Padstow	1795
500	Penryn	1795
700-800	Padstow	1773
2.000	Manaccan	1831
2.000	Falmouth	1727
3.000	Truro	1796 ¹⁶

Entre las multitudes que participaban en las revueltas de subsistencia se podían encontrar muchos tipos de trabajadores y, en especial en el mercado, gran número de mujeres, pero sólo escasas veces se encuentran braceros agrícolas, excepto en el caso de East Anglia en 1816. De vez en cuando, fuertes elementos ceremoniales, e incluso rituales, subrayaban la importancia de la legitimidad y la tradición. Orquestas de pífanos y tambores encabezaban las procesiones de la multitud, había pancartas que proclamaban «Pan o Sangre» y se alzaban en picas hogazas de pan adornadas con crespones negros. En Cornualles, uno de los lemas de las visitas que se hicieron a los labradores que acaparaban, en los años 1796, 1801 y 1812, fue «la cuerda y el contrato»: «Si los labradores dudaban en firmar este papel [que contenía una declaración de que venderían su grano, etc., a un precio reducido] se les ataba la cuerda alrededor del cuello y se

15. Rule, «Industrial Revolution in Cornwall», pp. 96-97, 102.

16. J. G. Rule, «The Labouring miner in Cornwall c. 1740-1870: a study in social history», tesis doctoral, Universidad de Warwick, 1971, p. 157.

les aterrorizaba y torturaba hasta que obedecían». La cuerda sólo representaba una amenaza formal. Sólo en un caso está registrado que se llevase más lejos, en 1796, cuando se suspendió realmente de la cuerda a dos labradores, pero se cortó antes de que sufrieran poco más que un ligero sofoco. En cualquier caso las autoridades se apresuraron a declarar que cualquiera de esos contratos firmados era nulo e inválido.¹⁷

En general, cualquier tipo de violencia que no fuese la amenaza no era característica del motín de subsistencia en Inglaterra; como señaló el doctor Stevenson: «No parece que la multitud inglesa matase a nadie deliberadamente en las diversas revueltas de subsistencia que se produjeron desde comienzos del siglo XVIII hasta principios del siglo XIX». En este contexto se deben destacar las respuestas a menudo conciliadoras de los magistrados. En general no buscaron imponer condenas que supusieran un castigo duro una vez se había restablecido el orden y en un número sorprendentemente grande de casos parecen, en realidad, haber tendido de algún modo a cumplir los deseos de la multitud haciendo lo que estaba en su mano para regular los precios. Precisamente, la multitud del siglo XVIII recurría con frecuencia a la revuelta de subsistencia porque sabía que muchas veces era eficaz para conseguir objetivos a corto plazo.¹⁸

LOS BRACEROS AGRÍCOLAS Y LA PROTESTA

Hemos mostrado ya con anterioridad que hacia 1750, en el sur y en East Anglia, la proletarización de los braceros agrícolas había recorrido un buen trecho y que a partir de aquel momento aumentó su ritmo para llegar a ser sustancialmente completa en 1830. Sin embargo, sólo desde hace muy poco tiempo los historiadores han dirigido una estrecha atención hacia las formas de protesta que acompañaron una transición que constituyó un proceso no sólo de proletarización, sino, en particular después de 1790, de empobrecimiento.¹⁹ A los braceros se les presenta de forma convencional

17. Rule, «Industrial Revolution in Cornwall», pp. 90-91.

18. Stevenson, *Popular Disturbances*, pp. 105-106.

19. Sobre la proletarización, véase R. A. E. Wells, «The development of the

como un grupo agudamente desempleado y subalimentado que no obstante estaba intimidado por una dependencia con respecto a los «poderosos» de las zonas rurales, a cambio de esta triste suerte. Al vivir en condiciones físicas degradantes, también se deshumanizaban y experimentaban una constante desmoralización y un ánimo decaído. En tales circunstancias, antes del gran estallido de 1830, el resentimiento y la desesperación se manifestaban significativamente sólo a través del delito; no sólo el relacionado con el hambre, como la caza furtiva, el robo de nabos, grano o ganado, sino también con delitos como el incendio o la mutilación de animales que podían reflejar las quejas individuales o de la comunidad. Los historiadores están debatiendo la importancia relativa del delito «social» y los problemas de definición que presenta.²⁰ Contraponen el «delito como protesta» y el «delito de protesta» a la acción por motivos económicos, pero no hay duda de que gran parte del delito rural de finales del siglo XVIII se debe considerar como parte de una reacción de protesta de los braceros agrícolas de los condados del este y el sur contra las condiciones de su existencia que empeoraban de manera progresiva; algunos de ellos, al menos, lo eran de forma explícita. El doctor Wells en un artículo provocador ha caracterizado la protesta *encubierta* como la forma que dictaban las fuerzas del cambio agrario que actuaban de forma local, lenta y evolutiva; por muy importante que fuese su efecto agregado sobre la producción nacional y por mucho que hubiese transformado de forma completa, en sus resultados, la estructura económica y las relaciones sociales en el campo. En 1800 esta evolución se había estado gestando durante tanto tiempo que los braceros agrícolas más inactivos aceptaban un destino en el marco del cual se les había criado, más que empujado, y según el cual su expectativa era conseguir trabajo por un salario de subsistencia. Sus superiores, los labradores y los terratenientes, les debían esto, y la frustración de expectativas tan modestas, y no el

English rural proletariat and social protest, 1700-1850»; *Journal of Peasant Studies*, 6, 1979, pp. 115-139; y Charlesworth, ed., *Atlas of Rural protest*, pp. 8-20, 131-139. Para una reafirmación provocadora de la importancia continuada de las actitudes campesinas en el sur, véase M. Reed, «The peasantry of nineteenth-century England: a neglected class?», *History Workshop Journal*, 18, 1984, pp. 53-76.

20. Para un intento de definición, véase J. G. Rule, «Social crime in the rural south in the eighteenth and early nineteenth centuries», *Southern History*, I, 1979, pp. 135-153.

deseo de derrocar el orden dado de la sociedad rural, les empujó a la protesta abierta de forma amplia en 1830-1831 y a nivel local en East Anglia en 1816 y 1822. Recordarles a los gobernantes cuáles eran sus obligaciones mínimas era la otra cara de la moneda del paternalismo y la deferencia. Aunque en 1830-1831, en algunos lugares estuvieron levemente en contacto y en los límites de las pinceladas de radicalismo político, sus aspiraciones eran básicamente limitadas.

La estabilidad de la sociedad rural dependía, insiste Wells, no sólo en un determinado sentido del orden social dado, sino también en la aplicación de la Ley de Pobres antigua. Debió ser así necesariamente cuando en los años de inflación de las guerras con Francia, los años de grandes crisis de grano de 1793-1796 y 1797-1801, el coste de la subsistencia básica en trigo podía ser de 6 s. (30 p.), que estaba por encima de los ingresos totales de una familia de braceros. Con una situación así los labradores estaban bastante contentos. La beneficencia procedente de los impuestos para ayudar a los pobres les libraba de la obligación de pagar un salario suficiente para vivir, y el control social aumentaba gracias a este sistema que, por su propia naturaleza, permitía ejercer la discriminación en el reparto de una limosna de la que casi todos dependían. Utilizado contra los vagos y los alcohólicos, era igualmente eficaz contra los que protestaban, o «alborotadores», y aquellos que eran tan orgullosos que expresaban su resentimiento. Wells ha observado que a partir de la década de 1790 se produjo una extensión de la «autoridad pública» con una regulación creciente sobre cosas como el mantenimiento de perros, el espiguelo en los campos después de la cosecha y las cervecerías de los pueblos. La dominación por parte del *squire*, el párroco y el labrador de las *vestries*, que a su vez ejercían un control sobre la parroquia, condujo a una polarización de clase creciente y, al romperse la frágil cobertura de una sociedad rural orgánica, aparecieron expresiones de antagonismo de clase relativas a cientos de manzanas de la discordia: por una parte, la acumulación de odio; y por la otra, un sentimiento recíproco de desconfianza, desprecio y en última instancia miedo.²¹

Los sentimientos de rencor no ayudan necesariamente a la formación de movimientos sociales o políticos y donde lo hacen difícil-

21. Wells, «Development of the English rural proletariat», pp. 115-126.

mente aseguran el éxito de los estallidos que fomentan. Tan fuerte era el poder represivo de la sociedad rural, argumenta Wells, que la protesta abierta no era una posibilidad seria, sino una experiencia efímera: el delito era la alternativa encubierta que, como han demostrado él y otros autores, aumentaba en incidencia e intensidad en los distritos rurales y recogía una dimensión de protesta más manifiesta.²²

En una crítica a la posición de Wells, Charlesworth ha dado una interpretación diferente de las implicaciones de la proletarización de los braceros agrícolas para las formas de protesta. En su opinión, la polarización de la sociedad rural fue fundamental al permitir el desarrollo de una *comunidad independiente* de braceros, que compartía una experiencia común de explotación y que alrededor del ámbito de la taberna del pueblo podía discutir sobre sus quejas y, en algunas ocasiones, movilizarse para rectificarlas. Los años de las guerras fueron fundamentales para dar forma a esta nueva conciencia, y las intensas presiones que provocaron permitieron que los braceros mirasen atrás, hacia las décadas de 1770 y 1780, como una «época dorada», aunque más de suficiencia que de abundancia. En contraposición con la insistencia de Wells en la naturaleza evolutiva y gradual del cambio agrario, este autor subraya el impacto, con su resultado de formación de conciencia, de los años de guerra que van desde 1793 a 1815. Niega que la aplicación de la vieja Ley de Pobres constituyese un instrumento abrumador de control social, y argumenta que se debe distinguir el papel de la *gentry* y el clero del que desempeñaron los labradores. En un momento en que «los progresos del capitalismo agrario deberían haber arrancado el velo del paternalismo», la persistencia de la *gentry* y del clero en sus papeles clásicos daba un sentido especial de legitimación a las acciones que emprendían los braceros en defensa de las expectativas *tradicionales*. (Por ejemplo, señala el efecto que las indulgentes sentencias impuestas en las primeras semanas de la revuelta *Swing* tuvieron para que aquel estallido se acelerase.) Para Charlesworth, las continuidades que Wells subraya no son tan claras; la desmoralización y la derrota de los años 1830-1831 señalan el punto en que las formas *abiertas* de protesta dan paso a las formas *encubiertas* y éstas se convierten en la resentida norma. De manera parecida, para él la

22. *Ibid.*, p. 127.

institución crítica para el reforzamiento del control social, mediante el funcionamiento de un sistema de beneficencia para los pobres, es la *nueva Ley de Pobres de 1834*. Mucho más difícil de sostener es su agregación de protestas colectivas desperas referentes a los niveles salariales en el sur y en el este, en los años 1793 a 1805, como signo manifiesto de una protesta proletaria creciente que se materializó en las revueltas de East Anglia de 1816 y 1822 y que, a pesar del deterioro de la situación del mercado de trabajo que se produjo al final de la guerra en 1814, dio forma a la resolución de la comunidad de braceros de manera que resulta comprensible la continuación de la protesta en los años 1830-1831.²³

Wells ha replicado que la argumentación de Charlesworth se basa en explosiones de protesta «excepcionales» y refleja más preocupación por las «líneas de demarcación» histórica que por la vida cotidiana. Está en la línea de los hallazgos de historiadores como E. J. Evans cuando insiste en que el clero rural era más odiado como juez que admirado como sustentador del paternalismo y, basando su argumento en el detallado caso de Burwash de East Sussex en las décadas de 1820 y 1830, demuestra que la *vestry*, incluso la de una denominada parroquia «abierta», no sólo era capaz de añadir normas más estrictas a la aplicación de la beneficencia para los pobres que un agente de cualquier *squire* de un «pueblo cerrado», sino que a menudo era el blanco de la acción de protesta encubierta. Este es un debate vivo que todavía no está cerrado. Me pareció que quizás el doctor Charlesworth afirma demasiadas cosas y tiene todavía pocas pruebas que apoyen su visión del desarrollo de una conciencia proletaria que alimentaría una respuesta colectiva abierta. Si los estallidos de East Anglia indican una fuerza creciente que presumiblemente se manifestó más adelante en 1830-1831, entonces nos preguntamos, junto con el doctor Wells, qué debemos entender por debilidad.²⁴

23. A. Charlesworth, «The development of the English rural proletariat: a comment», *Journal of Peasant Studies*, 8, 1, 1980, pp. 101-111.

24. R. A. E. Wells, «Social conflict and protest in the English countryside in the early nineteenth century: a rejoinder», *Journal of Peasant Studies*, 8, 4, 1981, pp. 514-530.

Las revueltas de los años 1816 y 1822 en East Anglia

El ritmo especialmente rápido del cambio agrario en East Anglia dio paso a los únicos ejemplos destacables de protesta abierta antes de 1830. Como ha señalado Peacock, si hacemos una definición amplia, no hubo en aquel distrito ningún año de la primera mitad del siglo XIX que fuese «tranquilo»; no obstante, la acción abierta sólo fue claramente evidente en los años 1816 y 1822.²⁵ Los estallidos de disturbios anteriores habían adoptado diversas formas. En los motines de subsistencia y los ataques a las *spinning jennies* (Bury St. Edmunds) apenas si habían participado los braceros agrícolas, pero los progresos agrícolas que se producían en las margas y las arcillas de Essex, Suffolk y Norfolk abocaron no sólo a protestas con el objetivo limitado de la restauración de los niveles salariales de los años 1793-1805, sino a acciones que anticipaban los ataques contra la maquinaria de la revuelta *Swing*. Se decía que los *mole ploughs** y las máquinas de trillar amenazaban la disponibilidad del empleo en invierno. En realidad las protestas contra las máquinas trilladoras empezaron ya en Suffolk en 1815, donde, debido a su limitada difusión, se debe considerar que la protesta era contra una amenaza más potencial que real. Las reacciones de las autoridades ante las demandas salariales eran variables. En Downham, los braceros se encolerizaron cuando sólo se les ofreció un aumento de la ración de pan y de harina subvencionada en lugar de los salarios solicitados de 2 s. (10 p.) diarios, pero en Ely los magistrados accedieron a la demanda de que los labradores pagasen a los braceros «sus salarios completos». Los disturbios se extendieron a la economía campesina más diversificada de los pantanos, donde participaron grupos distintos de los braceros agrícolas y donde la economía tradicional estaba resistiéndose a las «mejoras» que, con la culminación del drenaje de las décadas de 1820 y 1830, estaban destinadas a destruirla.²⁶

En las revueltas de 1822 participaron sobre todo braceros agrícolas; empezaron en febrero con ataques a las máquinas trilladoras

25. A. J. Peacock, «Village radicalism in East Anglia, 1800-1850», en J. P. D. Dunbabin, *Rural Discontent in Nineteenth Century Britain*, Faber, 1974, p. 39.

* Arado con una pieza de hierro puntiaguda que hace un canal subterráneo para drenaje. (*N. de la t.*)

26. Charlesworth, *Atlas of Rural Protest*, pp. 146-148.

y visitas a los labradores para persuadirles de que abandonasen las máquinas o en caso contrario se las destruirían. Los ataques casi simbólicos de 1816 fueron sustituidos por algo más parecido a una protesta general contra las máquinas, pero la rápida reacción de las autoridades parece que restauró el orden con prontitud.²⁷

Las revueltas de los braceros agrícolas de los años 1830-1831

Las revueltas de los braceros agrícolas, que se iniciaron en Kent con ataques nocturnos a máquinas trilladoras a finales de agosto de 1830, se extendieron con una rapidez sorprendente a través del sur de Inglaterra, alcanzaron sensiblemente East Anglia y afectaron las Midlands y el Lincolnshire. Sin duda estas revueltas, que se conocieron a nivel popular como las «Revueltas Swing» debido a la firma del «Capitán Swing» que aparecía al pie de cartas amenazadoras, fueron «el episodio más impresionante de la larga y condenada lucha de los braceros agrícolas ingleses contra la pobreza y la degradación» y para conseguir salarios justos y tener derecho al trabajo.²⁸

Gracias a las investigaciones de los profesores Hobsbawm y Rudé, que complementan los relatos anteriores hechos por J. L. y Barbara Hammond, sabemos muchas cosas acerca de la forma, la difusión y la importancia de las revueltas. A partir de sus inicios cerca de Canterbury, se extendieron durante tres meses por veinte condados. Pasando por Bromley, Sevenoaks y Orpington en forma de multitud de fuegos incendiarios, rotura de máquinas trilladoras y demandas de mayores salarios, alcanzaron el oeste de Sussex a mediados de noviembre y al cabo de pocos días estaban en el límite del Hampshire. Casi de forma simultánea hicieron erupción en Berkshire, Wiltshire y Oxfordshire. Cruzaron a través del Wiltshire hacia zonas de Gloucestershire y más hacia el oeste provocaron estallidos dispersos en Herefordshire, Somerset, Devon, Dorset y Cornualles. En los condados del interior se extendieron desde Berkshire hacia Buckinghamshire y hacia el este a Essex, Bedfordshire, Huntingdonshire, Northamptonshire, Cambridgeshire y hacia los límites de

27. *Ibid.*, pp. 148-151.

28. E. J. Hobsbawm y G. Rudé, *Captain Swing*, Penguin, 1973, p. XXI. (Hay trad. cast., Siglo XXI, Madrid.)

Lincolnshire. No afectaron con la misma intensidad a todos los condados: en Kent, Sussex, Hampshire, Berkshire y Wiltshire se produjo casi una «conflagración social generalizada», y los hechos fueron también explosivos en Norfolk y quizás en Huntingdonshire; en los otros lugares los sucesos fueron más esporádicos. Cuando se produjeron las últimas acciones, de nuevo en Kent a finales del verano de 1831, se habían registrado más de 1.400 incidentes y se habían hecho 2.000 detenciones. Las comisiones especiales que les juzgaron encarcelaron a 500 e hicieron ejecutar a 19 personas.²⁹

Hobsbawm y Rudé han señalado que una característica de las protestas fue la multiplicidad de sus formas. En diferentes lugares y en momentos diferentes, con modelos que variaban de condado en condado, comportaban la destrucción de máquinas trilladoras, el incendio de almiarés, demandas salariales, protestas contra las rentas y los diezmos, envío de cartas amenazadoras y ataques a los funcionarios de la Ley de Pobres. En su conjunto, todas estas quejas eran síntomas de una pobreza muy extendida, de los salarios bajos y el desempleo de los braceros agrícolas en las zonas predominantemente cerealícolas del sur y el este del país. Dentro de las fronteras de esta economía agraria particular, las protestas alcanzaron un nivel tan cercano al nacional como era posible.³⁰

Los hechos diferían entre distintos condados y en el seno de los mismos. Los primeros ataques nocturnos a las máquinas trilladoras, cuyo funcionamiento hacía disminuir uno de los pocos empleos a los que podían acceder en invierno los braceros en una economía cerealícola, recibieron un trato moderado por parte de una magistratura bastante benévola, pero a medida que pasaron a ser ataques a la luz del día y demandas salariales públicamente declaradas, la actitud de las autoridades empezó a endurecerse. Antes de llegar al oeste de Sussex, 1.000 braceros se reunieron públicamente en el mercado de Chichester para encontrarse con los jueces y los principales labradores del distrito y les arrancaron un acuerdo de aumento salarial de 10 s. a 14 s. (50 p. a 70 p.) a la semana. A medida que el movimiento se extendía al Hampshire y el Wiltshire, alcanzaba su

29. J. L. y B. Hammond, *The Village Labourer*, 1911, en G. E. Mingay, ed., Longman, 1978, caps. 10 y 11; E. J. Evans, *The Forging of the Modern State, Early Industrial Britain*, Longman, 1983, p. 146.

30. Hobsbawm y Rudé, *Captain Swing*, p. XXV.

máximo grado de difusión y su mayor ímpetu. Como consecuencia del movimiento, cada uno de estos condados tuvo 300 detenidos, mientras que en Kent sólo hubo 100. En Wiltshire y Hampshire hubo menos delitos de incendio que en Kent, pero se hizo un mayor énfasis en la destrucción de máquinas, en especial en el Wiltshire, y en las demandas de comida y las «exacciones» de dinero sobre la población local. En el Berkshire, las demandas salariales estuvieron en primer plano; el *Reading Mercury* describía el siguiente incidente ocurrido allí:

Los braceros de la parroquia de Thatcham empezaron a reunirse a primera hora con el fin de inducir a sus patronos a subirles el salario. Cuando estuvo reunido un número suficiente de ellos, iniciaron una marcha (precedidos por uno del grupo que tocaba un cuerno), para visitar todas las granjas con objeto de hacer que los braceros se uniesen a ellos. Con este procedimiento su número aumentó y al mediodía eran ya dos o trescientos. Luego se dirigieron al campo-santo y, estando allí reunida la *vestry* escogida, les presentaron a los caballeros reunidos la petición verbal de que les diesen trabajo y les aumentasen los salarios. La primera de las peticiones recibió una respuesta favorable, pero no se ofreció ninguna esperanza de mejora respecto a la segunda. Durante todos estos procedimientos los trabajadores se comportaron de manera completamente pacífica, si exceptuamos que obligaron a alguno que no tenía inclinación de unirse a ellos.³¹

A partir de este momento los braceros dirigieron su atención hacia los ataques a la maquinaria. No obstante, en Bedfordshire, aunque hubo amenazas, demandas salariales e incendios intencionados, no se rompieron máquinas. En East Anglia, a diferencia de los condados del sur, se había dado una historia previa de ataques a máquinas trilladoras durante los disturbios de los años 1816 y 1822, aunque cuando los disturbios llegaron a modo de prueba al Lincolnshire, los incidentes consistieron principalmente en incendios provocados.³²

La impopularidad de la Ley de Pobres en algunos distritos produjo ataques a sus funcionarios y a los asilos para pobres, mientras

31. *Ibid.*, p. 105.

32. *Ibid.*, pp. 118, 135-136.

que en otras áreas el resentimiento contra los diezmos y las rentas elevadas dio lugar a alianzas entre braceros y algunos labradores. Bushaway ha observado que en algunos incidentes había sólidas formas de folklore ritual. Las demandas de «retribución», comida o cerveza formaban parte de las costumbres «dadivosas» de la Inglaterra rural, mientras que la humillación ritual de los funcionarios como el Supervisor Auxiliar de Brede en Sussex (uno de los diez pueblos de Sussex en los que se expulsó o amenazó a los funcionarios de la Ley de Pobres) expresa con claridad la sanción popular del *charivari*:

Los aldeanos llevaron el carro hasta la puerta de Abel, le cogieron y le subieron a él con una cuerda alrededor del cuello, a la que se había atado una gran piedra. Casi sin excepción, todos los habitantes acompañaron a los braceros, que de esa guisa le sacaron de la parroquia acompañado de una «cencerrada».

Incluso el nombre popular de este tipo de disturbios —*mobbings*—, tiene una resonancia tradicional.³³

Esta cualidad de las revueltas (el hecho de que por mucho que los problemas estructurales de la agricultura del sur y el este implicasen la existencia de salarios bajos y un severo desempleo o subempleo basado en el rápido crecimiento de la población de braceros rurales, la revuelta *Swing* todavía diera paso, y quizá más que cualquier otro de los ejemplos de disturbios generalizados, al notable caso de articulación de agravios locales de carácter particular) es la que conduce al historiador a preguntarse si los motines constituían un «movimiento» en un sentido real. Desde Norfolk, un tal coronel Botherington aportó un uso equivocado de la palabra, contemporáneo a los hechos, cuando concluyó: «El movimiento insurreccional no parece estar dirigido por plan o sistema alguno, sino movido por el sentimiento espontáneo de los campesinos, completamente al azar».³⁴

No vamos a sugerir que se trató de una serie de estallidos coincidentes completamente desconectados. Hubiese sido necesario algo

33. Bob Bushaway, *By Rite. Custom, Ceremony and Community in England 1700-1880*, Junction Books, 1982, pp. 190-202.

34. Hobsbawm y Rudé, *Captain Swing*, p. 187.

más que la experiencia y los sentimientos de resentimiento compartido para extender la revuelta a veinte condados en cuestión de semanas. Por supuesto se habló de «forasteros» que actuaron como agitadores en las regiones amotinadas, pero en realidad los estallidos se extendieron por un proceso de emulación cuyo símbolo era la aparición recurrente del mítico «Capitán Swing» como firmante de las cartas amenazadoras que precedían a los disturbios, la quema de almiaras y la destrucción de maquinaria en los diversos condados:

Señor:

Le mandamos ésta para hacerle saber que si no destruye inmediatamente su máquina trilladora empezaremos nuestro trabajo en nombre de todos

Swing³⁵

Está en discusión hasta qué punto el radicalismo político tuvo un papel en ellos. Tanto Henry Hunt como William Cobbett trataron brevemente los sucesos de los años 1830-1831, y algunos núcleos de radicales, zapateros y otros trabajadores de las ciudades puede que tuviesen un papel más importante del que los historiadores han admitido tradicionalmente. Hace poco que un historiador ha sugerido que la confección cuidadosa de mapas de los sucesos revela la importancia de la «carretera de Londres» en el proceso de politización, por medio de la propaganda radical, de los asentamientos que existían a lo largo de ella.³⁶ Es cierto que la alta tensión política del momento álgido de la agitación de la reforma y las revoluciones en Francia y en Bélgica pudieron desempeñar un papel en la difusión de los disturbios más allá de Kent y Sussex, pero los objetivos fundamentales de los braceros siguieron siendo tanto económicos como *moderados*:

No son igualitarios rurales, aceptan el orden establecido de la sociedad provinciana y sus expectativas son extremadamente mínimas: una ligera mejora del salario, la destrucción de la maquinaria, la

35. *Ibid.*, pp. 201, 172.

36. Véase A. Charlesworth, «Radicalism, political crisis and the agricultural labourers' protest of 1830», en Charlesworth, ed., *Rural Society Change and Conflicts since 1500*, Humberside College of Higher Education for C.O.R.A.L., 1982, pp. 42-54.

oportunidad de trabajar aunque preservando su dignidad. Acuden a sus tareas de revuelta de forma educada, vestidos con sus mejores galas, según el relato de muchos testigos presenciales; pocas veces utilizan el lenguaje amenazador ... Es la revuelta de la dignidad, tienen conciencia de sus propios derechos y saben que no están haciendo nada que sus padres no hubiesen hecho.³⁷

En una medida importante los objetivos de los revoltosos eran mostrar su resentimiento tanto contra los líderes tradicionales de la comunidad rural como contra los labradores codiciosos. Las obligaciones tradicionales de los acomodados no se estaban cumpliendo: «Las revueltas fueron, en parte, una protesta contra el declive del paternalismo».³⁸

Las consecuencias de la revuelta Swing

Los historiadores en su gran mayoría han subrayado el aspecto desmoralizador del final de los disturbios de los años 1830-1831. Quizá la descripción contemporánea mejor conocida del bracero del sur de aquella época es la que hizo la señora Gaskell en *North and South* (1854), en la que aconsejaba al obrero fabril del norte que abandonase toda idea de mejorar su situación trasladándose al sur no industrializado:

Calculas que si tienes trabajo tendrás carne de la carnicería una vez al día; págala de tus diez chelines y mantén si puedes a esos pobres niños ... No soportarías la insipidez de la vida; no sabes lo que es eso; te corroería como el orín. Los que han vivido allí toda su vida están acostumbrados a bañarse en las aguas estancadas. Trabajan, un día tras otro, en la gran soledad de los fragantes campos, sin hablar ni levantar jamás su pobre cabeza inclinada y agachada. El duro trabajo con la pala les roba la inteligencia de la vida; la monotonía de su laboreo adormece su imaginación ... vuelven a casa embrutecidos y cansados, ¡pobres criaturas! No se preocupan por otra cosa que no sea comer y dormir.³⁹

37. «A very English rising», *Times Literary Supplement*, 11 de septiembre de 1969.

38. Evans, *Forging of the Modern State*, p. 146.

39. Elizabeth Gaskell, *North and South*, Penguin, 1970, p. 382.

Aunque, como hemos visto, existe una serie de razones para señalar la importancia de la protesta encubierta en forma de delito como un acompañamiento continuado de las últimas fases de proletarización de la mano de obra agrícola, diversos historiadores sugieren que el incendio (en especial) y el robo y la mutilación de ganado se volvieron predominantes y más vengativos después de la derrota de la revuelta *Swing*. Como han afirmado Hobsbawm y Rudé, «el Capitán Swing, a quien la opinión pública tachó equivocadamente de incendiario en 1830, triunfó en este papel durante los veinte años siguientes». El doctor Jones ha detectado que el momento álgido de los incendios intencionados en East Anglia se da en los años 1844-1851, mientras que durante la revuelta *Swing* sólo había sido un fenómeno periférico en esta área. Los contemporáneos coincidían en la apreciación de que una nueva casta de labradores más duros se enfrentaba a una nueva casta de braceros, resentidos hasta un extremo desconocido por sus antepasados. A los braceros no les llegaba mayoritariamente la educación y la religión les redimía escasamente: de las 84 personas acusadas de delito de incendio en 1844, sólo 45 podían regularmente leer y 28 no sabían leer en absoluto; a la vez eran corrientes las críticas a la poca asistencia de los braceros a la iglesia y el lamento de la débil influencia del clero.⁴⁰ La condición del bracero provocaba entre las clases propietarias un miedo que, según el intencionado informe de Edwin Chadwick de 1839, significaba que la nueva vigilancia rural no había sido bien recibida entre las clases altas, exceptuando a unos pocos tradicionalistas.

East Anglia ha sido un área mejor estudiada que otras, pero no parece que haya razón para dudar, como han indicado Lowerson y otros, de que su experiencia encontró resonancia en los condados del sureste. Aunque es difícil afirmar cuántos de los más de 500 casos de robo de ovejas, sucedidos en Sussex durante el crudo invierno de 1838-1839, estuvieron motivados por razones distintas al hambre, los 40 casos de delito de incendio en Kent entre los años 1842 y 1851, parecen apuntar hacia la experiencia de East Anglia.⁴¹

40. D. Jones, *Crime, protest, community and police in nineteenth-century Britain*, Routledge and Kegan Paul, 1982, pp. 35-36, 39; Hobsbawm y Rudé, *Captain Swing*, p. 244.

41. J. Lowerson, «The aftermath of Swing: anti-Poor Law movements and rural trades unions in the south east of England», en Charlesworth, ed., *Rural Social Change*, p. 74.

Pero el delito no es la única cosa que hay que tener en consideración cuando se valoran las respuestas de los derrotados braceros en los años que siguieron a la revuelta *Swing*. Durante unos pocos años fue evidente la existencia de una protesta abierta y de disturbios contra la aplicación de las previsiones de la nueva Ley de Pobres de 1834. Los historiadores han tendido a concentrar el estudio de la resistencia popular a la nueva Ley de Pobres en los sucesos del norte, pero no se debe subestimar la profunda resistencia que se produjo en los años 1834-1836 en el sur y en East Anglia. Además de lo que parece haber sido un movimiento importante de resistencia en el este de Sussex, se ha documentado la existencia de una oposición colectiva para Kent, Wiltshire, Devon y Cornualles, así como para East Anglia, con ataques a los asilos para pobres y a los funcionarios.⁴²

También parece que en los años 1834-1835 se produjo algo parecido a un resurgimiento de la protesta económica de tipo sindical; de lo cual el famoso caso de Toldpuddle, en Dorset, sólo fue un ejemplo y quizá no el más corriente. Sólo se está empezando a valorar de nuevo el caso de Toldpuddle en el contexto de un sindicalismo agrario más extendido, y sería por tanto prematuro adelantar conclusiones en este estadio. Jones ha subrayado que en East Anglia, en los años 1834-1835, apareció un sindicalismo con «diversos disfraces», pero que desapareció con rapidez. Hobsbawm y Rudé citan documentos de *unions* de braceros agrícolas procedentes de Rye, Eastbourne, Winchelsea y Essex en 1836, y Wiltshire en 1834. Se detectan huelgas en Goring y en varios lugares de Kent. Especialmente interesantes son los hallazgos de John Löwerson que corresponden al sureste. Este autor presenta datos que indican que se ha hecho una seria subestimación del alcance del sindicalismo agrario en especial para 1835, pero también apunta hacia algunas continuidades a ambos lados de 1830-1831. En abril de 1835 se informaba desde la zona limítrofe de Kent y Sussex: «A principios de este año los braceros agrícolas se asociaron en gran número a una *union* secreta, cuyo objetivo inmediato desconocen los labradores». La *union* se presentaría con el nombre de United Brothers of In-

42. *Ibid.*, pp. 55; Jones, *Crime, protest, community and police*, p. 45; Ursula R. Q. Henriques, *Before the Welfare State. Social Administration in early industrial Britain*, Longman, 1978, pp. 52-54.

dustry en una marcha de sesenta hombres por las calles de Rye y Wilchelsea. Era indistinta con la Agricultural Labourer's Benefit Society y parece que extendió con rapidez sus secciones y además lo hizo, después de los hechos de Toldpuddle, de una forma sorprendentemente pública por todo el distrito. Sus estatutos impresos eran básicamente los mismos que tenían las sociedades de socorro mutuo, pero sus declaraciones públicas se expresaban en un lenguaje diferente. El aterrorizado párroco de Seaford informaba:

Las Agricultural Trade Unions se han reunido en una taberna del lugar ... El motivo aparente de la *union* es el socorro mutuo cuando sus miembros (o Hermanos como se llaman a sí mismos) no puedan trabajar; pero su intención real, que yo conozco pero no puedo probar de forma legal, es la intimidación; y han decidido que tan pronto como sean bastante fuertes harán una huelga simultánea en todo el país; si es posible durante la cosecha —también han profirido amenazas de prender fuego al cereal que está plantado...⁴³

Los agricultores del distrito se tomaron la amenaza tan en serio que presentaron el «documento» a los trabajadores antes de que empezase la cosecha; y tres trabajadores que fueron despedidos como consecuencia de su negativa a firmarlo recibieron apoyo financiero de los sindicalistas de Brighton. Frente a la oposición organizada y decidida de los labradores, la *union* parece haber desaparecido de la escena a finales de 1835.⁴⁴

El problema está a la espera de posteriores investigaciones. ¿Qué alcance tuvieron estas organizaciones? ¿Hasta qué punto fueron «clandestinas»? ¿Qué vínculos mantenían con los sindicalistas urbanos (porque, como nos recuerdan Hobsbawm y Rudé, los hombres de Toldpuddle no ignoraban la existencia de un movimiento sindical)? Dada la situación actual de los conocimientos, es simplemente prudente tener presentes las dificultades reales a las que se enfrentaba el sindicalismo rural. Sobre todo, antes de la década de 1850 era imposible, desde el punto de vista estructural, conseguir una organización regular y eficaz para aumentar los salarios, no sólo

43. Jones, *Crime, protest, community and police*, p. 33; Hobsbawm y Rudé, *Captain Swing*, p. 244; Lowerson, «Aftermath of Swing», pp. 68-70.

44. Lowerson, «Aftermath of Swing», pp. 72-73.

debido al aislamiento de los pueblos y al poder de los agricultores, sino debido a la continua sobreoferta crónica de mano de obra.⁴⁵

LUDISMO: DESTRUCCIÓN DE MAQUINARIA EN LOS AÑOS DE LA GUERRA CON FRANCIA

La destrucción de maquinaria, vista con anterioridad como forma de acción industrial adoptada por los obreros en conflicto, tuvo una larga historia acerca de si el objetivo directo del conflicto era la misma maquinaria o si se la atacaba como parte de una campaña general contra los empresarios sobre temas como el recorte salarial o el incumplimiento del aprendizaje. La palabra 'ludita', que desde entonces se ha utilizado para describir la resistencia obrera a las tecnologías y las prácticas de trabajo innovadoras, entró a formar parte del lenguaje sindicalista por primera vez en 1811, cuando una serie de cartas y proclamas firmadas por «Ned Ludd», «Capitán Ludd», o incluso «General Ludd» precedieron y acompañaron a los ataques a la maquinaria en los distritos del tejido de punto de Nottingham, transmitiendo la idea de un «ejército de reparadores» de males que el pueblo había sufrido, que quedaba reforzada de manera adicional por el hecho de que algunas de ellas llevaban la dirección de «Bosque de Sherwood».⁴⁶ El estudio de los disturbios «luditas» en su contexto histórico adecuado revela, como habitualmente ocurre con las investigaciones históricas, lo inapropiado de la adopción de esta etiqueta para los fenómenos que hoy en día describe.

Las vastas actividades de destrucción de máquinas de los luditas se extendieron durante los años 1811-1812 por tres importantes distritos industriales: las áreas del tejido de punto de Nottingham, Leicestershire y Derby; los distritos laneros del West Riding; y los distritos algodoneros del Lancashire. En las tres áreas los objetivos de los destructores de máquinas eran diferentes, pero en todos ellos se invocaba el nombre de Ludd como «capitán» de los que protestaban. En 1814 y 1816 hubo repeticiones menos amplias, y precisamente es su concentración en un período de tiempo tan corto, su extensión geográfica y su seriedad como problema de orden para el

45. Hobsbawm y Rudé, *Captain Swing*, p. 252.

46. Stevenson, *Popular Disturbances*, p. 155.

gobierno lo que le confiere a las actividades de destrucción de maquinaria durante la regencia en Inglaterra su lugar especial en una historia más larga de este tipo de protesta. Los más de 12.000 soldados que se estacionaron, en el momento álgido de los disturbios en los distritos del norte y las Midlands, representaban una fuerza militar mayor que la que llevó Wellington en su primera expedición a Portugal en 1808.⁴⁷

Los tundidores del West Country

Sin embargo, hubo un prelude a las actividades de destrucción de maquinaria, más importante, que se produjo en los años 1811-1812, y hasta hace muy poco tiempo los historiadores casi no lo han tenido en cuenta. A partir del año 1799, pero con su momento culminante en 1802, los tundidores del Wiltshire lucharon enérgicamente y hasta cierto punto con éxito, como ha mostrado el doctor Randall, contra dos innovaciones tecnológicas que amenazaban su sustento. Eran la rebotadera mecánica, que levantaba la lanilla del paño antes de tundirlo y permitía que un hombre y dos muchachos hiciesen en un tiempo mucho más corto lo que antes hacía un hombre en unas cien horas de trabajo; y las tijeras mecánicas, que al permitir alinear las cuarenta libras de peso de las tijeras, reducían a una cuarta parte el tiempo necesario para tundir una pieza de paño. El objetivo principal de los disturbios de 1802 en el Wiltshire fueron las rebotaderas mecánicas, pero esto se debía a que se habían introducido muy pocas tijeras mecánicas y el objetivo general de las acciones de los tundidores incluía tanto la acción preventiva contra las máquinas de tundir como la protesta contra el uso de las rebotaderas mecánicas. Como ocurriría en los distritos luditas, la protesta adoptó las formas «legítimas» de las *trade unions* y utilizó tanto la presentación de peticiones al Parlamento como la intimidación y los ataques a la maquinaria y otras formas de propiedad. El uso generalizado de cartas amenazadoras constituyó una parte integrante del intento de disuasión realizado por los tundidores. Incluso antes de que se iniciase la campaña principal en el año 1802, se incendió el almiar de heno de un pañero de Melksham que había instalado una

47. *Ibid.*, p. 161.

rebotadera mecánica, y también recibió la siguiente carta: «Señor: sólo le hemos dado un Aviso de cómo pensamos actuar tan pronto como nos parezca necesario lo cual creemos que será pronto ...»; por otra parte, a los pañeros que enviaban el paño a otra rebotadera mecánica que estaba en Twerton en 1799, se les advertía: «Si lo hacéis será vuestra ruina porque estamos decididos a llegar al final como ahora hemos hecho porque la próxima vez que vengamos incendiaremos toda la maquinaria ...».⁴⁸ El período de mayor lucha se registró en el curso de una encarnizada huelga en 1802, en Warminster, contra la rebotadera mecánica, y otras dos huelgas durante el mismo año contra los intentos de recorte salarial en Bradford y Trowbridge. Algunos pañeros concretos fueron objetos de los «ultrajes», en especial Jones de Trowbridge quien añadió una dimensión importante al conflicto al introducir tundidoras mecánicas con el fin de quebrar la huelga de los tundidores contra sus rebotaderas mecánicas. La fábrica de Jones se vio expuesta a dos ataques pero, al estar eficazmente defendida con guarniciones, ambos ataques fueron rechazados. Se destruyeron dos fábricas más, una de las cuales pertenecía a Thomas Naish, el principal enemigo de los tundidores, y cuando Naish consiguió que detuviesen a un aprendiz de tundidor, como consecuencia se quemaron sus talleres en Trowbridge. Los pañeros de Trowbridge aceptaron el fin de la huelga en los términos de los trabajadores porque estaban aterrorizados, pero Jones y dos pañeros de Warminster rechazaron la intimidación y prácticamente convirtieron sus fábricas en fortalezas. Hacia el mes de julio, la violencia que se había iniciado en gran parte en abril, estaba en cualquier caso perdiendo ímpetu a medida que las energías de los trabajadores se dirigían a las peticiones presentadas al Parlamento para que se pusiera en vigor una ley que supuestamente debía prohibir el uso de las rebotaderas mecánicas.⁴⁹ Los «ultrajes» habían sido calculados y deliberados y significativamente no podemos considerarlos como revueltas desesperadas causadas por la miseria, a pesar de los elevados precios de los alimentos. En los distritos pañeros sólo funcionaban un puñado de máquinas y apenas si habían desplazado a algún tundidor. Los objetivos se escogieron por lo que suponían

48. A. J. Randall, «The shearmen and the Wiltshire outrages of 1802: trade unionism and industrial violence», *Social History*, 7, 3, 1982, p. 293.

49. *Ibid.*, pp. 294-295.

en relación a la futura posición social y la categoría de los tundidores. Las víctimas fueron aquellos cuyas innovaciones, si otros las copiaban, podían destruir el oficio y su cultura tradicional. Por este motivo, Randall tiene razón al señalar que formaban parte de una táctica de un grupo de obreros cualificados bien organizados comprometidos en una acción preventiva consciente. Y efectivamente consiguieron posponer en veinte años la introducción de la maquinaria a un nivel amplio.⁵⁰

¿Qué significado tiene la destrucción de maquinaria en el West Country para comprender el más conocido ludismo de los años 1811-1812? En primer lugar, hubo una conexión directa entre el estallido del Wiltshire y el de 1811-1812 en el West Riding. En efecto, la lucha de los tundidores del West Country contra la maquinaria que acababa con la cualificación del trabajo también fue la lucha por poderes de sus camaradas del norte, los «recortadores» (que era como allí se conocía a los tundidores) de los distritos laneros del Yorkshire. La relación entre estos dos grupos constituye uno de los ejemplos más impresionantes de comunicación interregional de la primitiva historia de las *trade unions*. Los tundidores, como trabajadores cualificados que ocupaban un lugar estratégico en la cadena de producción y trabajaban en talleres en vez de hacerlo en sus propios *cottages*, eran casi el «ideal» para el desarrollo de un sindicalismo artesano eficaz. Por consiguiente, en ambos distritos su fuerza organizada se reveló en varios puntos conflictivos durante el siglo xviii. Durante la última década del siglo se produjo una evolución más significativa con la fundación de la llamada Brief Institution, inicialmente en el Yorkshire, que muy pronto, al organizarse basándose en las tradiciones antiguas de socorro mutuo a través del sistema de los artesanos ambulantes, reunió en la práctica a los dos distritos en una percepción compartida de la amenaza de la maquinaria. No se sabe a ciencia cierta cuándo se integraron en la Brief Institution los trabajadores del West Country; pudo ser en 1799, pero era un hecho en la campaña de 1802, cuando los estatutos y los certificados de pertenencia salieron a la luz, lo mismo que el vínculo de correspondencia regular entre Leeds y Trowbridge. Se mandó ayuda financiera a los huelgistas del Wiltshire y se puede considerar que la campaña parlamentaria de los años 1802-1806

50. *Ibid.*, pp. 296-297.

fue conjunta. El fracaso de esta campaña, que finalizó en 1809 con la revocación de las leyes que impedían la introducción de innovaciones que los tundidores habían intentado poner en vigor, no sólo situó el estallido del West Country en el punto en que Thompson situó los estallidos de 1811-1812, la derrota del paternalismo frente al emergente *laissez-faire*, sino que significó que cuando los pañeros del norte empezaron a introducir maquinaria, los recortadores pasaron de inmediato a la acción directa, después de haber librado y perdido la campaña parlamentaria.⁵¹

No obstante, la consideración del estallido del West Country plantea de diverso modo preguntas congruentes con las que planteaban los estallidos de 1811-1812. La actitud selectiva de los destructores de máquinas y su limitación a objetivos escogidos se pone de manifiesto en ambos estallidos, como también ocurre con la solidaridad y las medidas de apoyo de las que gozaban más allá de las filas de los destructores de máquinas: «En los tres condados hay un número considerable de personas respetables que ... siguen considerando que la introducción de maquinaria en el sector lanero es enemiga del interés general y particularmente perjudicial para los pobres», admitía uno de los partidarios del progreso de la región, en 1803.⁵² No es muy sorprendente esta solidaridad si tenemos en cuenta que poco numerosos eran los innovadores cuyas actividades desbarataban la tradición y la «economía social» basada en la comunidad de una industria consolidada desde hacía tiempo.

Quizá más significativo es el escaso consuelo que un estudio más atento de la campaña del West Country aporta a los que insisten en hacer una aproximación «compartimentada» a la historia del trabajo según la cual los tipos «desesperados» que recurrían a la destrucción de máquinas se deben separar claramente de los más serios que sólo empleaban métodos que se pueden considerar, retrospectivamente, como «propios» de las *trade unions*. El doctor Randall ha señalado que la idea de uno de los que encabezan las propuestas de la escuela «de la compartimentación», el profesor Thomis, según la cual la violencia «no se produjo a través de la maquinaria establecida de las *trade unions* sino en su ausencia» y que es posible separar un «enfoque laboral» diferente por completo del enfoque del sabotaje indus-

51. *Ibid.*, pp. 290-291.

52. *Ibid.*, p. 300.

trial y de la acción directa, está completamente reñida con la experiencia de una región en la que fueron precisamente los obreros cualificados con una larga tradición de organización sindical los que emplearon la destrucción de maquinaria como táctica. Ni tampoco es posible eludir el tema sugiriendo que diferentes grupos dentro de los tundidores actuaron de diferentes formas: era un grupo de oficio demasiado pequeño y cohesionado para que este fuera el caso.⁵³

Los disturbios luditas

Como consecuencia de las *Orders in Council** del año 1811, que formaban parte de la guerra económica contra Napoleón, los calceteros de las East Midlands sufrieron un duro golpe con el cierre del mercado americano. Unas exportaciones por valor de 11 millones de libras en 1810 quedaron reducidas a 2 millones de libras en 1811 y, por añadidura, el colapso en el comercio y la mala cosecha hicieron que los precios del trigo alcanzasen un nivel de 16 s. (80 p.) la arroba en 1812. En tales circunstancias era inevitable que en una industria que tenía ya una larga historia de conflictos acerca de los alquileres de los telares, los pagos según el sistema de *truck* y las reducciones de tarifas, el descontento se manifestase en alguna forma de movimiento de protesta. A medida que los patronos de calcetería intentaban reducir los costes al mínimo posible, se puso en primer plano la queja específica que inició la acción ludita: ésta era el uso del trabajo no cualificado para los telares más grandes que producían *cut-ups*: medias de inferior calidad que se tejían en piezas cuadradas que luego se recortaban sobre un patrón y se unían con una costura; resultaban a un coste mucho más bajo que las medias tejidas al estilo tradicional. Bajo las presiones económicas de la guerra con Francia, muchos de los grandes empresarios aumentaron el cambio hacia estos productos más baratos que se hacían con *colting*, es decir, empleando trabajadores que no habían pasado el período de aprendizaje:

53. *Ibid.*, pp. 283-284.

* Orden real que el soberano promulga con el asesoramiento del Consejo Privado. Son particularmente famosas las de la época de las guerras con Francia. (*N. de la t.*)

Que los sabios y los grandes nos presten ayuda y consejo
 Que no dejen jamás de prestarnos su ayuda
 Hasta que el trabajo de la mayor calidad, pagado según el precio tra-
 [dicional

Quede establecido por la costumbre y la ley
 Cuando esta difícil lucha termine, el Oficio
 Levantará su cabeza en pleno esplendor,
 Y la práctica del *colting*, el *cutting* y el soborno
 No les robarán más el pan a los obreros honrados.⁵⁴

Los tejedores de punto dedicaron sus esfuerzos en primer lugar, en 1811, a conseguir una «regulación» parlamentaria del oficio, que actuase contra estas prácticas innovadoras. Fue inútil: en aquel momento el Parlamento estaba más dispuesto a legislar de forma que se facilitasen, más que dificultasen, las «leyes de hierro» del mercado. En este contexto de declive de las expectativas paternalistas, es significativo que la causa inmediata de la destrucción de maquinaria en las East Midlans fuese una disputa salarial en 1811, al negarse los jueces locales a intervenir cuando los patronos de calcetería rebajaron los precios que se pagaban a los tejedores de punto. En consecuencia se destruyeron 16 telares que pertenecían sólo a los patronos calceteros que pagaban por debajo de lo establecido. Esto ocurrió en el mes de marzo, pero hasta noviembre no se extendió la destrucción de maquinaria, que incluso alcanzó al Leicestershire y Derby. En este proceso expansivo no se perdió la capacidad de discriminar; las informaciones procedentes de todo tipo de fuentes dan testimonio de la actitud selectiva de los tejedores de punto revoltosos.

El culpable puede temer, pero su venganza no se dirige
 A la vida del hombre honrado o al estado
 Su ira sólo afecta a los telares anchos
 Y a aquellos que reducen los precios tradicionales.
 Esas máquinas maléficas estaban sentenciadas a morir
 Por el voto unánime del Oficio;

54. La canción completa se encuentra en J. L. y B. Hammond, *The Skilled Labourer*, en J. G. Rule, ed., Longman, 1979, p. 212. («Let the wise and the great lend their aid and advice / Nor e'er their assistance withdraw / Till full fashioned work at the old fashioned price / Is established by custom and law. / Then the Trade when this arduous contest is o'er / Shall raise in full splendour its head, / And colting and cutting and squaring no more / Shall deprive honest workmen of bread.»)

Y Ludd que puede desafiar cualquier oposición
Se convirtió en el Gran Verdugo.*

En la fase más activa, desde el mes de marzo de 1811 al de febrero de 1812, se destruyeron unos 1.000 telares en 100 ataques distintos; y un gobierno seriamente preocupado declaró que la destrucción de maquinaria era delito capital y envió 2.000 soldados a Nottingham. Su presencia supuso el fin de esta fase central y el foco de resistencia a la introducción de prácticas capitalistas innovadoras se trasladó a la consecución de un proyecto de ley parlamentaria por parte del United Committee of Framework Knitters. Con el fracaso de esta campaña y los procesamientos bajo las *Combination Acts*, en julio de 1814, se reanudó la destrucción de telares y fue un acontecimiento espasmódico pero que siempre estuvo presente hasta 1816.⁵⁵

En enero de 1812 se habían producido los primeros estallidos luditas en el West Riding, a medida que los recortadores se enfrentaban a la introducción de las tijeras mecánicas que habían provocado la reacción, en primer lugar, en el West Country unos doce años antes. El 19 de enero se quemó una fábrica en Leeds, y otras sufrieron una serie de ataques nocturnos alrededor de Halifax, realizados por tundidores con las caras ennegrecidas. De nuevo se evocaba el nombre de Ludd ya fuese en las amenazas que precedían a los ataques, ya fuese en la justificación que los sucedían; pero apareció también otro nombre, «Enoch», el gran martillo de la destrucción, llamado así de manera irónica en alusión a la empresa de Enoch y James Taylor que no sólo construían las tijeras mecánicas sino también los martillos que las destruían:

El Gran Enoch debe estar todavía en la vanguardia.
¡Que le pare quien se atreva! ¡Que le pare quien pueda!

* «The guilty may fear, but no vengeance he aims / At the honest man's life or estate / His wrath is entirely confined to wide frames / And to those that old prices abate. / Those engines of mischief were sentenced to die / By unanimous vote of the Trade: / And Ludd who can all opposition defy / Was the great Executioner made.»

55. El mejor relato de los disturbios luditas sigue siendo el de los Hammond, en *Skilled Labourer*, caps. 9, 10 y 11; un relato útil más corto se puede ver en Stevenson, *Popular Disturbances*, pp. 155-162.

Que todo hombre valiente siga adelante
 ¡Con hacha, pica y fusil!
 Oh, muchachos tundidores venid conmigo.
 Vosotros que con golpe vigoroso
 Destruís las máquinas de tundir,
 Muchachos tundidores venid conmigo.⁵⁶

Las amenazas se intensificaron y se creó una organización con capacidad para atacar fábricas mayores. El incidente más serio de enfrentamiento se produjo en abril de 1812 con el ataque a la bien resguardada fábrica de William Cartwright, que Emily Brontë inmortalizó deformándolo en su novela *Shirley*, en el que murieron dos asaltantes, y después del cual la inhumanidad vengativa y despiadada del propietario de la fábrica y sus amigos magistrados pasaron a formar parte del folcklore local. Como consecuencia de este suceso se produjo un intento de asesinato de William Cartwright y el asesinato real de William Horsfall, un propietario que se había jactado de su intención de cabalgar con la sangre de los luditas hasta las cinchas de la silla de montar de su caballo.⁵⁷ En esta época el ludismo del Yorkshire entró, al decir de Thompson, en su «crisis» en la que la destrucción de maquinaria se convirtió en un foco de «tensión insurreccional difusa (y confusa)» a medida que los disturbios se extendían más allá de los distritos pañeros y llegaban a Rotherham y Sheffield, y a medida que las incursiones para conseguir armas, municiones y dinero marcaban sus últimas fases.⁵⁸

En Lancashire y Cheshire la naturaleza del ludismo fue considerablemente más confusa que en Nottingham o el West Riding. En la medida en que también allí había un problema con la maquinaria, su actuación se materializó en ataques a los telares mecánicos por parte de los tejedores manuales, pero en este alborotado período tal problema se mezcló de manera importante con revueltas de subsis-

56. Citado en Hammond, *Skilled Labourer*, p. 247. («Great Enoch still shall lead the van. / Stop him who dare! Stop him who can! / Press forward every gallant man / With hatchet, pike and gun! / Oh, the cropper lads for me, / The gallant lads for me, / Who with lusty stroke / The shear frames broke, / The cropper lads for me.»)

57. Para un comentario sobre el tratamiento de estos incidentes que se hace en *Shirley*, véase E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Penguin, 1968, pp. 613-616.

58. *Ibid.*, p. 616.

tencia y agitación política. En el invierno de 1811-1812 se extendieron por los distritos algodoneros rumores de contactos con los luditas de Nottingham, y en febrero las cartas amenazadoras contra los telares mecánicos iban firmadas por «Ludd». Después de la muerte de varios revoltosos bajo el fuego de mosquetes durante un ataque a la fábrica de telares mecánicos de Daniel Salford en abril de 1812, el juez de primera instancia recibió una carta:

¡Cuidado! ¡Cuidado! Un baño de un mes de duración en el Lago Estigio no borraría este hecho sanguinario de nuestros espíritus, al contrario aumentaría el legado de la causa que provoca nuestra indignación.

Milnes si no eres realmente un Amigo de los grandes Opresores, perdónanos —pero si lo eres— el resto está por venir.

*Ludd finis est.*⁵⁹

El intento de incendio del almacén de William Radcliffe en Stockport estuvo seguido por extensos rumores acerca de reuniones secretas, armas y prestaciones de juramentos. Hacia finales de marzo y durante las semanas siguientes, estallaron nuevas revueltas de subsistencia en diversas ciudades del Lancashire y Cheshire y en algunas de estas ocasiones, como en Macclesfield, la muchedumbre había atacado fábricas en las que se utilizaban telares mecánicos. E. P. Thompson ha sugerido que hacia finales del mes la fase de destrucción de maquinaria dio paso a «preparaciones insurreccionales más serias» puesto que durante los meses de mayo y junio las autoridades estuvieron alarmadas por las informaciones sobre juramentos, entrenamientos nocturnos con armas y otras cosas parecidas. Sin duda, al menos hubo un *rumor* extendido acerca de una sublevación general.⁶⁰

Interpretación del ludismo

Desde la época de la obra de los Hammond, *Skilled Labourer*, de 1819, hasta la aparición de una nueva interpretación radical en la obra de Edward Thompson *The Making of the English Working*

59. Carta reproducida en Hay et al., *Albion's Fatal Tree*, Apéndice, p. 323.

60. Thompson, *Making of the English Working Class*, pp. 644-656.

Class, de 1963, ha predominado un determinado tratamiento del ludismo. Para el estudioso, la descripción detallada de los disturbios que hicieron los Hammond es un punto de partida. Estos autores establecieron desdeñosamente el mito de que los luditas eran sólo unos simples trabajadores ignorantes que reaccionaban de manera instintiva, pero desesperada, contra la marcha del progreso. Situaron específicamente al ludismo como el recurso a la violencia de unos trabajadores tradicionales que, frente a una creciente ideología favorable al *laissez-faire*, no habían conseguido persuadir al Parlamento para que protegiese sus intereses en nombre de las viejas leyes paternalistas. La destrucción de maquinaria había sido la fase final de la lucha de los trabajadores por mantener o reavivar las costumbres y las leyes de las que los empresarios capitalistas trataban de liberarse. En Nottinghamshire, como hemos visto, los objetivos no eran los telares de punto en sí mismos, sino aquellos patrones que los utilizaban para producir bienes de inferior calidad con trabajo no cualificado.

A diferencia del profesor Hobsbawm, que aceptaba el papel de la «negociación colectiva mediante la revuelta» en el sindicalismo primitivo, los Hammond tenían una fuerte predisposición a situar la violencia en la periferia de la historia de las *trade unions*. Eran incapaces de situar un movimiento como el ludismo, en el que la violencia era un elemento central, en su concepción de evolución a largo plazo del movimiento de los trabajadores. Tenían que dar razones convincentes insistiendo en que las personas que rompían las máquinas constituían un grupo aparte de los «constitucionalistas» que centraban su atención en conseguir un remedio parlamentario. Ansiosos, al mismo tiempo, de negar cualquier potencial revolucionario en el movimiento obrero británico, tuvieron buen cuidado de pisotear cualquier sugerencia según la cual el ludismo pudiese haber sido una importante manifestación de un movimiento revolucionario clandestino.

Sin embargo, esto no excluye el reconocimiento por su parte de que no había nada «ciego» en los disturbios de los años 1811-1812 que, aunque utilizando una forma de protesta muy antigua, se distinguían por un nuevo nivel en su conjunto de «política bien planificada y organizada». Concediendo que era difícil afirmar hasta qué punto las organizaciones de oficio que ya existían pudieron llegar a estar implicadas en el ludismo, o al menos llegar a simpatizar con él,

se esmeraron no obstante en quitar importancia a cualquier vínculo entre las actividades de destrucción de maquinaria y las actividades «legalistas» de la *union*, a pesar de una cierta comprensión: «Parece probable que a la mayor parte de los miembros de las sociedades de oficio existentes, sin participar ellos mismos en la política de destrucción, no les desagradase que otros hiciesen el trabajo por ellos». ⁶¹ De todos modos, no pudieron estar directamente implicados. A Gravener Henson, el dirigente de la Framework Knitter's Union se le disculpa por completo incluso de la aprobación de las actividades luditas. Él y sus compañeros constitucionalistas se limitaban a la campaña de reparación parlamentaria, que absorbía las energías y los intereses de la «porción más disciplinada». En su detención, Henson había sido la víctima de unos pobres desgraciados que intentaban salvar la propia vida informando falsamente contra él. Cuando en 1816 se derrumbó la asociación para conseguir ayuda parlamentaria, de nuevo fue sólo «un pequeño sector» de destructores de máquinas el que reanudó los ataques a la maquinaria, y los Hammond citan como concluyente la observación retrospectiva hecha por Henson en 1824: «La rama que rompía los telares nunca contempló una cosa parecida a la organización». ⁶²

La existencia paralela de un movimiento en favor de la reparación parlamentaria y otro de destrucción de maquinaria en los distritos del tejido de punto y de encaje permite afirmar a algunos historiadores que cada método correspondía a un grupo diferente de tejedores de punto. En los casos de los tejedores del algodón de Lancashire y los tundidores del West Riding es más difícil distinguir dos tendencias diferentes. No obstante, si en el caso de Nottingham los Hammond no estaban dispuestos a aceptar que la destrucción de telares la pudiesen haber realizado sindicalistas de confianza, tampoco estaban dispuestos a aceptar que hubiese algún grado real de intención política revolucionaria detrás de los disturbios de los condados del norte. Enfrentados con una documentación masiva que demostraba lo contrario, así como con el hecho de que el gobierno o bien creyó en una amenaza de este tipo, o al menos actuó como si cre-

61. El debate sobre el tratamiento que hacen los Hammond del ludismo se comenta de forma más completa en mi introducción a la edición del año 1979 a *The Skilled Labourer*, pp. XX-XXVII; véase *Skilled Labourer*, pp. 213-215.

62. *Ibid.*, pp. 190, 194-195, 215-217.

yese en ella, se vieron obligados a exagerar hasta el extremo el papel de los espías del gobierno y de los agentes provocadores en los distritos con disturbios. Los espías inventaban o exageraban hasta el extremo de la distorsión los informes sobre armas, los rumores de levantamientos y los planes de insurrección, porque tenían un interés monetario en hacerlo. Cuando el ludismo se extendió al Yorkshire y al Lancashire, el mismo gobierno fue víctima de sus juegos con el miedo. Así, los rumores de una sublevación general que corrían por el Lancashire se iniciaron «en la medida en que únicamente los espías podían recogerlos». Un especial desprecio recibieron los informes del chivato Bent, procedentes del Lancashire, considerados completamente inconsistentes y procedentes de uno que se había especializado en contar historias relativas a un levantamiento general: «Los documentos del Ministerio del Interior contienen una multitud de toscas comunicaciones de él, llenas de misteriosos indicaciones de un alzamiento cercano de las clases bajas, fomentado por seres misteriosos situados en altos puestos». Los Hammond sugieren que los llamados juramentos luditas se crearon en su fértil cerebro. No encontraron nunca pruebas que demostrasen una numerosa prestación de juramentos en el West Riding, excepto en los distritos «donde los espías trabajaban intensamente».⁶³

Las opiniones de los Hammond encontraron eco en el meticuloso estudio que hizo F. O. Darvall en 1934, en el que también declaró no encontrar una motivación política detrás del ludismo a pesar de los esfuerzos hechos por los espías para sugerir que la tenía.⁶⁴ Por consiguiente, la interpretación de E. P. Thompson, en el año 1963, se contrapuso enérgicamente a lo que se había convertido en una ortodoxia y al hacerlo abrió un debate vigoroso y continuado sobre la naturaleza del ludismo. Thompson vio en los Hammond una predisposición fabiana para quitar importancia hasta el extremo de la extinción al lugar de la acción directa, la violencia y a una tradición revolucionaria en el movimiento obrero inglés: «Los capítulos dedicados al ludismo parecen a veces un escrito preparado en nombre de la oposición *whig*, con la intención de desacreditar las afirmaciones exageradas de las autoridades, relativas a los aspec-

63. *Ibid.*, pp. 225, 273-275.

64. F. O. Darvall, *Popular Disturbances and Public Order in Regency England*, 2.^a ed., Oxford University Press, 1969.

tos conspirativos y revolucionarios del movimiento». También otros historiadores han comentado la renuencia de los Hammond a aceptar que hubo un rumor incluso serio de revolución, aunque no lleguen tan lejos como Thompson en su consideración de que este rumor correspondiese a una amenaza seria. El problema reside en la interpretación de los datos que proceden en gran medida de los informes de espías e informadores dirigidos a unos magistrados y ministros propensos a ser presa del terror. Thompson sugiere que los Hammond, con su rechazo absoluto de cualquier documento de este tipo, se situaron en una posición irreal:

Con una argumentación especiosa que exagera la estupidez, el rencor y el papel provocador de las autoridades hasta el extremo de la absurdidad; o con una falta de imaginación académica, que compartimenta y deja de tener en cuenta todo el peso de la tradición popular ... Acabamos en una posición ridícula. Debemos suponer que las autoridades crearon realmente, por medio de sus agentes, organizaciones conspirativas y luego instituyeron delitos capitales (como el que se impuso para los juramentos) que sólo existían en la imaginación o como resultado de las provocaciones de sus propios espías.⁶⁵

En su capítulo sobre el ludismo del Lancashire, reconocida por los historiadores como la región en la que es más difícil separar la destrucción de maquinaria de las otras aspiraciones, se pone claramente de manifiesto la predisposición de los Hammond a creer que «los planes insurreccionales auténticos de los trabajadores o bien eran improbables, o, por el contrario, equivocados y poco merecedores de simpatía y por lo tanto se pueden atribuir a la franja más lunática e irresponsable». Es perfectamente razonable, por parte de Thompson, preguntar por qué se debería suponer que en 1812 se dio esa separación de motivos. La guerra había seguido durante veinte años. Las *trade unions* se encontraban bajo la prohibición de las *Combination Laws*. Los tejedores manuales habían sufrido un declive castastrófico en su nivel de vida y los elevados precios de los cereales habían provocado hambrunas severas y muy extendidas. ¿Por qué parece improbable que los trabajadores, que habían visto una vez tras otra en los momentos críticos de su oficio la inutilidad

65. Thompson, *Making of the English Working Class*, pp. 629, 631, 636-637.

de dirigirse a un gobierno que se ponía cada vez más del lado de los empresarios, en estas circunstancias tramasen una revolución? Quizá sólo porque los Hammond y sus sucesores actuales no han prestado atención ni simpatía a los movimientos que no se pueden considerar antepasados satisfactorios del movimiento obrero moderno. Como subraya Thompson, la única razón para creer que los informes que hablaban de los aspectos revolucionarios del ludismo del Lancashire eran falsos es la presunción de que, puesto que son datos procedentes de espías, lo deben ser. Al leer la documentación sin esta presunción, Thompson ha hecho una interpretación muy diferente en la que sugiere que en mayo de 1812 el ludismo, tanto en el Lancashire como en el West Riding, había consistido sobre todo en la superposición de objetivos puramente económicos con otros políticos revolucionarios propagados por un movimiento revolucionario clandestino definido. Indica que la idéntica forma de juramento que encontramos en uno de los asociados del coronel Despard en la época de la insurrección de 1802 es sólo una de las muchas pruebas fragmentarias que vinculan la clandestinidad revolucionaria de 1802 con la de 1812. No obstante, no está dispuesto a creer en los rumores de una organización a nivel *nacional* y de participación de los *gentlemen* como líderes.⁶⁶

El relato de Thompson sobre el ludismo está estrechamente relacionado con la tesis planteada en su libro según la cual una tradición revolucionaria clandestina y continua vinculaba a los jacobinos de la década de 1790 con los movimientos radicales de 1816 a 1820, cuya manifestación más extendida y terrible fueron los estallidos de destrucción de maquinaria. Esta tesis ha sido objeto de debate por parte de los historiadores en otros puntos además del correspondiente al ludismo, pero de este último se han puesto en cuestión aspectos importantes. Muchos de los que aceptan que los Hammond tuvieron una inclinación exagerada al rechazar cualquier sugerencia de que entre los obreros de Inglaterra hubiese revolucionarios, no están sin embargo de acuerdo con la idea de Thompson de la existencia de una tradición clandestina continuada, o con su opinión de que en los disturbios luditas los motivos políticos tuvieron un papel destacado. R. A. Church y S. D. Chapman, en un estudio sobre el papel de Gravenor Henson, añadieron considerables

66. *Ibid.*, pp. 647-648, 654-656.

conocimientos a lo que sabemos sobre esta importante figura del primer sindicalismo, a la vez que discutían la opinión que Thompson había dado acerca de su papel en los disturbios de Nottingham. Siempre se ha puesto en cuestión la conexión entre las dos alas del movimiento de Nottingham, la «constitucionalista» en favor de la reparación parlamentaria, y la destructora de maquinaria. Thompson sugería la existencia de un modelo oscilatorio con cierta probabilidad de que hasta 1814 las dos tendencias hubiesen sido dirigidas por la misma organización sindical: «En la que quizá los luditas y los constitucionalistas difiriesen en sus consejos». Señala que puesto que el ludismo dio paso de forma tan rápida al constitucionalismo es difícil pensar en otra cosa que no fuese una dirección común. La misma disociación de Henson con respecto a la destrucción de maquinaria está lejos de ser algo tan claro como los Hammond dieron a entender. Church y Chapman, sin embargo, siguen a los Hammond al insistir en la separación de dos tendencias, pero aportan un nuevo matiz al indicar que ésta seguía una línea de división entre los tejedores de punto de la ciudad y del campo. Los primeros, más cualificados y mejor pagados, eran «constitucionalistas»; los segundos, menos remunerados y más explotados, eran tipos más rudos y desesperados, que en el momento que fracasó la campaña parlamentaria optaron por destruir telares. Thomis, especialista en el Nottinghamshire, no acepta en absoluto estas divisiones, y además señala que los fundamentos para suponer que Henson estaba libre de toda implicación con la destrucción de maquinaria son extremadamente débiles; se limitan al hecho de que él mismo lo dijo, que sus compañeros y él mismo condenaron enérgicamente el ludismo mientras estaban comprometidos en su campaña parlamentaria; y que la idea de la acción directa de destrucción de maquinaria era ajena a las convicciones de Henson. Pero, al fin y al cabo, es poco probable que estuviese dispuesto a admitir la culpabilidad en un delito capital; es probable que se distanciase del ludismo en un momento en que estaba perturbando su agitación parlamentaria, y su preferencia por los métodos legales no excluye la voluntad de utilizar otras tácticas si parecían ofrecer mejores expectativas de éxito. Thomis concluye que no es posible probar la posición de Henson, fuese en un sentido o en otro.⁶⁷

67. R. A. Church y S. D. Chapman, «Gravener Henson and the making of

Thomis ha criticado también la interpretación que hace Thompson del ludismo del Lancashire y el Yorkshire, que él considera «industrial en sus orígenes y también industrial en sus objetivos». El ludismo del Yorkshire fue un movimiento contrario a las máquinas que tenía como objetivo las tijeras y las rebotaderas mecánicas, mientras que en el Lancashire se atacaron los telares mecánicos casi de forma accidental en lo que fue un movimiento de protesta más general motivado por los salarios bajos, los precios altos y el desempleo que siguió estando desprovisto de cualquier tendencia que desembocase en un movimiento político revolucionario. Reconoce que en el Lancashire son difíciles de determinar los objetivos industriales de los trabajadores. Sus ataques contra los telares mecánicos se habían desarrollado sobre un telón de fondo de intentos de conseguir un salario mínimo y una regulación parlamentaria del oficio. Esta falta de definición hace difícil determinar, tanto para los contemporáneos como para los historiadores, hasta qué punto pudo haber motivaciones políticas subyacentes. Thomis se aproxima al tema de la «táctica de los espías» sugiriendo que quizá los historiadores han tenido razón al tratar con escepticismo los informes de Bent. Bythell, en un estudio detallado sobre los tejedores manuales, concluye que el debate entre Thompson y los Hammond no se puede resolver definitivamente dados los problemas de interpretación de la documentación y, en la medida en que la obra de Thomis realmente subraya esta dificultad, no se puede decir que desautorice los argumentos de Thompson.⁶⁸

Por lo que al West Riding se refiere, hay un tipo diferente de documentación que complementa la de los espías, pero desgraciadamente es tan difícil de evaluar como aquélla. Thompson insiste en que hay una tradición oral que documenta la existencia de una co-

the English working class», en E. L. Jones y G. E. Mingay, eds., *Land, Labour and Population in the Industrial Revolution*, Edward Arnold, 1967, pp. 137, 142; Thompson, *Making of the English Working Class*, pp. 585, 608, 916; M. I. Thomis, *The Luddites. Machine Breaking in Regency England*, Davis and Charles, 1970, p. 137, y *Politics and Society in Nottingham 1785-1835*, Oxford, 1969, pp. 86-87.

68. M. I. Thomis y P. Holt, *Threats of Revolution in Britain*, Macmillan, 1977, pp. 33-34; Thomis, *Luddites*, pp. 90-91; D. Bythell, *The Handloom Weavers. A Study in the English Cotton Industry during the Industrial Revolution*, Cambridge University Press, 1969, pp. 209-210.

riente revolucionaria clandestina y llama la atención sobre la recopilación que de ésta ha hecho el historiador local Frank Peel. Sus testimonios de primera mano señalan con fuerza hacia una tradición revolucionaria que se manifiesta en los estallidos luditas. A pesar de las dificultades que presenta para su valoración, esta documentación oral fue recogida por un historiador sin otro motivo evidente que registrar honradamente una tradición popular. No se puede despreciar simplemente porque Peel cogió un dato equivocado, ni se pueden descalificar las verdaderas tradiciones orales como «leyendas».⁶⁹

El trabajo de Thomis sobre el ludismo, en especial el de Nottingham, ha servido para mantener el debate vivo, pero su decisión de compartimentar en esferas separadas de actividad —ludismo, sindicalismo, revueltas de subsistencia, movimientos políticos— tiene un aire de construcción académica artificial cuando se aplica a las situaciones reales de hombres desesperados en tiempos turbulentos. Representa al menos el mismo grado de predisposición, por parte del historiador, como la voluntad de descubrir una tradición revolucionaria o pretender ignorar, desde una posición fabiana, las manifestaciones de violencia de los trabajadores organizados. Recientemente, otros dos historiadores han dirigido su atención a las tesis de Thompson acerca de un ludismo «revolucionario» y sólo han podido llegar al mismo punto con ellas. El profesor Calhoun se ha preocupado sobre todo de subrayar la importancia de la comunidad como base de la acción «populista», más que la de la clase social como base para la acción revolucionaria. Acepta que se pudo «recuperar» el viejo radicalismo jacobino para sustentar lo que eran esencialmente análisis económicos, pero insiste en que puesto que los focos del ludismo se mantuvieron en un nivel básicamente local, aunque tuvo la capacidad de desarrollar un modo insurreccional de discurso y de acción, no fue una «furia insurreccional» que se pudiese igualar con una organización revolucionaria estable comprometida en una coordinación con determinados fines.⁷⁰ El doctor Dinwiddy ha sometido al ludismo del Lancashire y el Yorkshire a un penetrante examen sobre el tema de la transferencia de las de-

69. Thomis, *Luddites*, p. 37; véase la introducción de Thompson a Frank Peel, *The Rising of the Luddites, Chartists and Plug-Drawers*, 1895, reedición en Cass, 1968.

70. C. Calhoun, *The Question of Class Struggle: Social Foundation of Popular Radicalism during the Industrial Revolution*, Blackwell, 1982, p. 61.

mandas económicas en el lenguaje de la protesta política. Admite que la cuestión vital a la que hay que responder es hasta qué punto las protestas de tipo económico pudieron llegar a estar politizadas. Haciendo un uso interesante de los informes que Bent envió antes de que se iniciase la destrucción de maquinaria, acepta la preexistencia de un movimiento político en los condados del norte pero encuentra más difícil aceptar la existencia de vínculos definidos entre los destructores de maquinaria y los radicales desde el punto de vista político. Los tundidores del West Riding, que fueron en gran medida el grupo responsable del ludismo en aquel lugar, parecen tener, sugiere este autor, poca implicación en el radicalismo político; y desde luego, Sheffield y Barnsley tenían tendencias jacobinas más claras que las ciudades pañeras como Leeds. Sin embargo acepta, frente a Thomis, que en el ludismo del norte había una dimensión política y que en algunos lugares por lo menos existían grupos clandestinos. No obstante pone en duda que cualquier tipo de red clandestina revolucionaria hubiese podido ser muy extensa; ni siquiera lo suficiente para vincular a los principales centros industriales del norte. Concluye que, a pesar de que por supuesto en el norte había hombres con objetivos revolucionarios que habían empezado a movilizarse de forma rudimentaria, y que utilizaban los juramentos luditas e invocaban el nombre de Ludd, no se han establecido vínculos claros entre los grupos de destructores de maquinaria y los revolucionarios. Es más, aunque existiese un movimiento revolucionario, no fue un movimiento formidable y no llegó más allá de la formación de unos pocos grupos conspirativos conectados de forma vaga, ni consiguió mantenerse de forma eficaz después del verano de 1812. Dinwiddy piensa que el ludismo fue importante en los condados del norte en el proceso en que el descontento adquirió una dimensión política importante. Indica que por «política» no debemos entender necesariamente «política revolucionaria», y que los años del ludismo fueron importantes como una etapa en el proceso «por el cual los obreros llegaron a considerar que el control democrático del Estado era un medio esencial para mejorar su condición». Como vía hacia ese control democrático pudieron volverse reformistas en vez de revolucionarios.⁷¹

71. J. Dinwiddy, «Luddism and politics in the northern counties», *Social History*, 4, 1, 1979, pp. 33-63.

La interpretación del ludismo que Thompson apunta es difícil de probar. Sus críticos se han dedicado sobre todo a demostrarlo. Incluso podemos considerarla improbable, pero debemos advertir al estudioso que esto no significa que se haya demostrado falsa. Sería muy poco correcto, por parte del autor de un manual que ha argumentado que el juicio depende mucho de la evaluación de fuentes difíciles, empujar a sus lectores hacia una conclusión cuando éstos no tienen ni la más mínima oportunidad de juzgar estas fuentes por sí mismos. Sin embargo, la interpretación del ludismo que hace Thompson parecen estar de acuerdo con la tradición popular y provenir de una poderosa penetración histórica en la situación de los luditas. El ejercicio adecuado de la imaginación histórica no se debe confundir deliberadamente con la creación de una fantasía. La versión de Thompson no se basa en argumentos especiosos en mayor medida que las opiniones de algunos de sus críticos, y está por lo menos libre de las anteojeras superpuestas en el tema de la violencia colectiva que limitaron hasta tal punto la percepción de los Hammond, a pesar de la profundidad de su investigación.